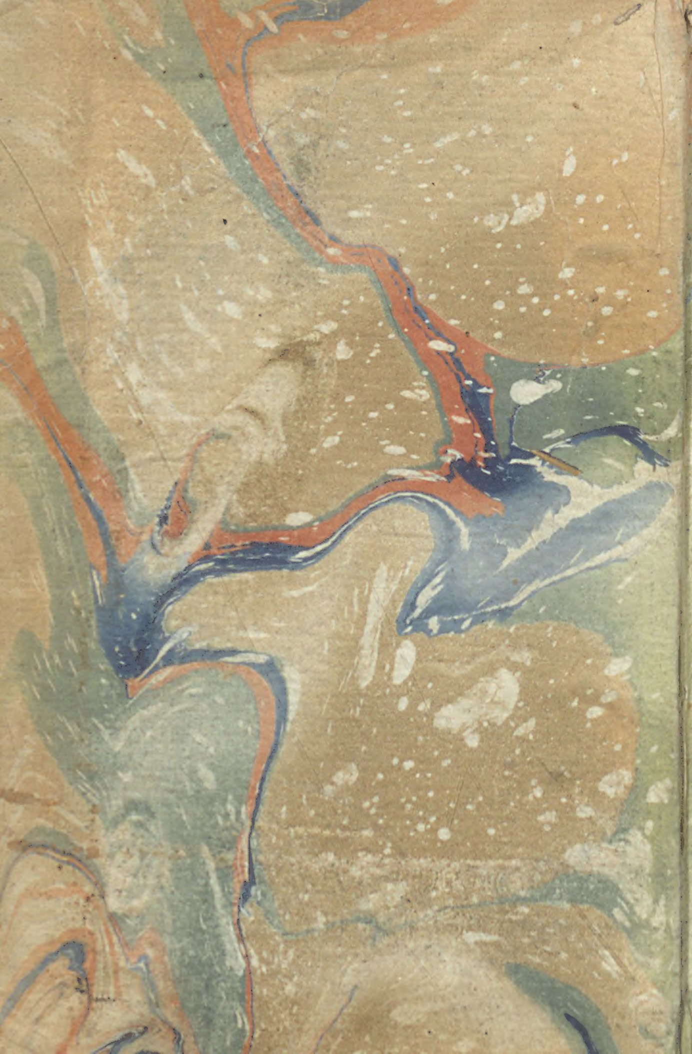
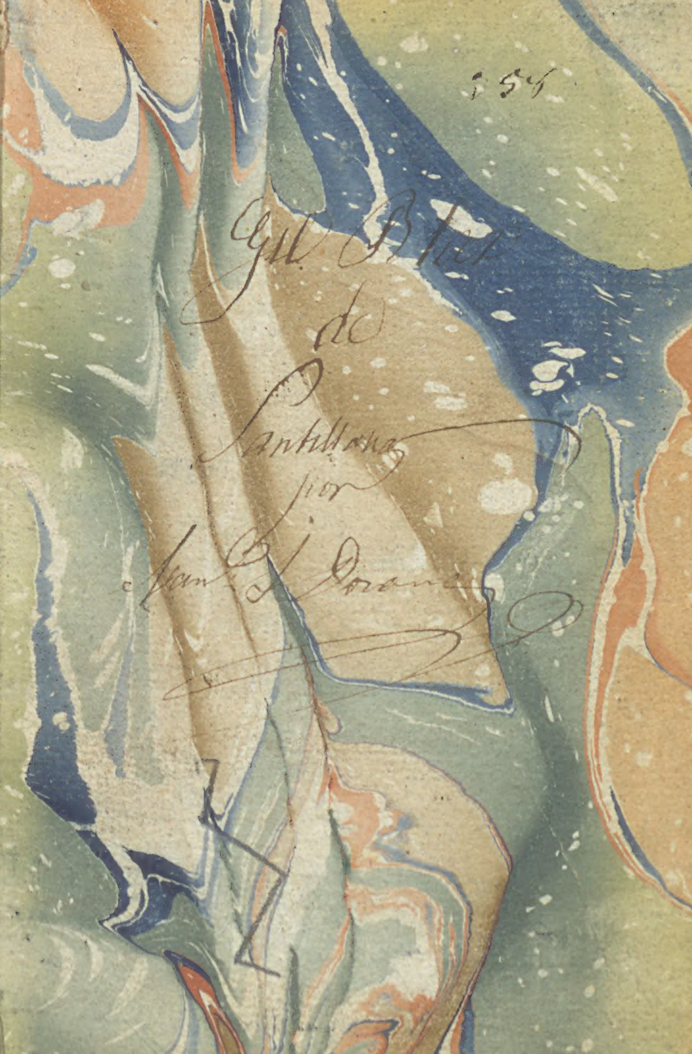





Gil Blas
de
Santillana
por

278-77-

Romualdo

Fernan 278/
n 77

Carmona

Luque y

Montin

3

36

Sit Blas Blas

Blas Blas Blas

Blas y Blas Blas

Blas Blas Blas

Blas Blas y

Blas y Blas

Carrasco.!! y Blas

Blas

Blas

Vergiss-mein-nicht

E. Oeyshen

M. S. Donaue

E. B. Bohnauer

Lose Bolanos

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA,

ROBADAS Á ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS Á SU PATRIA

Y Á SU LENGUA NATIVA

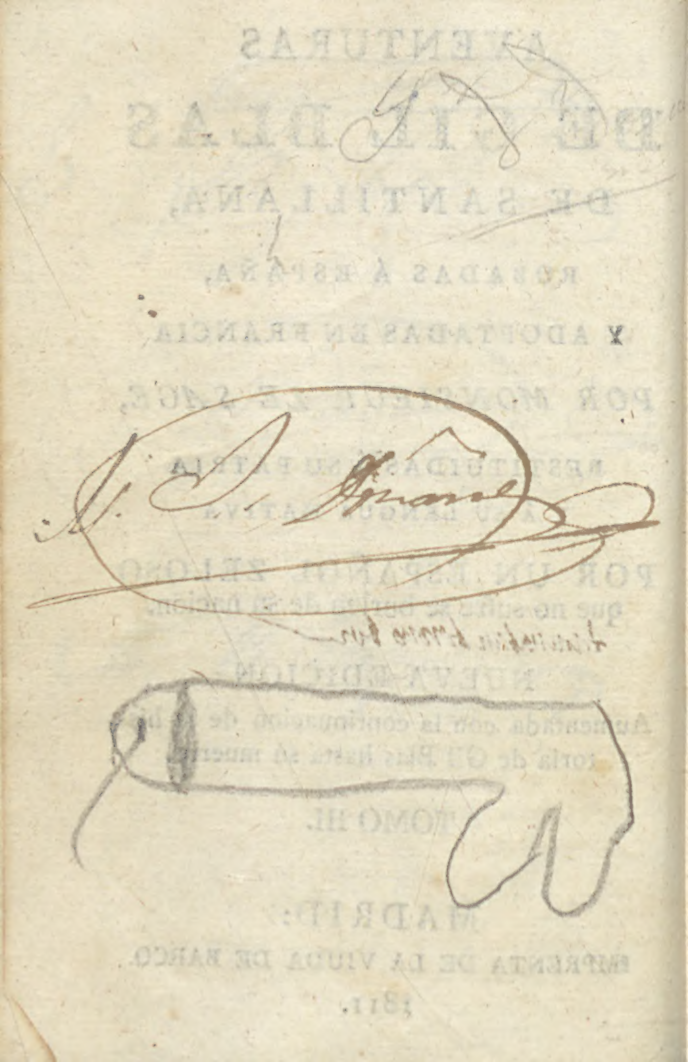
POR UN ESPAÑOL ZELOSO
que no sufre se burlen de su nacion.

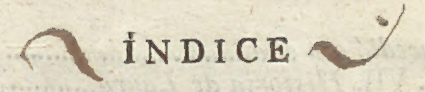
NUEVA EDICION

Aumentada con la continuacion de la historia de Gil Blas hasta su muerte.

TOMO III.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE BARCO.
1811.





ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE TERCER TOMO.

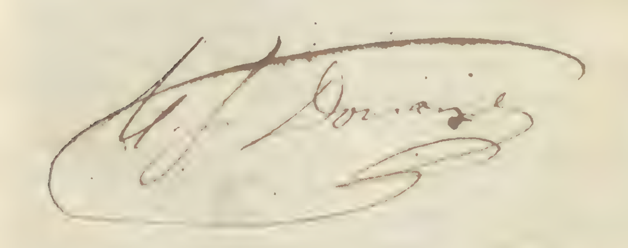
LIBRO SÉPTIMO.

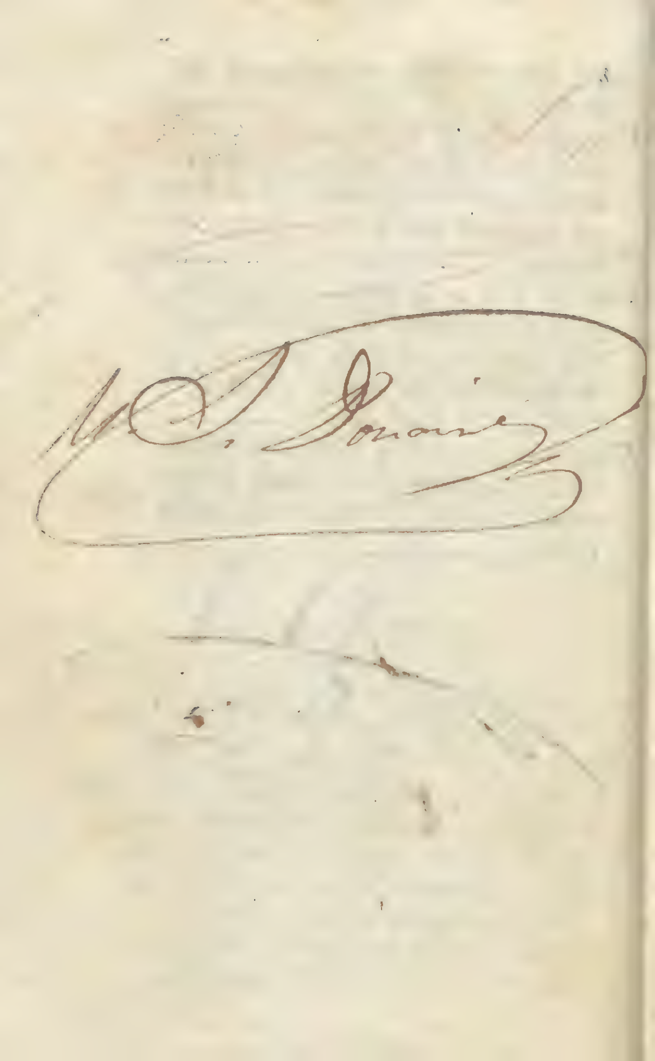
Señor de horca y cuchillo

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

LIBRO DÉCIMO.





AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LOS AMORES DE GIL BLAS Y LA SEÑORA LORENZA SEFORA.

Fui pues á Xelva, y llevé al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos robado. Confieso francamente que tuve en el camino mis tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomía: podia hacerlo impunemente; bastaba viajar cinco ó seis dias, y volver como si hubiera llenado mi comision: D. Alfonso y su padre nunca hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo no caí en la tentacion, y pue-

do decir que la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos; díganlo los depositarios, que sin peligro de perder su reputacion pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y D. Fernando habian partido para Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á ésta cada dia mas enamorada de su esposo, y á D. César contentísimo de poseer á ambos. Me dediqué á ganar la voluntad de este padre amable, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo corria por mi mano, recibia el dinero de los arrendadores, gastaba y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder, ni despedia á los que me disgustaban, ni exigia de los demas una entera subordinacion: si acudian á D. César ó á su hijo pidiendo

alguna gracia, lejos de oponer estorbos hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos avivaba mi zelo por su servicio, sin atender á otra cosa que á lo que podia interesarles. Administré con manos mui limpias, y fui un mayordomo de los pocos.

Quando estaba mas contento con mi estado, el amor, envidioso de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para esto encendió en el corazon de la señora Lorenza Sefora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada rayaba ya en los cincuenta, pero la frescura de su rostro agradable y dos hermosos ojos de que sabia servirse con destreza podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba mui pálida; pero eché la culpa de esto á la austeridad del celibato.

Usó por mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas aparentaba no percibir sus designios: me tuvo por

novato en el amor, y no le pareció mal mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguage de los ojos con un muchacho á quien creia ménos instruido de lo que estaba: y asi en nuestra primera conversacion se declaró en términos formales á fin de que no lo dudase. Ella se manejó como muger práctica, hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion quanto quiso, se cubrió la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: me mostré mui sensible á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad; hice del apasionado, y aun afecté estrecharlo tanto, que se vió precisada á reñirme; pero lo hizo con tanta blandura, que quando me encargaba procurase contenerme no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Sefora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conferencia. Sefora persuadida de que su aparente resistencia la haria pasar en mi opinion por una vestal, y yo con la dulce esperanza de acabar bien presto esta aventura.

Tal era el felíz estado de mis negocios quando un lacayo de D. César vino á turbar mi contento con una mala nueva. Era éste uno de aquellos criados que se dedican á saber quanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dixo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me manifestaria en satisfaccion, pero con la condicion de guardarle el secreto por ser cosa de la dama Lorenza Sefora, cuyo encono temia. La curiosidad en que me puso era demasiada para dexar de ofrecerle todo sigilo; procuré no manifestar que en ello tenia el mas ligero interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel del qual me hablaba con tanto misterio. Es, me dixo, que la señora Lorenza introduce secretamente en su quarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado, y el bellaco se está bien reposado con ella. Doi de barato, prosiguió con un tono maligno, que esta accion sea inocentísima, pero vmd. confesará que un mozo que entra misteriosamente en el quarto de una doncella da

ocasion para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi confusion, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me pasaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, juré y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oir sus descargos; ya creyendo era punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarlo. Prevaleció esta última resolucion. Púseme en emboscada al anochecer, y en efecto lo ví entrar en el quarto de mi dueña con un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi furor, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia retirarse. Lo esperaba á pie firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar á las manos. En fin se dexó ver mi enemigo, le salí al encuentro con un aire de maton, pero yo no sé cómo diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe

de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como Páris quando se presentó para combatir con Menelao. Me puse á mirar mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese por vanidad ó por otro motivo, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavia mas grande, á pesar de mi miedo que me apretaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona y avanzarme ácia el cirujano.

Sorprendióle mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas? gritó. ¿Qué significa este aparato? Vmd. sin duda quiere burlarse. No, señor barbero, le respondí, no, no me burlo. Veremos si es vmd. tan valiente como galan. No crea vmd. le he de dexar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por vida de S. Cosme, exclamó el cirujano con una gran carcajada, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive Dios, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo, que me hizo mas atrevido é insolente. A otro perro con ese hueso, repliqué yo, á otros con esa,

amigo mio; no soi yo hombre á quien satisface la simple negativa. Ya considero, replicó, que me será preciso hablar claro para precaver la desgracia que nos puede suceder á ambos. Voi pues á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion no son muí callados. Si la dama Lorenza me introduce á la sordina en su aposento es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voi á curarle un cáncer inveterado que tiene en las espaldas. Vea vmd. el motivo de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese vmd. en adelante sobre este particular; pero si vmd., prosiguió, no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que peleemos, dígalo, y manos á la obra, pues no soi hombre que le heriré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me hizo temblar, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me prometia. Basta, le dixe, retirando mi espada, yo no soi de aquellos brutales que no escuchan la razon. Por lo que vmd. me ha dicho conozco que no es mi enemigo; abracémonos. Por mis palabras conoció que yo no era tan malo como

le pareci al principio: envainó con risa su espada, me abrazó, y nos separamos los mas amigos del mundo.

Desde este momento Sefora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas, y mi cuidado y afectacion en huir de ella la hicieron conocer mi disposicion. Asustada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas me dixo: señor mayordomo, dígame vmd. si gusta el por qué huye hasta de mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces ocasion de hablarme huye tanto de mí. Es verdad que yo he dado los primeros pasos, pero vmd. me ha correspondido. Acuérdese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entonces era vmd. todo fuego, y ahora no advierto mas que frialdad. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era mui delicada para un hombre natural, y á la verdad quedé mui embarazado. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Sefora parecia un cordero con su aire dulce y

modesto, pero quando se llenaba de cólera era una tigre. Creía, me dixo, echándome una mirada llena de despecho y rabia, creía honrar mucho á un hombrecillo como él, descubriéndole un afecto que caballeros y personas mui nobles harian mucha vanidad de haber excitado. Me está mui bien empleado por haberme baxado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto hubiera salido yo del paso á poca costa, pero su lengua furiosa me dió cien epitetos á qual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexíonar que habiendo despreciado el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres jamas perdonan. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era mui vivo para sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, la dixe, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quien vmd. habla la hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado á mas. Apenas hube disparado esta saeta quando la furiosa dueña me dió la mas grande bofetada que jamas ha dado muger. Para no recibir otra, y

evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al cielo al verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer, pues que la dama se habia vengado. Me parecia que por su propia vergüenza debia callar esta aventura. En efecto pasaron quince dias sin saber de ella. Yo mismo principiaba á olvidarla quando supe que estaba mala; confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que esta desgraciada amante no pudiendo vencer un amor tan mal pagado se habria rendido á su dolor. Me consideraba la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero quánto me engañaba! Su ternura mudada en aborrecimiento no pensaba mas que en mi ruina.

Estando una mañana con D. Alfonso noté que estaba triste y pensativo; preguntéle con respeto qué tenia: tengo pesadumbre, me dixo, al ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta: tú te espantas, añadió, observando mi sorpresa; pues es mui cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan

odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este ódio, en los quales no puede condescender sin ser ingrata é injusta; pero al fin es muger, y ama tiernamente á Señora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y se creeria causa de su muerte si no le daba gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí aunque hubieran de perecer todas las dueñas de España: pues te miro no como á criado, sino como hermano.

Luego que acabó de hablar D. Alfonso, le dixe: señor, he nacido para juguete de la fortuna. Pensaba que cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me ofrecia una vida feliz y tranquíla; pero al fin me es preciso dexarla, aunque con ella dexe mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de Don César. Déxame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña: demasiado gusto la damos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritareis mas á

Serafina si le resistis: mas bien quiero retirarme que exponerme, permaneciendo en casa, á ocasionar discordia entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y lo ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intentò si yo no hubiese permanecido en mi resolucion. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que revelando su flaqueza heria mortalmente á una infelíz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué pués que en conciencia debia restablecer la tranquilidad en la casa retirándome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hicelo asi al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dexé en mi quarto una exâcta cuenta de mi administracion.

CAPÍTULO II.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á GIL BLAS DESPUES QUE SE RETIRÓ DE LA CASA DE LEIVA, Y DE LAS FELICES CONSECUENCIAS QUE TUVO EL MAL SUCESO DE SUS AMORES.

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los vandoleros que matamos, y de los tres mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque D. Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Asi por esta restitucion miraba mi caudal como legitimamente adquirido, el qual podia gozar sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entonces tenia se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creía debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agradable asilo; no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser quando todo

corriese turbio, y antes quise gastar una parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada, que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viage fui de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado queria en fin dexarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros que encontré en las calles de Granada fue el señor D. Fernando de Leiva, yerno como D. Alfonso del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas, me dixo, tú en Granada? ¿Qué es lo que aqui te trae? Señor, le dixe, si vmd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará quando sepa la causa que me ha obligado á dexar el servicio del señor D. César y su hijo. Seguidamente le conté quanto me habia pasado con Sefora, sin ocultarle nada: rió con toda su fuerza el chasco, y sosegada la risa me dixo seriamente: amigo, yo voi á tomar por mi cuenta este negocio,

escribiré á mi cuñada.... No, no señor, interrumpí, suplico á vmd. que no le escriba: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si vmd. gusta puede hacer otro uso del favor que le debo: ruego á vmd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende: doi á vmd. palabra que no desmentiré su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido para visitar á una tia mia ya vieja que está enferma, y todavia pasarán tres semanas antes que me vuelva á Lorqui, en donde ha quedado Julia. En esta casa vivo, prosiguió, señalándome una hosteria que estaba á cien pasos de nosotros: procura verme pasados algunos dias, quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente en la primera vez que nos vimos me dixo: el señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un excelente escritor, necesita un hombre instruido y de buen pulso para poner en limpio sus obras. Ha compuesto y todos los dias compone homilías, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso te he propuesto, y me ha prometido admitir-

te: ve y preséntate de mi parte; por el modo con que te reciba conocerás el informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y asi habiéndome preparado lo mejor que pude, fui una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los que escriben novelas haria una descripcion pomposa del palacio episcopal de Granada, me extenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estátuas y pinturas, y no perdonaria al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seculares, la mayor parte familiares de su S. I., limosneros, gentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Las libreas de los lacayos eran mui ricas, tanto que mas parecian señores que criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de conseqüencia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas

gentes tienen el privilegio de no sentir el yugo de la servidumbre: porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y gordo que estaba á la puerta del gabinete del arzobispo para abrir y cerrar. Le pregunté con mucha cortesía si podria hablar á S. I. Espérese vmd., me dixo secamente, que S. I. sale para oir misa, y al paso podrá escucharle. No respondí una palabra, me revestí de paciencia, y procuré trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, y se entretuvieron en registrarme de pies á cabeza. Despues se miraron unos á otros, burlándose con sonrisa y orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me aturdí al verme tratado asi por unos lacayos. Todavia no habia vuelto de mi confusion quando se abrió la puerta del gabinete y salió el arzobispo. Inmediatamente quedó todo en un profundo silencio. Estos soberbios domésticos dexaron sus modos insolentes, y se mostraron con un aire respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años, del cuer-

po y traza casi de mi tio Gil Perez el canónigo; es decir, que era pequeño y grueso, patistevado y tan calvo, que solo tenia algunos cabellos ácia el cogote; por lo qual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le tapaba las orejas. Con todo le noté un aire de caballero, sin duda porque sabia que lo era. La gente ordinaria miramos á los grandes con una cierta prevencion que por lo comun les presta un señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué se me ofrecia. Le dixe era el recomendado del señor D. Fernando de Leiva. ¡Ah! exclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo, quédate desde luego en casa. Diciendo estas palabras se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera quando se vinieron á mí para saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasajan y testifican la mayor alegria de verme comensal del arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su

amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de S. I.; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho S. I., y me hizo entrar en su gabinete para hablarme á solas. Yo pensé bien era su intencion tantear mis talentos; por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió con algunas preguntas sobre humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal y hacerle ver que conocia suficientemente á los autores griegos y latinos. Tocó despues en la dialéctica, y justamente aqui era en donde yo le esperaba. Encontróme bien aferrado: se conoce, me dixo como admirado, que has tenido mui buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de mi bolsillo una muestra que habia llevado expresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado. Me alegro de que tengas tan buena mano, exclamó, y todavia mas de que tengas tan buenos talentos. Yo daré las gracias á mi sobrino D. Fernando porque me ha proporcionado un familiar tan útil. Á la verdad me ha hecho un buen regalo.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que debian acompañar á S. I. en la mesa. Dexélos y me retiré con los familiares, que me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis movimientos, yo no exâminé menos los suyos. ¡Qué modestia no aparentaban los eclesiásticos! los tuve por unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal; no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoña, como si fuera imposible que la falsedad se hallase en la casa de los príncipes de la iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un viejo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, que tuvo el cuidado de hacerme buenos platos. Viendo su atencion procuré yo tenersela, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dixo en voz baxa luego que acabamos de comer, quisiera hablar con vmd. á solas, y diciendo esto me llevó á un sitio de palacio en donde nadie podia oirnos, y alli me tuvo este discurso: hijo mio, desde el instante que te ví te tuve inclinacion, de cuya verdad voi á darte una

prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos y los falsos devotos. Para conocer el terreno necesitabas infinito tiempo: voi á excusarte un estudio tan largo y desagradable, descubriéndote los caractéres de los unos y de los otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. I.: es un prelado mui piadoso, continuamente ocupado en edificar al pueblo y en dirigirlo á la virtud con excelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sábio y un grande orador: veinte años hace que dexó la corte para dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad, porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, quando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo persigue sin mi-

sericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes: ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios; los dexará envejecérse en su casa sin pensar en su acomodo; si alguna vez los gratifica es porque hai quien tiene la bondad de hablar por ellos; por lo que hace á S. I. jamas se acordará de hacerles bien.

Esto me dixo de su amo, y siguió dándome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató mui al contrario de lo que se mostraban: es verdad que no me dixo eran gentes infames, pero sí malos sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion no dudé cómo debia portarme con estos señores, y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un exterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

CAPÍTULO III.

GIL BLAS, PRIVADO DEL ARZOBISPO, Y DISPENSADOR DE SUS GRACIAS.

Mientras la siesta saqué de la posada mi maleta y caballo, y volví á cenar á palacio, en donde me pusieron un quarto decente con mui buena cama. El dia siguiente me hizo llamar S. I. bien de mañana para darme á copiar una homilía: me encargó mucho lo hiciera con toda la exâctitud posible, lo que executé sin olvidar acento, punto ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al prelado. Luego que recorrió todas las hojas exclamó arrebatado. ¡Eterno Dios! ¡Puede darse copia mas correcta! Para no ser gramático eres mui buen copista. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? Es mui facil se escape algo de esto con el fuego de la composicion. ¡Oh, señor! respondí modestamente, no es tanta mi instruccion que pueda meterme á crítico, y aun quando fuera capaz de ello,

estoi asegurado que las obras de V. S. I. no caerian baxo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de ganarlo con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que Don Fernando, que visitaba freqüentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilía que debia predicar en la catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido, sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe; tuve la fortuna de citarle aquellos de que estaba mas satisfecho y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. I. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas hermosuras de una obra. Esto es, exclamó, lo que se llama tener gusto y delicadeza. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de *beocia*. En fin tan contento quedó que

me dixo con mucha expresion : no tengas ya cuidado , corre de mi cuenta tu fortuna , y yo te la procuraré agradable. Yo te quiero, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los pies de S. Illma. penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazon sus piernas torcidas , y me creí ya hecho hombre. Sí, hijo mio , prosiguió el arzobispo , cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion ; sí, hijo mio, quiero hacerte depositario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voi á decirte. Tengo gusto en predicar , y el Señor bendice mis homilías, porque ellas hieren á los pecadores , les hacen entrar dentro de sí mismos y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro espantado con las imágenes que presento á su codicia , abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga : apartarse un lascivo de sus torpezas : retirarse los ambiciosos á las ermitas , y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones que son freqüentes debian por sí solas excitarme al trabajo ; con to-

do te confieso mi flaqueza, todavia me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; ésta es la estimacion del público á las obras perfectas. Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador consumado. Hoi pasan mis obras por fuertes y delicadas; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben por muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, espero una cosa de tu zelo: quando percibas que mi pluma se envejece, quando notes se baxa mi estilo, no dexes de advertirmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial; por tanto elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictámen. Señor, le dixe, V. S. Illma. está todavia bien lejos de este tiempo, á Dios gracias. Ademas que un entendimiento tal como el de V. S. Illma. se conserva mas bien que los de otro temple; y para hablar con propiedad, V.S. Illma. será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. Illma.

como un otro cardenal Ximenez, cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años en lugar de debilitarse con la vejez. Dexémonos de adulacion, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo baxarme y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya se principian á sentir las enfermedades; y las enfermedades del cuerpo alteran al espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme quando adviertas se debilita mi cabeza. No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad; porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte va en ello tu interes; porque si por desgracia tuya supiese se hablaba en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad; esto sacarás de tu necia discrecion.

Aqui acabó la exhortacion de mi amo para oir mi respuesta, que se reduxo á prometerle quanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para

mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver cómo trataban los gentiles-hombres y escuderos al confidente de S. Illma.: no se afrentaban de abatirse por tenerme contento; sus baxezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia sus ideas interesadas, y nunca me engañaron sus lisonjas, no por esto dexé de servirlos. Mis oficios hicieron que S. Illma. les procurase empleos. Á uno hizo dar una compañía, y le dió con qué hacer su papel en el exército; á otro envió á México con un empleo considerable, y no olvidando á mi amigo Melchor, le saqué una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas extension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro maestre de sala me presentó un cierto licenciado, llamado Luis García, hombre mozo y de buena presencia, y me dixo: señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mejores amigos: ha sido capellan de monjas, pero su virtud no ha podido librarse

de malas lenguas. Lo han desacreditado tanto con S. Illma. que lo ha suspendido, y no quiere escuchar á los que piden su habilitacion; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dixe, este negocio se ha gobernado mal; hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie; por hacerle bien al señor licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. Illma., y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la falta de un eclesiástico. No há mucho que le oí decir: quanto mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo y mi severidad. Malo es eso, dixo el maestre sala, y mi amigo tendria mal negocio si no tuviera tan buena mano; pero gracias á Dios él escribe hermosamente, y esta habilidad le sacará del paso. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida; quedé admirado de su hermosura y limpieza, y me pareció de las muestras que dan los maestros de escuela. Mientras con-

sideraba tan bella forma de letra me vino al pensamiento una idea, y en su conseqüencia pedí á García me dexase el papel, diciéndole que acaso le seria útil, que no podia decirle mas por entonces; pero que nos viésemos á otro dia y hablariamos. El licenciado, á quien el mayordomo al parecer habia celebrado mi genio, se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido todas sus licencias.

A la verdad yo deseaba hacerle este favor, y desde el mismo dia trabajé en ello del modo que voi á decir. Estando solo con el arzobispo le manifesté el papel de García, el qual agradó infinito á mi patron. Señor, le dixe aprovechándome de la ocasion, pues que V. S. Illma. no quiere imprimir sus homilías, no seria malo que á lo menos se escribiesen de esta letra.

El prelado me respondió: aunque me agrada la tuya, no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de V. S. Illma., es un licenciado conocido mio el que tiene esta habilidad; él se alegrará mucho servir á V. S. Illma., y mas quando por este

medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿Cómo se llama ese licenciado? me preguntó. Luis García, le dixe, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion de V. S. Illma. Este García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavia me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son mui buenas. Señor, dixe, no es mi ánimo justificarlo; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado han cuidado mas de hacerle daño que de decir la verdad. Bien puede ser, replicó el arzobispo, porque hai en el mundo espíritus mui perversos; pero doi de barato que su conducta no haya sido siempre irreprensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aqui cómo quando media el interes propio los hombres mas rigurosos templan su severidad. El arzobispo

concedió sin pena lo que habia rehusado á los mas poderosos empeños solo por el vano gusto de tener sus obras bien escritas. Al instante dí esta noticia al maestre sala, quien sin pérdida de tiempo la pasó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme los agradecimientos correspondientes á la gracia obtenida. Lo presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera reprension le dió algunas homilías que pusiera en limpio. García se portó tan grandemente, que S. Illma. lo restableció en su ministerio, y aun le dió el curato de Gavia, un lugar grande inmediato á Granada; lo que prueba mui bien que los beneficios no se dan siempre á la virtud.

CAPÍTULO IV.

ES ACOMETIDO DE APOPLEXIA EL ARZOBISPO: DEL EMBARAZO EN QUE SE ENCUENTRA GIL BLAS, Y DEL MODO CON QUE SALIÓ DE ÉL.

Quando me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, D. Fernando de Leiva se preparaba para dexar á Granada. Visité á este señor antes de su par-

tida para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia procurado. Viéndome tan gustoso me dixo: mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan contento con mi tio el arzobispo. Estoi contentísimo, le respondí, con este gran prelado, y verdaderamente debo estarlo. Ademas de que es un señor mui amable, nunca podré yo agradecer bastantemente las bondades que le debo; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de D. César y su hijo. No creo yo que ellos la hayan sentido menos, dixo D. Fernando. Puede ser que no os hayais despedido para siempre: da tantas vueltas el mundo que acaso os podreis ver todavia juntos. Estas palabras me enternecieron y no pude menos de suspirar: entonces conocí que mi amor á D. Alfonso era tanto, que con gusto hubiera dexado al arzobispo y quanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva siempre que se hubiera quitado la ocasion de mi retiro de ella. D. Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto mi lei, que me abrazó diciendo que su familia se interesaria siempre en mi fortuna.

Á los dos meses de haber marchado

este caballero, y en el tiempo que me encontraba mas favorecido tuvimos un grande susto en palacio: el arzobispo fue atacado de apoplexía, pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á mui pocos dias; pero le quedó algo débil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver, pero no podia comprehender del todo la diferencia de éste con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer, y por esto aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fue menester esperar mas. El buen prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatia hasta el suelo: su oracion fue difusa, arenga de catedrático cansado, un sermon de mision sin concierto.

No fui yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo exâminasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplexía. Vamos, señor censor y árbitro de las homilías, me dixe, prepárese vmd. para hacer su oficio. Ya ve vmd. que S. Illma. declina: vmd. está obligado á advertirselo; tanto por depositario de sus confianzas, como por

el temor de qué alguno de sus amigos lo prevenga: si llegára este caso sabe vmd. mui bien sus conseqüencias; seria vmd. borrado de su testamento, en el qual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas útil que la biblioteca del licenciado Sedillo.

Á estas reflexîones se sucedian otras enteramente contrarias, porque me parecia mui expuesto dar un aviso tan desagradable, que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente por sus obras: por otra parte me parecia era imposible que le disgustase mi libertad despues de habérmelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin persuadiéndome á que aventuraba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Gracias al cielo el orador mismo me sacó de este embarazo preguntándome qué se decia de él en el mundo, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilías siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no

habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo, respondió sobresaltado, se ha encontrado algun Aristarco? Señor Illmo., respondí, no son obras las de V. S. Illma. que haya quien se atreva á censurarlas; antes todos las celebran, pero como V. S. Illma. me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me he atrevido á decir que su último discurso no me parece tiene la solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. Illma. de otro modo? Á estas palabras se mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dixo: señor Gil Blas, ¿con que esta pieza no es del gusto de vmd.? No digo yo eso, interrumpí todo turbado, es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Illma. Ya te entiendo, replicó, te parece que voi baxando; ¿no es eso? Acorta de razones, tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. Illma. con tanta claridad si expresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Illma., le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita

Dios que tal cosa os reprenda: en eso seria yo mui injusto. No es del todo malo que me digas tu dictámen; pero tu dictámen no me parece justo; yo me engañé, habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no oir mas que elogios. No hablemos mas de esto, hijo mio, me dixo: tú eres todavia mui niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilía que ésta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavia de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su gabinete, y dí á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya vmd. con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre vmd. toda felicidad con un poco de mas gusto.

CAPÍTULO V.

DEL PARTIDO QUE TOMÓ GIL BLAS DESPUES QUE LO DESPIDIÓ EL ARZOBISPO: SU CASUAL ENCUENTRO CON EL LICENCIADO GARCÍA, Y CÓMO LE MANIFESTÓ ÉSTE SU AGRADECIMIENTO.

Salí del gabinete maldiciendo el capricho, ó por mejor decir la flaqueza del arzobispo, y todavia mas irritado contra S. Illma. que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si tomaria los cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me estorbaria ridiculizar su accion; lo que me proponia hacer siempre y quando se hablase en mi presencia de sus homilías.

Pedí al tesorero los cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que habia pasado. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me amaba tanto, que no pudo dexar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido su rostro manifestaba su dolor. Á pesar

del respeto que debia al arzobispo no pudo menos de vituperar su conducta. Pero como con mi enojo jurase que el prelado me lo habia de pagar, y que á su costa se habia de divertir toda la ciudad; el sabio Melchor me dixo: creeme, amado Gil Blas, pásate tu dolor, y calla; los inferiores deben respetar siempre á los grandes, aunque tengan motivos para quejarse. Confieso que hai señores mui groseros que no merecen atencion alguna, pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerles.

Dí las gracias al anciano ayuda de cámara por su buen consejo, y le ofrecí aprovecharme de él. Despues de esto me dixo: si vas á Madrid procura ver á Josef Navarro, mi sobrino, es oficial primero del señor D. Baltasar de Gunaci; y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo, oficioso é insinuante, yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dexaria de verlo luego que llegára á Madrid, á donde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Puede ser hubiera marchado al instante á Toledo si hubiera conservado mi caballo;

pero lo habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no lo necesitaba. Determiné pues quedarme en Granada todavia un mes, y despues irme con el conde de Polan, y para esto tomé un quarto en una posada.

Se acercaba la hora de comer, y pregunté á mi huéspeda si habria por alli cerca alguna hostería, y me dixo que á dos pasos de su casa habia una excelente, en donde daban bien de comer y concurrian muchas gentes de forma. Hice que me dixesen en dónde estaba, y fui inmediatamente á ella. Entré en una gran sala á manera de refectorio: habia diez ó doce sentados á una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, que solo pensaban en despachar su pitanza; me traxeron la mia, tan mezquina, que sin duda hubiera echado menos en otra ocasion la mesa que acababa de perder; pero como estaba tan picado contra el arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á las abundancias arzobispales. Vituperaba la variedad y multitud de guisos que se dan en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo un médico de Valladolid, decia: pobres de los que se hallan fre-

qüentemente en mesas tan dañosas, en las que es preciso estar siempre sujetando al apetito para no cargar demasiado el estómago: por poco que se coma, ¿no se come siempre bastante? El mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado. Quando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza llegó á la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gavia del modo que llevo referido. En el instante que me vió me saludó precipitadamente como un hombre arrebatado de alegria: me abrazó, y tuve la precision de sufrir un larguísimo cumplimiento con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: vive Dios, mi amado patron, que pues he tenido la fortuna de encontraros no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero no vale nada el vino de esta posada, si vmd. gusta en acabando de comer hemos de ir á cierta parte en donde he de regalar á vmd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un exquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un

gallo. Déme vmd. este gusto. ¡Qué no tenga yo la fortuna de ver á vmd, á lo menos por algunos dias, en mi curato de Gavia! Allí obsequiaria á vmd. como á un Mecenas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba le traxeron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decir de quando en quando alguna cosa que mostrase su agradecimiento. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el maestre sala, le manifesté mi salida de la casa arzobispal. Le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. ¿Quién no hubiera esperado en vista de tanto como me habia dicho que aquel hombre se hubiese manifestado mui sentido, y que hubiese declamado furiosamente contra el arzobispo? Pues no pensó en ello, antes baxó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabra, y despues levantándose de la mesa aceleradamente me saludó con frialdad, y se fue. Este ingrato, viendo que ya no podia serle útil, ni aun quiso tomar la pena de ocul-

tarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándolo con todo el desprecio que merecia, le dixe bien alto para que me oyese: ola, señor prudente capellan de monjas, vaya vmd. á refrescar ese exquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

CAPÍTULO VI.

GIL BLAS VA Á LA COMEDIA: DE LA ADMIRACION QUE LE CAUSÓ LA VISTA DE UNA CÓMICA, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON ELLA.

Todavia no habia salido García de la sala quando entraron dos caballeros mui bien vestidos, los quales se sentaron cerca de mí: principiaron á tratar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entonces. Por su conversacion entendí que aquella pieza hacia mucho ruido en la ciudad; dióme deseo de verla en la misma tarde. Como casi siempre estuve en palacio, y alli estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion

se habia reducido á las homilías.

Á la hora acostumbrada me fui al teatro, en donde habia ya un grande concurso. Oí diferentes disertaciones sobre la pieza que hacian los que estaban á mi lado, y observé que todos querian dar su voto, declarándose unos en pro, otros en contra. Decia uno que estaba á mi derecha: ¿se ha visto jamas obra mas bien escrita? Y á mi izquierda decia otro, ¡qué estilo tan miserable! Confesemos que si hai malos autores hai tambien peores críticos. Quando pienso que los poetas dramáticos tienen que sufrir tantas pesadumbres, me espanto de que haya algunos tan atrevidos que desafien la ignorancia del vulgo y la censura peligrosa de los medio sábios, que corrompen el juicio del público.

En fin se presentó el gracioso para romper el teatro. Por todas partes sonaron las palmadas, lo que me hizo sospechar era uno de aquellos comediantes consentidos, á quien los mosqueteros suplen todo lo que hacen. Efectivamente no decia una palabra, ni hacia un gesto que no se atraxera mil aplausos: como conocia el gusto que daba abusaba de la aceptacion. Noté mas de una vez que no

sabia el papel, y que sus descuidos ponian en mucho aprieto la prevencion con que le oían: si en lugar de aplaudirlo le hubieran silvado hubieran obrado en justicia.

Palmearon á otros comediantes, pero particularmente á una que hacia el papel de criada. La miré con cuidado, y no puedo explicar quánto me sorprendí conociendo que era mi Laura, mi querida Laura, á quien hacia todavia en Madrid con Arsenia. No dudé fuese ella, porque su talle, sus facciones, el metal de su voz, todo me aseguraba que no estaba equivocado. No obstante, desconfiado de mis ojos y de mis oidos, pregunté á un caballero que estaba á mi lado cómo se llamaba. ¡Oh, amigo, me dixo: vmd. es forastero sin duda, ¿de qué pais viene vmd.? Vmd. al parecer se ha desembarcado ahora, pues que no conoce á la bella Estela. La semejanza era mui perfecta para equivocarla, y desde luego sospeché que Laura al mudar de estado tambien habia mudado de nombre, y deseoso de saber de sus cosas (porque el público jamas ignora las de los cómicos) me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun amante

de importancia, y me respondió, que el marqués de Marialva, señor portugués, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho si mas le preguntára; pero temí cansarlo con mis preguntas. Pensé mas en esta noticia que en la comedia; y si al salir alguno me hubiera preguntado de ella no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fue en pensar en Laura y Estela, y aun me resolví á visitarla en su casa al otro dia. No dexaba de inquietarme el no saber cómo seria recibido. Era de creer que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba; y era de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme para vengarse de un hombre de quien sin duda tenia motivos de estar sentida. Nada de esto me detuvo. Despues de una ligera cena, pues en mi hostería no eran de otra clase, me retiré á mi quarto esperando con mucha impaciencia el dia.

Dormí poco, y me levanté al amanecer. Pareciéndome que la dama de un gran señor no se dexaria ver tan de mañana, gasté tres ó quatro horas en componerme, afeitarme, empolvarme y

perfumarme. Queria que no se avergonzase de mi presencia. Salí á las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivia, y pasé á la suya. Vivia en el quarto principal de una casa grande. Me abrió la puerta una criada, á quien dixe diese recado de que un mozo deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿quién es ese jóven? ¿qué me quiere? que entre.

Presumí habia llegado en mala ocasion, que estaria su portugués con ella en el tocador, y para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el marques de Marialva, que gastaba con ella todas las mañanas. Con este motivo esperaba un mal cumplimiento, quando esta cómica original viendome entrar se arrojó á mí con los brazos abiertos, gritando como fuera de sí: ¡ai, hermano mio! ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces. Despues volviéndose ácia el portugués, le dixo: señor, perdone V.S. que en su presencia ceda á los impulsos de la sangre. Há tres años que no he visto á mi hermano, y no he podido contenerme, ni

dexar de manifestarle mi amor. Díme pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, díme algo de la familia: ¿cómo ha quedado?

Este discurso me embarazó por el pronto; pero inmediatamente penetré las intenciones de Laura, y apoyando su artificio le respondí con un tono propio de la escena que ambos ibamos á representar: nuestros padres estan buenos, gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió, pero no me condenes sin oirme. Bien sabes hace tres años que mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan Don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado por su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia mui ilustre y de mucho crédito. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó en Cataluña con todo lo que encontró en la casa de dinero y piedras preciosas. Se embarcó en Barcelona, pasó á Italia, y entró en el servicio de los venecianos, y al fin perdió la vida

en la Morea en una batalla contra los turcos. En este tiempo nos confiscaron una poca tierra, el único bien que poseiamos, quedando yo viuda y pobre. ¿Qué partido podia tomar en tan triste constitucion? No habia medio de volverme á las Asturias; y ¿qué papel haria yo en aquel principado? mi familia quando mas se hubiera compadecido de mi desgracia. Por otra parte tuve mui buena crianza para escoger una vida desenvuelta. En este estrecho, para reservar mi reputacion, no hallé otro partido que hacerme comedianta.

Al oir á Laura acabar así su novela fue tal el impulso de mi risa, que apenas pude reprimirme; pero al fin lo consegui, y le dixe con mucha gravedad: hermana mia, apruebo tu conducta, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marques de Marialva, que no habia perdido un punto de nuestra conversacion, pilló al pie de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de D. Antonio. Tambien entró en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada ó en otra parte. Dudé un momento si menti-

ria , pero me pareció no habia necesidad , y le dixe la verdad : contéle punto por punto cómo habia entrado en casa del arzobispo , y cómo habia salido ; lo que divirtió infinito al señor portugués. Es verdad que á pesar de lo que prometí á Melchor me entretuve un poco á expensas del arzobispo. Lo mas gracioso fue que Laura imaginándose era otra novela como la suya , daba unas carcajadas, que hubiera excusado si hubiera sabido que hablaba verdad.

Acabado mi cuento , que llegó hasta lo de haber tomado un quarto en la posada , avisaron para comer. Quise retirarme para acudir á mi hostería, pero Laura me detuvo. ¿ En qué piensas, hermano mio ? me dixo. Tú has de comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Estarás y comerás en casa , y asi haz traer tu equipage hoi mismo, que aqui tienes cama.

El señor portugués , á quien tal vez esta hospitalidad no daba gusto , habló entonces y dixo á Laura : no , Estela , no tienes aqui comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo , y con la circunstancia de ser cosa tuya no puedo menos de atenderlo : yo

quiero que me sirva, y será el mas querido de mis secretarios, y quien tendrá mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa, yo mandaré le pongan un quarto, y le señalo quatrocientos ducados de salario; y si en adelante me diese gusto, como lo espero, le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincéro con su arzobispo.

Á los agradecimientos que dí al marques añadió Laura otros mayores. Esto es hecho; no hablemos mas, interrumpió el marques. Diciendo esto se despidió de su princesa de teatro, y se fue. Laura me llevó á un quarto retirado, y viéndonos solos dixo: me hubiera reventado si hubiera resistido mas tiempo la risa, y dexándose caer sobre un sillon, apretándose los hijares empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer otro tanto, y quando nos hubimos cansado me dixo: confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia, y á la verdad yo no esperaba tan buena salida: mi ánimo solamente era darte la mesa y quarto en casa, y para hacerlo con un motivo honrado fingí que eras mi hermano, pero ha salido mejor de lo que pensaba; me ale-

gro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El marques de Marialva es un caballero generoso, que hará mas de lo que te ha prometido. Otra que yo no hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que dexa sus amigos á la francesa; pero yo soi de aquellas mozas de buena pasta, que reciben siempre con gusto al bribon que una vez quisieron.

Confesé de buena fe mi impolítica, y la pedí perdon; despues de lo qual me conduxo á un comedor mui curioso. Nos sentamos á la mesa, en donde nos tratamos de hermanos, porque teniamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabamos volvimos al mismo quarto, y alli mi incomparable Laura, dando libertad á su genio alegre, me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisfice su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras; y ella contentó la mia con la relacion de las suyas, que hizo en estos términos.

CAPÍTULO VII.

HISTORIA DE LAURA.

Voi á contarte lo mas sucinto que pueda el motivo de haber abrazado la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dexaste sucedieron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de cansada que de disgustada del mundo, y me llevó á una bella hacienda que compró cerca de Zamora con moneda extraña. Bien presto tomamos conocimientos en la ciudad, á donde ibamos con freqüencia, y nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viagillos D. Felix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad, yo hice un poco de mi parte para facilitársela. Este caballero no tenia veinte años, hermoso como el mismo amor, y encantaba mas todavia por sus modales amables y generosos que por su figura. Me ofreció con tanta gracia y con tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el de-

do, que no pude menos de aceptarlo. Estaba mui gustosa y vana con un galan tan amable; ¡pero qué mal hacen las criadas y mozuelas ordinarias de enamorarse de los hijos, cuyos padres tienen poder y autoridad! Advertido de nuestro trato el corregidor, que era de los mas severos, procuró evitar con presteza sus conseqüencias. Me hizo prender por una tropa de alguaciles, que á pesar de mis gritos me llevaron al hospital de la caridad.

Alli, sin otra forma de proceso, la superiora me despojó de mi tumbaga y de mis vestidos, y me hizo poner un saco largo de sempiterna musga, y ceñirme con una correa ancha, negra, de donde pendia un rosario grueso que me llegaba á los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré un fraile viejo de no sé qué órden, que principió á exhortarme á la penitencia poco mas ó menos del mismo modo que la señora Leonarda te exhortó á ti á la paciencia en el sótano. Me dixo debia estar mui agradecida á las personas que me habian hecho encerrar alli, pues que me hacian un gran servicio retirándome de los lazos del demonio, en los quales lastimo-

samente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este beneficio les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin consuelo; pero á los nueve, porque yo contaba hasta los minutos, creí mudar de suerte. Al pasar por un patio pequeño me encontró el mayordomo de la casa, á quien todo se sujetaba, hasta la misma superiora. Únicamente dependia del corregidor, á quien daba las cuentas de su administracion, y quien tenia una entera confianza en él. Llamábase Pedro Zendano, natural de Salsedon en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, seco y de una figura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto ni en el palacio del tu arzobispo: parecia que ni aun miraba á las hermanas recogidas.

Encontré, como iba diciendo, al señor Zendano, el qual me detuvo y dixo: consuélate, hija mia, me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dixo, y continuó su camino, dexando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo lo

tenia por un hombre de bien me imaginaba buenamente que habia exâminado la causa de mi encerramiento, y que no habiéndola encontrado suficiente para un castigo tan indigno, querria interesarse en mi favor con el corregidor. ¡Pero qué mal conocia al vizcaíno, y qué distintas eran sus intenciones! Habia proyectado en su mente un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dixo: es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto acabarlos. Bien sé que me pierdo; pero no soi ya mio ni puedo vivir mas que para ti. El triste estado en que te veo me parte el corazon. Quiero sacarte de esta prision desde mañana, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo á la satisfaccion de ser tu libertador. Pensé morir de gusto al oir á Zendano; el qual juzgando por mis extremos que lo que yo mas deseaba era salir de mi encierro, tuvo el dia siguiente la osadía de sacarme á vista de todos del modo que voi á contar. Dixo á la superiora que tenia órden del corregidor para llevarme á una casa de recreo, en donde estaba á dos leguas de la ciudad, y me hizo que con todo decoro montára

con él en una calesa de posta, tirada de dos buenas mulas, que para el caso habia comprado. No llevábamos en nuestra compañía mas que un criado que hacia de calesero, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomamos el camino no como yo creía ácia Madrid, sino ácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en tan poco tiempo, que no podia el corregidor saber nuestra huida ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos antes de entrar en este reino. Al acercarnos á Braganza el vizcaíno me hizo tomar un vestido de hombre que tenia prevenido, y contándome ya por suya me dixo en la hostería donde nos alojamos: bella Laura, no me tengas á mal que te haya traido á Portugal. El corregidor de Zamora sin falta alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira en este reino extraño, aunque en el dia esté sometido al dominio español: á lo menos estarémos aqui mas seguros que en nuestro país. Sigue pues á un hombre que te adora, vamos á vivir á Coimbra; alli pasarémos sin temor nuestros dias con el

mayor gusto. Una proposicion tan viva me hizo conocer que mi caballero no era de aquellos andantes que por sola la gloria y cumplimiento de la órden de caballería transportaban y ponian en seguridad á las princesas. Sin dificultad comprehendí esperaba mucho de mi agradecimiento; pero mas de mi miseria. No obstante, por mas que uno y otro motivo me impeliesen, repugné mucho, y me negué á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos fuertes razones para mostrarme tan contenida: ni era de mi gusto ni lo creía rico. Pero quando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado fondos para mucho tiempo, ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me mostró, y entonces conocí que el interes sabe hacer tantas metamórfosis como el amor. Poco á poco apareció mi vizcaíno otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco me pareció una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa; y hasta su hipocresía le daba un nombre favorable. Con esta mudanza acepté volunta-

riamente su mano tomando al cielo por testigo de nuestra union. Desde entonces no halló contradiccion en mí para cosa alguna, tomamos de nuevo nuestro camino, y mui presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró mui buenos vestidos, y me presentó muchos diamantes, entre los quales conocí el de D. Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de dónde venian todas las piedras preciosas que habia visto, y para persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento. Pero considerándome como la causa primera de sus hurtos se los perdonaba. Una muger excusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura: sin esta consideracion me hubiera parecido mui perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños y me mostraba mucho amor. Sin embargo todo esto no era mas que falsas exterioridades: el bribon me engañaba con ellas, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger seducida por un hombre infame. Habiendo venido de misa una mañana, no encontré en la casa mas que

las paredes. El bueno de Zendano y su fiel criado se manejaron con tal destreza, que en menos de una hora no dexaron estaca en pared; todo se lo llevaron, de modo que solo me quedó el vestido que tenia puesto y la sortija de D. Felix que por fortuna llevaba en el dedo, con lo que me ví como otra Ariadne abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á lamentar mi desgracia, antes bien dí gracias al cielo porque me habia librado de un infame que tarde ó temprano habia de caer en poder de la justicia. Reputé por perdido el tiempo que habiamos vivido juntos, y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido quedarme en Portugal con alguna señora ilustre hubiera tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi país, ó mi estrella que me preparaba mejor fortuna, solo pensé en volver á ver á España. Un joyero me compró el brillante, tomé su importe en monedas de oro, y salí en una calesa con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla.

Llamábase Dorotéa, y habia ido á Coimbra para ver una parienta que vivia en aquella ciudad, y se volvia á Sevilla en donde tenia su residencia. Confronta-

mos ambas de tal modo, que desde la primera jornada nos unimos, y se fortificó tanto nuestra amistad en el camino, que quando llegamos á Sevilla no permitió saliera de su casa. No tuve lugar de arrepentirme de haber contraido semejante conocimiento. No he visto jamas muger de mejor carácter. Todavia se descubria en sus facciones y en la vivacidad de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear en sus rexas bastantes guitarras. Y por esto sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que la dexaron.

Tenia entre otras prendas excelentes la de ser mui compasiva con las doncellas desgraciadas. Quando le conté mis cuitas tomó con tanto ardor mi causa, que llenó de maldiciones á Zendano. ¡Ah, perros! dixo con un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo miserable. Hai en el mundo bribones que como éste se deleitan en engañar las mugeres. Lo que me consuela, hija mia, es que segun tu narracion de ninguna manera estás atada por matrimonio al perjuro vizcaíno; si éste pudiera excusarte con Dios y con el mundo, fuera un obstáculo para con-

traer otro mejor si se ofrecia ocasion.

Todos los dias salia con Dorotéa para ir á la iglesia ó á visitar alguna amiga; medio seguro de encontrar prontamente aventuras, y en efecto me atraxe las miradas de muchos caballeros, de entre los quales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona, pero los unos no tenian con qué subvenir á los gastos de un establecimiento, y los restantes todavia eran unos babosos; lo que me quitaba la gana de oirlos, sabiendo por mi experiencia las conseqüencias. Un dia quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba *la famosa comedia*, *el Embaxador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentaron en el teatro descubrí una de mis antiguas amigas, Fenicia, aquella moza gorda, pero mui alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, con quien comiste algunas veces en casa de Arsenia. Yo sabia mui bien que Fenicia habia mas de dos años que no estaba en Madrid; pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pie-

za. Quizá seria tambien porque no la representaba ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soi tan risueña un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno excelente. En fin llegado el esperado momento; es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia de la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgeo de un paxarito al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos testificamos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dexamos para el dia siguiente hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar mis ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia y hacerle preguntas y repreguntas. Dios sabe si fui perezosa para levantarme é

ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me conduxese al quarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del qual habia diez ó doce pequeñas salas, separadas solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la quadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la qual abrió Fenicia, cuya lengua se recomia tanto como la mia por hablar. Apenas tuvimos tiempo para sentarnos quando principiamos á charlar, y vénos en disposicion de palotear sin cesar. Teniamos tanto que preguntarnos, que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, y despues de habernos instruido del estado presente de nuestros negocios, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar, porque en fin, me dixo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu tiempo ser inútil á la sociedad. Le respondí que habia resuelto, hasta mejor fortuna, colocarme con alguna señorita de calidad. Quítate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dije mio, que

no te has enfadado de servir? ¿No te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿Porqué no escoges como yo, meterte á comedianta? Nada mas conveniente á una persona de luces, y á quien faltan bienes y nacimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto incomodan. Nuestras rentas, cuyos fondos posee el público, se nos pagan en moneda corriente; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hemos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavia me salen los colores quando me acuerdo que quando servia á Florimunda no oía otros requiebros que los de los criados del corral del príncipe, y que ningun hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia alli papel; por buena que sea una pintura no se celebra si no se expone al público. Pero despues que me presenté en las tablas ha habido una gran mudanza. Yo llevo al retortero los mejores mozos de los pue-

blos por donde pasamos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta; es decir, que no hace favor mas que á uno , se celebra como honrada y modesta; y quando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Pero si contrae una viuda terceras nupcias se hace despreciable, porque esto choca la delicadeza de los hombres; pero una cómica se hace de mas valor, á medida que hace mayor el número de sus favorecidos. Todavia despues de cien cortejos es un plato que solo se presenta en la mesa de los señores.

¿Para qué te cansas? interrumpí yo al llegar aqui. ¿Piensas tú que me son desconocidas esas ventajas? Mui de ordinario me las represento, y hablándote sin ningun disimulo, te digo que ellas lisonjean demasiado á una muchacha de mi genio. Tengo mucha inclinacion á la comedia , pero esto no basta, se requiere talento, y no lo tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no quedó gustosa; esto me ha hecho disgustarme del arte. No es extraño que disgustases á Arsenia , porque las cómicas celebres

son por lo comun envidiosas; á pesar de su vanidad temen que se les presenten objetos que las desluzcan. En fin sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia; su decision nó ha sido sincéra. Te digo sin adulacion que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion libre y mui graciosa, el metal de la voz dulce, buen pecho, y sobre todo una cara pulida. ¡Ah, gran picarona, á quántos encantáras si fueras comedianta!

Á esto añadió todavia otros discursos artificiosos, y me hizo representar algunos versos, con el ánimo solamente de hacerme conocer la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido fueron mayores sus elógios hasta aventajarme á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dexar de condenar á Arsenia de envidiosa y de mala fe. Me fue preciso convenir en que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos comediantes que entraron en aquel punto, los que quedaron arrebatados, y quando volvieron de su admiracion fue para colmarme de aplausos. Hablando

seriamente aseguro que aun quando los tres hubieran ido desafiados á quál me habia de alabar mas no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que sufrir con tantos elógios. Yo principié á creer que valia alguna cosa, y véme aqui decidida por la comedia.

No hablemos mas, querida mia, dixe á Fenicia, esto es hecho. Quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía, si no hai inconveniente. Á esto mi amiga transportada de gusto me abrazó, y sus dos camaradas no manifestaron menos alegria que ella al ver mi determinacion. Convenimos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y haria presente á toda la compañía el mism ensayo. Si en casa de Fenicia dí una opinion ventajosa de mí, todavia juzgaron mas favorablemente los comediantes quando dixe en su presencia una veintena de versos; y me recibieron mui gustosos en la compañía. Desde entonces toda mi atencion se dirigió al modo con que debia presentarme por la vez primera. Para hacerlo con mas brillo emplee todo el dinero que me quedaba de la sortija; y aunque no tuve bastante para vestirme soberbiamente, suplió el gusto delicado

y airoso la magnificencia que faltaba. En fin salí á las tablas. ¡Qué palmadas! ¡qué elógios! Amigo mio, no faltaré á la modestia si te digo que arrebaté toda la atencion de los expectadores. Era necesario haber visto el ruido que yo hice en Sevilla para creerlo. Yo fui el asunto de todas las conversaciones de la ciudad, que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atraxo al público, que ya principiaba á abandonarla. Me presenté de un modo que encantó á todos, y esto fue publicar que me vendia á el que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus atenciones y facultades. Por mi gusto hubiera elegido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos consultar el interes y la ambicion quando se trata de contraernos. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á D. Ambrosio de Nisaña, hombre rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía, aunque ya viejo y de mui mala figura. Es verdad que le costó caro. Me alquiló una bella casa, la adornó magníficamente, me puso un buen cocinero, dos lacayos,

una doncella de labor y mil ducados por mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podia concebirla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y la miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso sincéramente que los aplausos del público, los discursos lisonjeros que oía por todas partes y la pasion de D. Ambrosio me inspiraron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de una muger ilustre; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, quanto las habia prodigado antes, hasta tomar la resolucion de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á mi casa: yo por mi parte procuraba juntar las comediantas mas entretenidas, y pasabamos la mayor parte de la noche en beber y en reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho;

pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse serian mui amables. D. Ambrosio me dexó por una maja granadina que acababa de llegar, y que tenia el talento de hacer valer sus gracias. Mi afliccion no pasó de veinte y quatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años, llamado D. Luis de Calazer, de tan buena cara que pocos podian compararsele. Con razon me preguntarás por qué elegí á un señor tan jóven, sabiendo que el comercio de esta clase de amantes es peligroso; pues yo te digo que D. Luis ni tenia padre ni madre, y que poseía ya su caudal; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las de nuestra profesion son personas de título, nunca somos responsables de los efectos que producen nuestras gracias. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos descañonado.

Tan fuertemente nos unimos Calacer y yo, que dudo haya habido amor como el nuestro. Parece nos amábamos á porfia: todos creian eramos dos amantes los mas dichosos; pero en realidad

eramos infelices. D. Luis era amable por su figura; pero tan zeloso, que me desolaba á cada instante con injustas sospechas. Por mas que procurase no mirar á hombre alguno, para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi reserva. Si estaba en las tablas le parecia que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y con esta sospecha me llenaba de injurias. En una palabra, nuestros mas tiernos entretenimientos se mezclaban siempre con quimeras. No pudimos sufrir mas; á ambos nos faltó la paciencia, y rompimos amigablemente. ¿Creerás tú que el último dia de nuestra comunicacion fue el mas gustoso que habiamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habiamos sufrido, nos despedimos con la mayor alegria, como dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entonces he procurado precaverme del amor. No quiero mas union que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demas mugeres; no debemos abrigar en nuestro

pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entretanto se aumentaba mi fama. Ella publicaba por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable me enviaron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el qual me pareció que era un partido ventajoso; asi lo acepté, aunque en el fondo de mi corazon sentia dexar á Fenicia y Dorotéa, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera dexé en Sevilla ocupada en derretir la vaxilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con esto salí para Granada.

Alli principié mi exercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino es á quien me diese buenas esperanzas, me

porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo temiendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa y equipage hacia el papel de señor, quando ví la primera vez al marques de Marialva.

Este señor portugués, que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á la comedia, y justamente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para ajustarse quando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugués solo pensó en mí, y á decir verdad, como no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPÍTULO VIII.

DEL RECIBIMIENTO QUE HICIERON Á GIL BLAS LOS CÓMICOS DE GRANADA ; Y DE LA PERSONA Á QUIEN RECONOCIÓ EN EL VESTUARIO.

En el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja , vecina suya , que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido excelente para hacer el papél de la diosa Cotis. Mi hermana no dexó de presentar el hermano á esta figura añeja , y sobre esto hubo grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dexé solas , diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marques , cuya habitacion me enseñó ella. Fui inmediatamente al quarto que habia alquilado, pagué á mi huéspeda , dí á un hombre mi valija , y fui con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En la puerta encontré á su mayordomo , que me preguntó si era yo el hermano de la

señora Estela. Respondíle que sí, y me dixo: pues sea vmd. mui bien venido, caballero. El marques de Marialva, de quien tengo el honor de ser mayordomo, me ha mandado que os reciba con todo agasajo, se le ha preparado á vmd. un quarto; si vmd. gusta, yo se lo mostraré. Me subió á lo último de la casa, y me entró en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama mui estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitacion. Vmd. no estará aqui mui á sus anchuras, me dixo mi conductor, pero en recompensa prometo á vmd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Encerré mi valija en el armario, del qual quité la llave, y pregunté por la hora en que se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado cierta suma al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una corta conversacion dexé al mayordomo, y fui á buscar á Laura, ocupado agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la

casa de comedias, y dixe ser hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto los guardas precipitarse para darme paso, como si yo fuera uno de los mas grandes señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino me hicieron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector es el recibimiento que con una seriedad cómica se me hizo en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya y dispuesta para principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, cargaron sobre mí. Los hombres me agoviaron con abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados sobre el mio lo llenaron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros para cumplimentarme, y todos me hablaban á un tiempo. Á mí me era imposible responderles, pero la hermana vino á mi socorro, y como su lengua estaba exercitada, á nadie le hice falta.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices; fue preciso sufrir los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador y sotadespavilador; en fin de todos los criados del teatro, que al

ruido de mi llegada corrieron á registrarme: no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas hermanos.

Entretanto se dió principio á la comedia, y algunos caballeros que estaban en los vestuarios se retiraron para tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no estaban de exercicio. Entre estos habia uno á quienes llamaron, y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente la persona á quien se le daba, me pareció que lo habia visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví era Melchor Zapata, aquel pobre comediante de la legua, que como dixe en el primer volúmen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante le aparté á un lado, y le dixe: si no me engaño, vmd. es el señor Melchor, con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente que hai entre Valladolid y Segovia. ¿Vmd. se acordará que entonces iba yo con un mancebo de barbero, y que juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de vmd., y compusi-

mos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil discursos agradables? Zapata se puso como pensativo por algunos instantes, y despues me respondio: vmd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entonces venia de Madrid, en donde habia tenido mis pruebas, y volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios estaban en mui mala positura. Y yo por estas señas, le dixe, hago memoria que vmd. llevaba un jubon aforrado con carteles de comedias. Tampoco he olvidado que vmd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger mui beata. ¡Oh! por lo que hace á eso ya no me quejo, dixo Zapata con precipitacion: vive Dios que la comadre se ha corregido en esto, y asi mi jubon va mejor forrado.

Quando iba á darle la enhorabuena de tan felíz mudanza tuvo la precision de dexarme para salir á las tablas. Con el deseo de conocerla me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase; lo que hizo diciendo: vea vmd. ahi á Narcisa, que si se exceptua á la hermana de vmd. es la mas hermosa de nuestras damas. Pensé que esta actriz debia ser aquella por quien se habia de-

clarado el marques de Marialva antes de haber visto á su Estelá, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia llevé á Laura á su casa en donde ví muchos cocineros que preparaban una gran cena. Aqui puedes cenar, me dixo ella. Nada menos que eso, le respondí, el marques quizá gustará de estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos de sus amigos y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres serás el sexto en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dixe; pero todavia no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este empleo honorífico debo antes ocuparme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dexé á Laura y fui á mi hostería, á donde hice cuenta de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

CAPÍTULO IX.

DEL HOMBRE EXTRAORDINARIO CON QUIEN CENÓ AQUELLA NOCHE, Y DE LO QUE PASÓ ENTRE ELLOS.

Advertí cenaba solo en un rincon de la sala un viejo vestido de paño pardo que parecia monge, y por curiosidad me senté en frente de él, le saludé mui cortesmente, y respondió del mismo modo: traxeron mi pitanza, que principié á despachar con mucho apetito, y mientras comia sin decir una palabra lo miraba freqüentemente; pero siempre le hallé puestos sus ojos en mí. Fatigado de su afan en mirarme le hablé en estos términos: padre, segun el cuidado con que vmd. me mira yo debo no serle desconocido: dígame vmd. si nos hemos visto en otra parte.

Con mucha gravedad me respondió: os miro con esta atencion para admirar la prodigiosa variedad de aventuras que estan grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le dixe con un aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de po-

seerla, dixo el monje, y de haber pronosticado cosas que no ha desmentido el tiempo; tambien sé la quiromancia, atreviéndome á decir que mis oráculos son infalibles quando he confrontado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque este viejo tuviese la apariencia de un hombre virtuoso me pareció tan loco que no pude dexar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi impolítica se sonrió; y despues de haber registrado bien la sala y haberse asegurado de que nadie nos oía, continuó hablando de esta manera: no me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia pasan por tan frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sábios, que despechados de no haberlas podido adquirir las renuncian y desacreditan; por lo que hace á mí no me ha acobardado su obscuridad, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo á un jóven á quien mis discursos deban parecer sueños. Una ligera prueba de mi ha-

bilidad os hará juzgar mejor de mí que todo lo que podria deciros. Diciendo esto sacó de su bolsillo una vasija llena de un licor roxo. Despues me dixo: vea vmd. aqui una elixîr que he compuesto esta mañana del jugo de ciertas plantas sacado por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. Vmd. va á probar su virtud. Bien vé vmd. que el vino que bebemos es mui malo; pues se ha de hacer excelente. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixîr en mi botella, con las que mi vino se volvió mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupado el entendimiento ya no hai juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido á que era menester ser poco menos que diablo para haberlo encontrado, exclamé lleno de admiracion: ¡Oh, padre mio! perdóneme vmd. por Dios, si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á vmd. justicia; esto me basta para estar asegurado de que si quiere puede hacer en un instante de una barra de hierro una

de oro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esta admirable ciencia! El cielo os libre de ella, interrumpió el viejo con un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme ténme lástima; pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infelíz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor paso una vida errante, tan presto disfrazado en sacerdote ó monge, como en caballero ó paisano. Mira pues si será ventajoso el saber hacer oro á este precio. Y sobre todo las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que las poseen tranquílamente.

Este discurso me parece mui sensato, dixe entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir en reposo; vmd. me hace despreciar la piedra filosofal. Por mi parte resolví unirme al marques mas que otro ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada.

CAPÍTULO X.

DE LA COMISION QUE EL MARQUES DE MARIALVA DIÓ Á GIL BLAS; Y CÓMO LA EVACUÓ ESTE FIEL SECRETARIO.

Todavia no habia venido el marques de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré los ayudas de cámara que jugaban á la primera esperando su venida. Me introduxe con ellos, y nos entretuvimos riendo hasta las dos de la madrugada que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dixo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita: Gil Blas, ¿porqué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dixo, te encargue por la mañana un negocio, y entonces recibirás mis órdenes. Vé á reposar, y sabe que te dispenso de esperarme, me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dexó de agradarme, pues me excusaba la sujecion que algunas veces hubiera sufrido con disgusto, dexé al marques en su aposento, y me retiré á mi guar_

dilla. Me acosté, pero no habiendo podido dormir seguí el consejo de Pitágoras de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dexase de remorderme haber apoyado la impostura de Laura. Por mas que yo dixera para excusarme que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de hacerme bien; y que en algun modo me habia visto en la necesidad de ser cómplice de la superchería, poco satisfecho de esta excusa yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el engaño, y que debia ser mui atrevido para querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin despues de un exâmen severo convine en que si no era un bribon me faltaba poco.

Habiendo pasado de aqui á las conseqüencias, reflexîoné que no era juego de niños el engañar á un hombre de condicion, quien por mis pecados acaso tardaria mui poco en descubrir la trampa. Una reflexîon tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto se

disipó mi temor con las ideas del gusto y del interes; ademas de que para asegurarme bastaba la profecía del hombre del elixír. Á esto se siguió hacer cuentas mui alegres calculando la suma á que ascenderian mis salarios en diez años de servicio; á esto añadí las gratificaciones que deberia recibir de mi amo, y midiéndolas por su humor liberal, ó mas bien segun mis deseos, la intemperancia de mi imaginacion no ponia límites á mi fortuna. Tanta felicidad me trajo poco á poco el sueño, y me dormí edificando castillos en el aire.

Por la mañana me levanté á las nueve, y fui á recibir las órdenes de mi patron; pero al abrir la puerta para salir me admiré de verlo venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dixo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche la ofrecí pasar allá esta mañana, pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de entidad no me lo permite. Vé y díla de mi parte quánto me ha mortificado este contratiempo, y asegúrala que sin embargo cenaré con ella. Pero no pára en esto tu comision, añadió alargándome una bolsa con una caxita de zapa, guarnecida de piedras, llévala

mi retrato, y toma para ti esta bolsa en donde van cincuenta doblones, que te doi para prueba de la estimacion que te tengo ya. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fui corriendo en casa de Laura, y transportado de la alegria iba diciendo: bueno, bueno, la prediccion se cumple visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una moza bella y galante! ¡Qué lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. La hallé en el tocador, en donde esperando á su portugués, procuraba añadir á su hermosura natural todos los auxílios que el arte de las majas podia prestarle. Amable Estela, la dixe al entrar, imán de los extrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con una comision que me da esta prerogativa, la qual voi á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de visitarte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte cenará esta noche contigo; te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

La di la caxa, cuyos brillantes ale-

graron infinitamente su vista. La abrió, observó la pintura de puro cumplimiento, cerróla, y se puso con sosiego á considerar los diamantes. Celebró su hermosura, y me dixo con sonrisa: vé aqui unas copias que las cómicas aman mucho mas que los originales. Díxela: el generoso portugués al darme el retrato me regaló cincuenta doblones. Me alegro infinito, me dixo ella. Este señor principia por donde rara vez acaban otros. A ti es, mi querida, á quien debo este regalo, la respondí; la fraternidad es la que únicamente ha excitado al marques. Yo quisiera hiciera otro tanto todos los dias: no puedo ponderarte quánto te amo. Desde el primer instante que te ví te amé tan estrechamente, que el tiempo no ha podido romper esta union. Quando te perdí en Madrid no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como un hombre que volvia á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado para vivir juntos: tú has de ser mi marido; pero antes es menester enriquecernos. La prudencia exige que comencemos sobre este pie. Todavia quiero tener tres ó quatro cortejos para que te establezcas cómodamente.

La dí las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodia. A esta hora me retiré para dar cuenta á mi amo del modo con que se habia recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarlo de su parte; pero fue tiempo perdido, porque quando llegué á la posada se me dixo que el marques acababa de salir, y estaba decidido que no volveria á verle mas, como se leerá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI.

DE LA NOTICIA QUE TUVO GIL BLAS, Y DEL GOLPE TERRIBLE QUE RECIBIÓ CON ELLA.

Me fui á mi hostería, en donde encontré dos hombres, con quienes comí, y con cuya agradable conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus negocios, y yo para tomar el camino del teatro. Hemos de advertir de

paso que yo tenia motivo para estar de buen humor: la alegria habia reinado en nuestra conversacion: la fortuna se me mostraba propicia, y sin embargo sentia cierta tristeza que no estaba en mi mano evitar. Habiendo entrado en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata y me dixo en secreto que lo siguiera. Me llevó á un sitio excusado y me tuvo este discurso: señor mio, me parece que estoi obligado á dar á vmd. un aviso mui importante. Ya sabe vmd. que el marques de Marialva se enamoró primeramente de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, quando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida y llevarse á su casa al señor portugués. Bien conoce vmd. que una comedianta no pierde tàn buena presa sin despecho. Mi muger lleva siempre en su corazon este resentimiento, y todo lo emprenderá para vengarse; siendo lo peor que se le ha venido á las manos una bella ocasion. Ayer, si vmd. hace memoria, todos nuestros criados acudieron á verle. El sotadespavilador dixo á algunas personas de la compañía que conocia á vmd., y que de ningun modo era hermano de Estela.

Este rumor, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dexado de preguntarlo al autor, y éste lo ha confirmado. Dice que conoció á vmd. criado de Arsenia quando Estela con el nombre de Laura la servia en Madrid. Mi esposa que está contentísima con este descubrimiento hará sabedor de él al marques, que debe venir esta tarde á la comedia. Camine vmd. con esta inteligencia; y si no es en realidad hermano de Estela le aconsejo como amigo y por nuestro antiguo conocimiento se ponga en seguridad. Narcisa, que no pide mas que una víctima, me ha permitido que se lo advierta para que evite con una pronta fuga qualquiera accidente funesto.

No necesité saber mas; dí gracias por su advertencia al histrion, quien conoció mui bien por mi susto que yo no pensaba en desmentir al sotadespavilador. Como en efecto no me hallaba con humor de pasar adelante en la desvergüenza, aun no pensé despedirme de Laura temiendo no quisiese obligarme á que siguiera con descaro; ella siendo tan buena comedianta podria salir con facilidad de este mal paso, pero á mí

me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese despreciarlo. En nada pensé sino en salvarme con mis dioses penates; es decir, con mi ropa: en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de la casa de comedias, en un momento hice sacar y transportar mi maleta en casa de un ordinario que el dia siguiente á las tres de la mañana habia de salir para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el conde de Polan, cuya casa me parecia mi único asilo; pero no hallándome en ella me tenia mui inquieto la idea del tiempo que debia permanecer en una ciudad en donde temia me buscasen desde la misma noche.

Á pesar de mi turbacion, semejante á la de un deudor que sabe le persiguen los alguaciles, no dexé de ir a cenar á mi hostería; pero lo que tomé en aquella noche no creo hiciese en mi estómago un excelente quilo. El miedo me hacia exâminar todas las personas que entraban en la sala; y temblaba siempre que por mi desdicha llegaban algunas gentes de mala cara, cosa que no es rara en estos sitios. Despues de haber cenado con estas inquietudes me levanté de la

mesa y volví á casa del ordinario, en donde me acosté sobre un xergon hasta la hora de partir.

Puedo asegurar que durante la noche exercité bien mi paciencia. Vinieron á asaltarla mil pensamientos agradables; si algun instante dormitaba se me representaba el marques furioso lastimando con golpes el hermoso rostro de Laura y destrozando todo lo que habia en su casa; ó ya le oía mandar á sus criados que me matáran á palos. Despertaba sobresaltado, y quando es tan dulce el despertar despues de un sueño terrible, para mí fue mas cruel que el mismo sueño.

El ordinario me sacó de este cuidado avisándome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pie, y gracias al cielo salí curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos ibamos alejando de Granada iba mi espíritu recobrando su tranquilidad. Empezamos á hablar el ordinario y yo; contóme algunas graciosas historias que me hicieron reir, con lo que perdí insensiblemente mi temor: en Úbeda, á donde fuimos á hacer noche la primera jornada, dormí pacíficamente, y la quarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado

fue informarme de la habitacion del conde de Polan, y persuadido á que no consentiria que me alojase en otra parte que en su casa, fui allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspeda; no encontré en ella mas que el portero, quien me dixo que su amo habia salido la noche antecedente para la casa de Leiva, de donde se le habia enviado á decir que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia del conde se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, por cuya causa tomé otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid resolví ir allá. Reflexîoné que en la corte podria hacer fortuna, pues segun he oido decir no es necesario en ella un genio superior para adelantarse. Por la mañana tomé un caballo de retorno que me llevó á esta capital, en donde la fortuna me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces habia representado.

CAPÍTULO XII.

GIL BLAS SE ALOJA EN UNA POSADA, EN DONDE HACE CONOCIMIENTO CON EL CAPITAN CHINCHILLA: QUÉ CLASE DE HOMBRE ERA ESTE OFICIAL, Y QUÉ NEGOCIO LE HABIA LLEVADO Á MADRID.

Luego que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo que desde las extremidades de Castilla la Nueva habia venido á la corte para solicitar una pension que creía tener bien merecida: se llamaba D. Anibal de Chinchilla; no sin espanto le ví la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y extraordinariamente flaco. Tenia unos bigotes espesos, que subian retorciéndose por los dos lados hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna tenia tapado un ojo con un grande parche de tafetan verde, y casi todo su rostro lleno de cicatrices. En el resto era como los otros. Por lo demas no le faltaba entendimiento y le sobraba gra-

vedad. En quanto á costumbres era mui escrupuloso, y se picaba sobre todo de ser delicado en puntos de honor.

Á las dos ó tres conversaciones me honró con su confianza, y supe todos sus negocios. Me contó en qué ocasiones se habia dexado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía, y una pierna en los Paises Baxos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y los sitios, que no se le escapó ninguna fanfarronada, ni una palabra en alabanza suya, siendo asi que sin dificultad le hubiera perdonado las alabanzas de la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dixo que sobre todo sentia haber disipado su hacienda en las campañas, de suerte que no le habia quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para sostener su bigote, pagar su alojamiento y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encogiendose de hombros, todos los dias, á Dios las gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo

caso. Si vmd. lo presenciára no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre quál habia de cansarse antes; si yo de darlos, ó él de recibirlos. Tambien tengo la honra de darlos freqüentemente al mismo rei; pero tan lindo es Pedro como su amo: entre éstas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparacion.

No pierda vmd. la esperanza, dixe al capitan; vmd. sabe que las cosas de palacio van de espacio. Acaso estará vmd. hoi en la víspera de ver recompensados con usuras todos sus trabajos. No debo lisonjearme con esta esperanza, respondió D. Anibal: no há tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro, y si he de creer sus discursos debo prestar paciencia. ¿Y qué dixo á vmd., señor oficial? le respondí. ¿Dice que el estado en que vmd. se halla no le parece digno de recompensa? Vmd. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramente: señor hidalgo, no celebre vmd. tanto su zelo y fidelidad, por haberse expuesto á los peligros por su patria; no ha hecho vmd. mas que lo que debia. La sola gloria que resulta de las buenas acciones es suficiente paga, y

debe bastar principalmente á un español. Desengañese vmd. si mira como deuda la gratificacion que solicita ; en caso de concedérsele esta gracia la deberá únicamente á la bondad del rei , que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al estado. Infiera vmd. de aqui , prosiguió el capitan , qué debo esperar, y si tengo cara de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre valiente quando se le ve ajado : le exhorté á que se mantuviera firme ; me ofrecí á ponerle de valde en limpio sus memoriales ; llegué hasta abrirle mi bolsillo , y le supliqué que tomara lo que quisiera. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones esperan pocas súplicas ; al contrario se manifestó mui delicado , y me dió las gracias. Despues de esto me dixo que por no molestar á nadie se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad que el menor alimento bastaba para su subsistencia ; lo que era mui cierto. No se alimentaba de otra cosa que de cebollas y ajos , y asi solo tenia el pellejo y los huesos. Para no tener testigos de sus malas comidas se encerraba en su quarto á la hora de ellas. No

obstante á fuerza de súplicas conseguí que cenáramos y comiéramos juntos. Habiendo engañado su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me llevaran mucha mas comida y bebida de la que necesitaba; lo convidé á comer y á beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á mis instancias, y haciéndose insensiblemente mas atrevido me ayudó de su propio motivo á limpiar mi plato y vaciar mi botella.

Quando hubo bebido quatro ó cinco tragos y reconciliado su estómago con buenos alimentos, me dixo con tono alegre: en verdad que el señor Gil Blas es mui mañoso, y hace de mí lo que quiere. Sabe vmd. obligar con su modo hasta quitar el temor de abusar de su generosidad. Me pareció que mi capitan estaba ya tan libre de su cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido mi bolsa no la hubiera rehusado. No quise hacer la prueba: me contenté con hacerlo mi comensal y tomar el trabajo no solamente de escribir sus memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el exercicio de copiar homilías habia aprendido á variar las frases, y aun me

habia hecho como una especie de autor. El viejo oficial por su parte se picaba de poner bien un escrito; de modo que trabajando los dos á porfia poníamos trozos de eloqüencia dignos de los mas célebres profesores de Salamanca. Pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era como se suele decir sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los servicios de D. Anibal, la corte ningun caso hacia de ellos, lo que no excitaba á este inválido para elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo Nápoles, Lombardía y los Paises Baxos.

Para su mayor mortificacion habiendo recitado cierto dia en presencia del rei un soneto sobre el nacimiento de una infanta un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Yo creo que el mutilado capitan se hubiera vuelto loco si no hubiera yo cuidado de ponerlo en razon. Viéndole fuera de sí le dixe: ¿qué es lo que vmd. tiene? Nada de esto debia extrañar; ¿no

estan de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hai cabeza coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y hablando para nosotros, las pensiones dadas á los poetas pasan á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, quando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Quántas recompensas no dió Augusto? ¿Quántas pensiones ha dado de que no tenemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá, como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dixe á D. Anibal, no habiendo podido digerir el fruto del soneto que se le habia aplomado en el estómago, resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso antes envidar el resto presentando un memorial al duque de Melar. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer ministro; alli encontramos un jóven, quien despues de haber saludado al capitan le dixo con cariño: mi amado y antiguo amo, ¿es posible que vea á vmd.? ¿Qué negocio le trae en casa de S. E.? Si necesita algu-

persona de crédito, no dexe vmd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perillo, dixo el oficial, ¿pues qué tienes algun empleo bueno en la casa? Á lo menos, respondió el jóven, bastante para servir á un hidalgo como vmd. Siendo asi, repitió el capitan con sonrisa recurro á tu proteccion. Desde luego soi de vmd., repitió Perillo. Dígame vmd. de qué se trata, y prometo sacar raja del primer ministro.

Apenas lo instruimos quando preguntando en dónde vivia D Anibal nos aseguró sabriamos de él al dia siguiente, y se despidió de nosotros sin decirnos lo que pretendia hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Melar. La agudeza de este Perillo excitó mi curiosidad, y quise saber quién era. Es, me dixo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiéndome visto en la indigencia me dexó por buscar mejor acomodo. No se lo tuve á mal, porque por mejoría mi casa dexaria. Es un chulo á quien no le falta entendimiento, y es entrometido como mil diablos. Pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del zelo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dixe, que no os

sea inútil. Si, por exemplo, es criado de alguno de los principales oficiales del duque, podrá servir á vmd. de mucho. Vmd. no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cabala, que estos tienen familiares favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

Al dia siguiente vino Perillo á nuestra posada. Señores, nos dixo, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla, fue porque no estábamos en parte en donde debiera tener semejante confianza. Ademas de que tenia gusto de tentar el vado antes de explicarme. Han de saber vmds. que soi lacayo de confianza del señor baron de Roncal, primer secretario del duque de Melar. Mi amo, que es mui galan, va casi todas las tardes á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio: es una muchacha mui bonita de Albarracin, tiene entendimiento, y canta al primor, y por esto la llaman la señora Sirena. Como la llevo todas las mañanas un villete, vengo ahora de verla; la he propuesto que haga pasar por su tio al señor Don Anibal, y que con esta suposicion obli-

gue á su cortejo á protegerlo. Ha convenido gustosa en esto, porque ademas del tal qual provecho que juzga le puede resultar le es mui agradable la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto á este discurso. Manifestó repugnancia en hacerse cómplice de una impostura, y todavia mas en sufrir que una aventurera le deshonrase diciendo que era de su familia; no solamente lo sentia por sí, sino que hallaba en esto, digámoslo asi, una especie de ignominia que retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perillo, á quien pareció fuera de razon. ¡Se burla vmd.! exclamó. Vea vmd. aqui las cosas de los hidalgos de aldea: todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira vmd., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios, en la corte no se debe parar en estas delicadezas; venga la fortnna del modo que venga no se ha de dexar perder.

Apoyé lo que decia Perillo, y ambos arengamos tanto al capitan que á pesar suyo le hicimot fingirse tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos los tres un nuevo

memorial para el ministro, que fue revisto, aumentado y corregido. Despues lo puse en limpio, y Perillo lo llevó á la aragonesa, que en la misma tarde lo recomendó al señor baron, á quien habló de modo que este secretario creyéndola verdaderamente sobrina del capitan prometió apoyarlo. El efecto de esta maniobra lo vimos pocos dias despues. Perillo volvió á nuestra posada triunfante: buenas nuevas, dixo á Chinchilla: el rei hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será vmd. olvidado: se me ha encargado que os lo asegure. Pero al mismo tiempo se me ha ordenado preguntar á vmd. qué pretende regalar á Sirena. Por lo que á mí toca declaro que nada quiero: yo prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi antiguo amo: pero no corre parejas conmigo la ninfa de Albarracin: es un poco judía, y tiene quando se trata de servir al próximo un defectillo: ella tomaria el dinero de su mismo padre; vea vmd. si rehusará el de un tio postizo.

Que diga lo que quiere, dixo D. Anibal: si quiere todos los años la tercera

parte de la pension que me han de dar se la prometo, y me parece que es bastante, aun quando se tratara de todas las rentas de S. M. C. Si yo fuera, replicó el mercurio del baron de Roncal, me fiaria de su palabra de vmd., yo sé que no faltará á ella; pero vmd. trata con una personilla naturalmente mui desconfiada. Por otra parte ella querrá mas que vmd. la dé de antemano en dinero contante las dos terceras partes de su renta. ¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque? interrumpió ásperamente el oficial. ¿Cree por ventura que soi contador mayor? Tú debes no haberla instruido de mi situacion. Perdone vmd., repitió Perillo; sabe mui bien que vmd. está mas pobre que Job: no puede ignorarlo con lo que la tengo dicho; pero no tenga vmd. cuidado: soi un hombre fértil en expedientes. Conozco un pícaro usurero ya viejo que acostumbra prestar su dinero al diez por ciento; vmd. le hará ante un notario cesion de la pension del primer año en pago de una igual suma que recibirá vmd. desfalcada la usura. En órden á la fianza el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que en es-

te punto no tendrán vmds. disputa.

El capitan protextó que siempre que tuviera la fortuna de participar de las gracias que se habian de distribuir el dia siguiente aceptaria estas condiciones. En efecto se verificó: le dieron una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Luego que supo esta nueva dió todas las seguridades que se le exigieron, evacuó sus cosillas, y se volvió á Castilla la Nueva con algunos doblones que le habian quedado.

CAPÍTULO XIII.

GIL BLAS ENCUENTRA EN MADRID Á SU QUERIDO AMIGO FABRICIO. EL GRAN GUSTO QUE TUVIERON AMBOS. Á DÓNDE FUERON LOS DOS, Y DE LA CURIOSA CONVERSACION QUE TUVIERON.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir los grandes, quienes alli me parecian sin aquel brillo que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome en los aposentos, haciendo como

otros muchos una necísima figura, percibí á Fabricio, á quien me habia dexado en Valladolid sirviendo al administrador del hospital. Lo que me espantó en extremo fue verlo hablar familiarmente con el duque de Medianadionis y el marqués de Cranta Suz. Á mi parecer estos dos señores gustaban de oirlo; ademas de esto él iba vestido como un caballero. Si me engañaré, me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede ser que sea algun cortesano que se le parezca. No estuve mucho tiempo en duda; idos los señores me acerqué á Fabricio: inmediatamente me conoció, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar el concurso para salir de las piezas, me dixo abrazándome: mi amado Gil Blas, me alegro mucho de verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavia sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la corte? ¿En qué estado estan tus negocios? Dime todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntas muchas cosas de un golpe, le respondí, y el lugar en donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dixo; mejor estarémos en mi

casa: ven, voi á llevarte, no está lejos de aqui. Estoi libre, alojado agradablemente en una buena casa, vivo contento y soi felíz, pues que creo serlo.

Acepté el partido, y me dexé llevar de Fabricio, que me detuvo en una casa de buena fachada, en donde me dixo que vivia. Atravesamos un patio que tenia á un lado una grande escalera por donde se subia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan obscura como estrecha, por donde fuimos al alojamiento que me habia ponderado. Este se reducia á una sala única, en la qual mi ingenioso amigo habia hecho quatro separaciones con tablas de pino: la primera servia de antesala á la segunda, en donde dormia; de la tercera habia hecho su gabinete, y de la última una cocina. La sala y la antesala estaban adornadas de mapas, papeles de conclusiones, y los trastos eran correspondientes á la colgadura. Estos se reducian á una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de tela pajiza, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies dorados, cubierta con un cordoban, que parecia haber sido encarnado,

y ribeteado con una franja de oro falso tomado con el tiempo, un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. Tenia por papelera en su gabinete una mesita, y su biblioteca se componia de algunos libros y de algunos legajos de papel que tenia en unas tablas ordenadas á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia lo demas, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio despues de haberme dexado mirar bien su aposento, me dixo: ¿Qué juicio haces tú de mi equipage y mi habitacion? ¿No te has encantado de verla? Á fe mia que sí, le respondí sonriéndome; precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues que estás tan bien provisto. Sin duda tienes alguna comision. No lo permita el cielo, me replicó. Mi ocupacion es mas provechosa que esos empleos. Un hombre de distincion de quien es esta posada me ha dado una sala, de la que he hecho quatro piezas que he adornado como ves; á mi nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Hablame con claridad, le dixe, mi deseo de saber tus cosas se ha aumentado. Está bien, me dixo, voi á dar-

te gusto ; soi escritor : me he dado á las bellas letras , escribo en verso y en prosa ; en suma hago á pelo y á lana.

¡Tú favorecido de Apolo! exclamé riéndome. Cosa es esta que jamas hubiera adivinado ; ninguna otra cosa me hubiera sorprendido tanto. ¿Díme ; ¿qué atractivo has podido tú encontrar en la condicion poetica? Me parece que estas gentes son despreciadas en la vida civil, y que no son los mas ricos. ¡Oh! Quítate allá , gritó : eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desprecio de los libreros y de los cómicos. ¿Qué hai que extrañar si no se estiman semejantes escritos? Pero los buenos , amigo mio , estan en el mundo sobre mejor pie ; y yo sin vanidad puedo decir que soi de este número : no lo dudo , le dixe , tú eres un mozo de grande entendimiento , y asi tus composiciones no pueden ser malas ; pero lo que deseo saber , y que me parece digno de mi curiosidad , es el cómo te ha acometido el furor de escribir.

Justa es tu admiracion , dixo Nuñez. Estaba tan contento con mi estado en casa del señor Manuel Ordoñez , que de ninguna manera deseaba otro. Pero mi

genio habiendo superado poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representaron los cómicos de Valladolid. Aunque ésta no valió un pito tuvo un gran suceso; de aqui inferí que el público era una buena vaca de leche, que fácilmente se dexaba ordeñar. Esta reflexion y el furor de componer nuevas piezas me sacaron del hospital. El gusto por la poesía me quitó el de las riquezas; y para formar mi gusto resolví venir á Madrid, como á el centro de los ingenios: me despedí del administrador, quien, como me amaba mucho, sintió bastante mi resolucion. Me dixo: que porqué queria dexarlo, que si me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto. No señor, le respondí, vmd. es el mejor de todos los amos que se pueden encontrar, estoi agradecidísimo á las bondades de vmd.; pero vmd. sabe que cada uno debe seguir su estrella; la mia me parece que es la de eternizar mi nombre con obras de ingenio. ¡Qué locura! me replicó este buen paisano. Ya estás arraigado en el hospital, eres de la cantera de los mayordomos, y aun de los administradores. Tú vas á dexar lo sólido para ocuparte en

frusierías. El mal es para ti, hijo mio.

El administrador viendo que era predicar en desierto me pagó mis salarios, y en reconocimiento á mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados. De modo que con esto y con lo que habia podido recoger en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me puse en estado de presentarme decentemente en Madrid; lo que no dexé de hacer, aunque los escritores de nuestra nacion no se paguen de la decencia: inmediatamente me familiaricé con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra y los demas autores famosos; pero, con preferencia á estos dos grandes hombres, elegí para mi preceptor un jóven bachillér cordobés, el incomparable D. Luis de Góngora, el genio mas excelente que jamas ha producido España; no quiere que sus obras se impriman en su vida, únicamente se contenta con leerlas á sus amigos. Lo que tiene de mas particular es, que la naturaleza lo ha dotado con el talento raro de acertar en todas suertes de poesías; principalmente en las piezas satíricas: vé aqui su fuerte. No es como Lucilio, un torrente turbio que lleva consigo mu-

cho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de este bachillér, le dixe, que no dudo tendrá muchos envidiosos una persona de tanto mérito. Asi es, dixo; todos los autores, tanto buenos como malos, se desenfrenan contra él; el uno dice que tiene un estilo hinchado, que gusta de agudezas, metáforas y transposiciones: sus versos, dice otro, tienen la obscuridad de los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, que nadie entendia; tambien hai quien le echa en cara que tan presto hace sonetos ó romances, tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente hubiera intentado deslucir á los mejores escritores en todo género de poesías; pero todas estas saetas de la envidia se despuntan al dirigirse contra una musa amada de los grandes y del pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir sin vanidad, que le imito: habiendo poseido de tal modo su espíritu que ya compongo pedazos abstractos que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su exemplo vendiendo en las casas de los grandes mis géneros, siendo recibido maravillosamente en ellas, y en

donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi entrada es artificiosa, lo que no daña á mis composiciones. En fin me aman muchos señores, y sobre todo vivo con el duque de Medianadionis, como Horacio con Mecenas. Vé aqui, prosiguió, de qué modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á ti, Gil Blas, toca ahora el referir tus hazañas.

Hícelo mui por menor, suprimiendo todo lo que me pareció no ser del caso. Despues se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino excelente, y nos pusimos á la mesa con aquella alegria que experimentan dos amigos que se encuentran despues de una larga separacion. Tú ves, me dixo, mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el exemplo de mis camaradas comiendo todos los dias en casa de algunas personas distinguidas; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soi un nuevo Aristipo; tan contento estoi con el gran mundo como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Tanto nos agradó el vino que fue

menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del fuego con que lo leyó me pareció tan obscuro que nada pude comprehender. Percibiólo, y me dixo: el soneto no te ha parecido mui claro; ¿no es asi? Le confesé que hubiera querido un poco mas de limpieza; rióse de mí, y prosiguió: este soneto, amigo, lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las obras que piden sublimidad no quieren estilo simple y natural, la obscuridad es su carácter, y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende es basta. ¿Te burlas? le dixe. Todas las poesías sean de la naturaleza que sean, piden buen sentido y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas acierto que tú, le rebaxaré mucho en mi opinion: quando mas agradará y engañará á su siglo; pero de otro modo juzgará la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Me manifestó un prólogo que me dixo pensaba poner á la cabeza de una coleccion de comedias que estaba impri-

miendo. Me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dixe, que tus versos. El soneto es una algaravía; en el prólogo hai expresiones mui estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es singular, mui ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante! exclamó Fabricio. ¿No sabes tú que todo prosador que aspira hoi á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas expresiones extraviadas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis innovadores atrevidos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir á pesar de Lope de Vega, Cervantes y todos los demas ingenios que nos andan contrapunteando sobre nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte personas distinguidas y hasta teólogos entran en nuestra quadrilla.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos de mas mérito que aquellos escritores naturales que hablan con el lenguage del comun. No sé por

qué diablos merecen la estimacion de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dixo á Alcibíades, que el comun era un maestro excelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa, aqui tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se explican de un modo diferente que los de las provincias. En fin desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hai de la gentileza de nuestra dicion á la baxeza de la suya. Dirian ellos, por exemplo, llanamente: *los intermedios hermosean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacer hermosura*: ¿percibes tú todo el brillo, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcajada, le dixe: anda al diablo con tu lenguage culto: tú eres original. Y tú con tu estilo natural, repuso él, eres una gran bestia; vé, prosiguio, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada, *vé á mi tesorero que te de cien ducados, y el cielo*

te guie con esta suma. Á Dios, señor Gil Blas: deseo á vmd. un poco de mas gusto. Renové mis carcajadas al oir esta pulla, y Fabricio sin haber perdido nada de su buen humor me perdonó la irreverencia con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al prado, pero al pasar por la puerta de una botillería nos dió gana de entrar.

En esta casa se hallaba regularmente buena compañía. Ví entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos salas separadas. En la una se jugaba á la primera y al axedréz, y en la otra habia diez ó doce que estaban mui atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para atender que el asunto de su contienda era un punto de metafisica; porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban que no parecian sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro se hubieran visto salir demonios por sus narices. ¡Oh, buen Dios! dixe á mi compañero. ¡Qué vivacidad, qué pulmones! No pa-

rece sino que estos disputadores nacieron para pregoneros. La mayor parte de las gentes yerran su vocacion. Sí verdaderamente, respondió, estas gentes son al parecer de la raza de Novio, aquel banquero romano cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus discursos, añadió, es que se han atolondrado infructuosamente. Nos apartamos de estos metafisicos gritones, y con esto deseché una jaqueca que ya empezaba á sentir. Nos fuimos á un rincon de la otra sala, y habiendo bebido algunos vasos de helado principiamos á exâminar los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dixo con exclamacion: vive Dios que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en un rato, pero á bien que llega tropa de refresco: los tres primeros no tardaron en tomar partido. Pero ¿ves esos dos originales que salen? Pues esa personilla morena, seca y cuyos cabellos floxos y largos le caen en partes iguales por detras y por delante, se llama D. Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer con él, y lo sorpren-

dimos en una ocupacion mui singular; se divertia en su estudio tirando y haciéndose traer por un lebrél los rollos de autos de que debia dar cuenta, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que lo acompaña, aquella cara de tomate, se llama D. Querubín Tupido, es canónigo de la iglesia de Toledo, y el mas fátuo de los mortales. No obstante al ver su aire risueño, sus ojos brillantes, su risa fingida y maliciosa, se le creerá sabio y de gran penetracion. Quando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda pone la mayor atencion, como si penetrara todo su fondo; pero maldita la cosa que entiende. Éste asistió á la comida en casa del togado, en donde se dîxeron cosas mui agudas sin que D. Querubín profiriese una palabra; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dixe á Nuñez, aquellos dos capirrotos que estan de codos sobre una mesa en el rincon hablando tan baxo, que parece que se besan? No, me respondió, no he visto estas caras, pero

segun lo que aparentan serán políticos de café que murmuran del gobierno. ¿Ves á este caballerete que silvando se pasea en esta sala, sosteniéndose en tanto sobre un pie, y en tanto sobre el otro? Pues es D. Agustin Moreto, poeta mozo que muestra gran talento. Aquel á quien se acerca es uno de sus camaradas, que componen versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavia hai mas autores, exclamó señalándome dos hombres de espada que entraban: no parece sino que se han carteado para venir á pasar revista delante de ti. Ve alli á D. Bernardo Deslenguado y á D. Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espíritu lleno de hiel, que parece ha nacido baxo el dominio de Saturno, un hombre dañino, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á D. Sebastian es un mozo de buena fe, un autor mui concienzudo. Poco hace ha dado al teatro una pieza que ha lucido extraordinariamente, y por no abusar mucho tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicándo-

me las diferentes figuras del quadro variable que teniamos presente, quando lo interrumpió un gentil-hombre del duque de Medianadionis diciéndole: señor Don Fabricio, buscaba á vmd. para decirle que S. E. el duque mi señor desea hablarle, y que esperaba á vmd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hai prisa que baste, se apartó de mí para ir á ver á su Mecenas, dexándome mui admirado del trato que le daban de Don, viéndole transformado en noble á pesar de quanto pudiera decir el barbero Crisóstomo, su padre.

CAPÍTULO XIV.

FABRICIO COLOCA Á GIL BLAS EN CASA DEL CONDE GALIANO, TÍTULO DE SICILIA.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buenos dias, dixe al entrar, señor D. Fabricio, la flor y la nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir; ¿tú has notado, me dixo, que me han tratado de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permí-

teme te diga que ayer quando me contaste tu metamórfosis olvidaste lo mejor. Ciertamente, respondió: pero en verdad que si he tomado este título de honor, menos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces á los hombres; maldito el caso que hacen de un hombre de bien como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nobleza. Ademas puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que se hacen llamar D. Francisco, D. Gabriél, D. Pedro ó Don como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comunísima, y que un plebeyo que tiene mérito la honra quando quiere agregarse á ella.

Vamos mudando de asunto, añadió, cenando anoche en casa del duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridiculos efectos del amor propio. Yo me alegré hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Tú puedes imaginar quánto se reirian y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no ha

tenido malas resultas para ti, porque se han compadecido, y el conde Galiano despues de haberme hecho muchas preguntas de tî, á las quales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en este instante te iba á buscar para llevarte allá. Al parecer te quiere hacer uno de sus secretarios. Yo te aconsejo que no desprecies este partido. En casa de este señor estarás acomodado perfectamente; es rico, y en Madrid hace un gasto de embaxador. Dícese que ha venido á la corte para tratar con el duque de Melar sobre ciertas haciendas pertenecientes en Sicilia al rei, y que el ministro intenta enagenar. En fin el conde, aunque siciliano, parece generoso, justo y franco. Ninguna cosa puedes hacer mejor que entrar con este señor.

Habia resuelto, dixe á Nuñez, darme buena vida paseándome y divirtiéndome antes de ponerme á servir; pero me hablas tan ventajosamente del conde siciliano que me haces mudar de resolucion. Ya quisiera estar con él. O yo estoi mui engañado, ó tú lo estarás, y no se tardará mucho, repitió. Salimos ambos para ir á casa del conde, cuya casa era

la de D. Sancho de Avila, que estaba entonces en el campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas, y en la antesala muchos escuderos y gentiles-hombres y otros criados. Si los vestidos eran magnificos, las caras eran tan extravagantes que me parecieron una tropa de monos vestidos á la española. Confesemos que hai caras de hombres y mugeres á las quales nada puede hermosear el arte.

Habiendo dado D. Fabricio recado, fue introducido un momento despues en la sala á donde le seguí. El conde estaba en bata tomando chocolate sentado sobre un sofá. Lo saludamos con las demostraciones del mas profundo respeto: por su parte nos correspondio inclinando la cabeza con miradas tan graciosas que me inspiraron grande inclinacion ácia él: efecto admirable y ordinario que hace sobre nosotros el favorable acogimiento de los grandes. Es menester para que nos disgusten que nos hayan recibido con mucho desprecio.

Este señor, despues de haber tomado chocolate, se entretuvo algun tiempo en juguetear con un gran mono á quien lla-

maba Cupido. Ignoro por qué le dieron el nombre de este dios á aquel animal, sino que á causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia; pero tal qual era no dexaba de hacer las delicias de su amo, quien estaba tan prendado de sus gracias que no lo soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos encantaban. Esto dió mucho gusto al siciliano, quien suspendió este pasatiempo para decirme: en mano de vmd. está, amigo mio, ser uno de mis secretarios. Si le conviene á vmd. el partido le daré doscientos doblones al año, á mí me basta que D. Fabricio sea quien presente á vmd. y responda de su conducta. Sí señor, exclamó Nuñez, yo tengo mas valor que Platon; éste no se atrevió á salir por fiador de uno de sus amigos que enviaba á Dionisio el Tirano, pero no temo ser reprendido por el que ofrezco.

Con una reverencia dí al poeta de Asturias las gracias de su atrevimiento generoso, y despues dirigiéndome al patron le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apenas vio este señor que su proposicion me habia agradado quando hizo

llamar su mayordomo, á quien habló en secreto. Despues me dixo: Gil Blas, luego te diré en qué pienso emplearte, entretanto sigue á mi mayordomo; ya le he dado órden de lo que ha de hacer contigo. Obedecí dexando á Fabricio con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un mesinés de los mas refinados, me llevó á su aposento abrumándome con cumplimientos. Hizo venir al sastre de la casa, y le mandó hacerme prontamente un vestido de la misma magnificencia que los de los principales oficiales. El sastre tomó las medidas y se retiró. Por lo que hace á vuestra habitacion, dixo el mesinés, os he destinado un quarto cómodo: ea pues, prosiguió, ¿se ha desayunado vmd.? Respondíle que no. Pobre hombre, me dixo, ¿porqué no habla vmd.? Aqui está todo á pedir de boca; venga vmd. que yo le llevaré á una oficina, en donde á Dios gracias, nada falta.

Hízome baxar á la despensa en donde encontramos al repostero, que era un napolitano tal como el mesinés, de modo que pudiera decirse de ámbos que eran á qual peor. Este honrado hombre

estaba con cinco ó seis de sus amigos, que se atracaban de jamon, lenguas de buei y otras viandas saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro, y les ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la despensa, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien regalaba á tres ó quatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de conejos y perdices en empanada. Hasta los galopines de cocina se daban sus alegrones rapiñando quanto podian. Yo crei estar en el puerto de arrebata-capas, y en una casa abandonada al pillage; pero era nada quanto yo veía, todo esto eran vagatelas en comparacion de lo que me quedaba que ver.

CAPÍTULO XV.

DE LOS EMPLEOS QUE EL CONDE GALIANO DIÓ EN SU CASA Á GIL BLAS.

Habiendo salido para hacer traer el equipage á mi nueva habitacion encontre a la vuelta al conde en la mesa co-

muchos señores; entre los quales el poeta Nuñez con aire desembarazado se hacia servir y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia una palabra que no complaciera á la compañia. ¡ Viva el entendimiento! El que lo goza puede hacer quantos personages quiera.

Por lo que á mí toca comí con los criados mayores, que fueron tratados casi como el amo. Acabada la comida me retiré á mi quarto, en donde reflexionando sobre mi condicion me dixe á mí mismo: mui bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces: si hemos de juzgar por las apariencias estarás en su casa como el pez en el agua; pero no se debe apostar por nada, y la malignidad de tu estrella te ha hecho probar mui de ordinario, que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo, ¿en qué querrá que tú le sirvas? Al parecer intenta hacerte llevar el caduceo: sea en hora buena. No podrias entrar con mejor pie en casa de un señor para apresurar tu fortuna. Sirviendo en empleos mas honrosos se ca-

mina lentamente, y no siempre se consigue el fin.

Entre estas bellas reflexîones llegó un lacayo, y me dixo que todos los caballeros que habian comido en casa se habian ido, y que su señoría me llamaba. Fui volando á su aposento, en donde le encontré acostado sobre un sofá para dormir la siesta con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dixo, toma una silla y óyeme. Le obedecí, y me habló en estos términos: me ha dicho D. Fabricio que entre otras qualidades tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á proponerte que estés conmigo: yo necesito un criado que me tenga afecto, que cuide mis intereses, y ponga toda su atencion en conservar mis bienes; á la verdad soi rico, pero mis gastos superan todos los años á mis rentas. ¿Y porqué? porque me roban, porque me saquean. En fin vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho que mi mayordomo y mi repostero estan de acuerdo; y si no me engaño, vé aqui mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo tan bri-

bones porqué no los despido; ¿pero en dónde he de encontrar otros que sean de mejor pasta? Es preciso contentarme con hacer que los observe una persona, que tenga derecho de inspeccionar su conducta. Á ti, Gil Blas, he elegido para esta comision. Si la evacuas bien, está asegurado de que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de establecerte en Sicilia mui ventajosamente.

Despues de haberme tenido este discurso me despidió, y desde aquella misma noche delante de todos los domésticos fui proclamado superintendente de la casa. No fue por el pronto mui sensible esta determinacion al mesinés y napolitano, porque yo les parecia un picarillo de buena traza, y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrian la libertad de continuar su rumbo; pero el dia siguiente se encontraron mui chasqueados quando les declaré que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones; visité la bodega, registré lo que habia en la despensa; quiero decir, la vaxilla y ropa de mesa; despues los exhorté á conservar el caudal del amo, á usar de economía en el gasto; y acabé

mi exhortacion protestándoles que daria cuenta á su señoría de todo lo malo que viera hacer en su casa.

No paré aqui: quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos; me dirigí á un marmiton que engolosinado con mis promesas, me dixo que no podia haber elegido otro mas á propósito para saber lo que pasaba en la casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte; que todos los dias extraviaban la mitad de las provisiones que se compraban para la casa; que el napolitano cuidaba de una dama que vivia en frente del colegio de Santo Tomás, y que el mesinés cortejaba á otra en la puerta del Sol; que estos dos señores hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda suerte de provisiones; que el cocinero por su parte enviaba mui buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad, y que sirviendo de capa á los otros dos señores disponia tambien del vino de la bodega. Finalmente que estos tres domésticos eran la causa del gasto tan horrible que se hacia en casa del señor conde. Si vmd. duda de mi narracion, añadió el marmiton,

tómese vmd. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del colegio de Santo Tomás. Vmd. me verá cargado con un ceston que lo sacará de la duda. ¿Eres tú, le dixe, el mandadero de estos galanes generosos? Yo soi, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace las diligencias del mayordomo.

Este informe me pareció que merecia ser averiguado. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de Santo Tomás á la hora señalada. No tuve que esperar mucho á mi espía; inmediatamente lo ví llegar con una grande cesta llena de carne, de aves y de caza. Hice el inventario de las piezas, y puse en mi libro de memoria una relacion puntual, y despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su comision, fui á manifestarlo á mi amo.

El señor siciliano, que era naturalmente vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés; pero despues de haber reflexîonado se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente se

suprimió poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me dió pena. Hablando con propiedad esto era ser una espía honrada y un empleo que nada tenia de sólido, quando siendo señor mayordomo tenia á mi disposicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado mas respetable en una casa grande, y puede hacer tanto en su administracion, que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del napolitano no dexó por esto sus malas mañas: observando que yo tenia un genio escrupuloso, que no dexaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraban, no las extraviaba; pero el pícaro continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de los sobrantes que de derecho le pertenecian, proporcionaba enviar la carne cocida á su pécora, ya que no cruda. El diablo nada perdia, y el conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fenix de este empleo. La abundancia excesiva que vi reinar en las comidas me hizo adivinar esta nueva trampa, é inmediatamente puse en ello órden despejándo-

las de todo lo supérfluo ; lo que sin embargo hice con tanta prudencia que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y sin embargo no dexé por esta economía de disminuir considerablemente el gasto. Ve aqui lo que pedia el amo ; queria ahorrar sin parecer menos magnífico: su avaricia se subordinaba á su ostentacion.

No pararon aqui mis disposiciones, tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta sospeché que habia tambien trampa. Efectivamente, si por exemplo, habia doce á la mesa de su señoría se bebian cincuenta , y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de admirarme. Consulté sobre esto á mi oráculo; es decir, á mi marmiton , con quien yo tenia algunas conversaciones secretas , en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie sospechaba de él. Me dixo que el desperdicio de que yo me quejaba procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero , el cocinero y los lacayos que daban de beber ; que estos se llevaban las botellas casi llenas , y las

partian despues entre los confederados. Hablé á los lacayos; les amenacé con que los despediria si volvian á cometer tal delito, y esto bastó para hacerles entrar en su deber. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su utilidad; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayuda de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las buenas casas.

El napolitano se llenaba de rabia al ver que siempre me tenia encima, y lo que le mortificaba mas cruelmente era el toner que sufrir mis contradicciones siempre que me daba sus cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar tomé el trabajo de ir á los mercados é informarme del precio de los géneros, de suerte que lo esperaba con esta prevencion; y como él no dexaba de querer remachar el clavo yo lo repelia vigorosamente; estaba mui persuadido que me maldeciria cien veces al dia, pero el motivo de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé cómo podia resistir mis pesquisas, ni cómo podia se-

guir sirviendo al señor siciliano. No hai duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas, pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dixo un dia, que despues de todo esto sea bien recompensado tu desinteres; pero hablando para los dos solos, creo que te tendria mas cuenta no estar tan obstinado con el mayordomo. ¿Pues qué, le respondí, este ladron ha de tener el atrevimiento de poner en la lista del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que quatro? ¿y quieres tú que pase este artículo? ¿Y porqué no? replicó friamente. Que te dé la mitad del aumento, y harás las cosas arregladas. Á fe mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que para ser hombre de entendimiento te portas mui mal. Tú á la verdad echas á perder las casas, y tienes cara de servir mucho tiempo, pues que no te chupas el dedo teniéndoselo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á aquellas majas vivas y ligeras á quienes no pueden fixar los galanes tímidos. Me reí de los discursos de Nuñez,

quien á su turno hizo otro tanto, y quiso persuadirme á que habia sido solo una broma; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en la firme resolucion de ser fiel y rezeloso, atreviéndome á asegurar que en quatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

CAPÍTULO XVI.

DEL ACCIDENTE QUE ACOMETIÓ AL MONO DEL CONDE GALIANO: DE LA PENA QUE TUVO ESTE SEÑOR: COMO GIL BLAS CAYÓ ENFERMO, Y LAS RESULTAS DE SU [illegible] ACCIDENTE.

El reposo que reinaba en la casa fue turbado extrañamente por un suceso que al lector parecerá una bagatela, pero que no obstante vino á ser mui serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que tengo hablado, aquel animal tan amado del amo, habiendo querido un dia saltar de una ventana á otra tomó tan mal sus medidas que cayó al patio y se dislocó una pierna. Apenas supo el conde esta desgracia quando

principió á dar gritos como una muger; y con el exceso de su dolor, echando la culpa á sus criados sin excepcion de persona, en poco estuvo que no los echara á todos á la calle. No obstante limitó su furor, y se contentó con maldecir nuestro descuido y darnos mil epitetos con palabras desmedidas. Inmediatamente hizo llamar los cirujanos mas hábiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de los huesos. Visitaron la pierna del herido, la pusieron en su lugar y la vendaron; pero por mas que asegurasen que no era cosa de cuidado no pudieron conseguir que mi amo dexase de retener uno de ellos para que asistiese al animal hasta la perfecta curacion.

Yo haria mal si dexara en silencio las penas y las inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente quando se le curaba, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verlo. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre en un pie, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del

mono. En una palabra, no tuvimos en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia curada de su caida volvió á sus rebotes y voltetas ordinarias. Á vista de esto bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, quando dice que Calígula amaba tanto su caballo que le dió una casa ricamente aderezada con oficiales para servirle, y que tambien queria hacerlo cónsul. Mi patron no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto lo hubiera hecho corregidor.

Por desgracia mia yo habia superado á todos los criados para hacer mejor la corte al amo, y me habia agitado tanto con su Cupido que caí enfermo. Me dió una violenta calentura, y mi mal se agravó de modo que perdí el conocimiento. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve agonizando. Solamente sé que mi juventud luchó tanto contra la calentura, y aun puede ser contra los remedios que me dieron, que al fin recobré mis sentidos. El primer uso que hice de ellos fue observar que estaba en una sala diferente de la mia; quise saber por qué, y lo pregunté á una muger vieja que me asistia; pero me res-

pondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido expresamente. Quando uno está bueno ordinariamente se burla de estos doctores; pero en estando malo se somete dócilmente á sus órdenes.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta tomé el partido de callar: reflexionaba sobre esto quando entraron dos como especie de petimetres mui desembarazados: llevaban vestidos de terciopelo con buenas vueltas guarnecidas de encaxes: me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, los quales por su respeto me venian á ver. En esta inteligencia me esforcé para sentarme, y por política me quité mi gorro; pero mi guarda me volvió á tender á la larga, diciéndome: que aquellos señores eran el medico y boticario de mi asistencia.

El doctor se acercó, me pulsó, miro atentamente mi rostro, y habiendo óbservado todas las señales de una próxîma curacion tomó un aire triunfante, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dixo que solo faltaba una medicina para acabar su obra: que despues de esto bien podia alabarse de haber hecho una

buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte mandó escribir al boticario una receta que dictó mirándose á un espejo, alisándose los cabellos y haciendo unas gesticulaciones de que no pude dexar de reir á pesar del estado en que me hallaba. Despues me saludó con una reverencia, y salió mas ocupado de su figura que de las drogas que habia ordenado.

Luego que salió el boticario, que sin duda no fue á mi casa en vano, se preparó para executar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no lo haria bien, ó sea para hacer mas preciosa su composicion, quiso obrar por sí mismo; pero á pesar de su destreza apenas habia depositado en mí la carga, quando sin saber cómo, la disparé sobre el manipulante poniendo su vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una servilleta, se limpió sin decir palabra, y se fue bien resuelto á hacerme pagar lo que gastaria en hacer quitar las manchas de su vestido.

Á la mañana siguiente volvió vestido con mas modestia, aunque nada tenia que aventurar ya, y me traxo la medici-

na que el doctor habia ordenado la noche antes. Me sentia por momentos mejor; pero fuera de esto habia cobrado tanta aversion desde el dia precedente á los médicos y boticarios que maldecia hasta las universidades en donde estos señores reciben la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré con juramento que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus sequaces. El boticario á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su composicion, con tal que se la pagase, la dexó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por las ventanas aquel maldito brebaje, contra el qual estaba tan fuertemente prevenido que hubiera creido bebia veneno si le hubiera tomado. Á esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio y dixe con un tono firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente pretendia era me diese noticias de mi amo. La vieja que creía excitar en mí una alteracion peligrosa si me satisfacia, ó que por el contrario si dexaba de hacerlo irritaria mi mal, se detuvo un poco, pero la estreché con

tanta viveza que al fin me respondió: caballero, vmd. no tiene mas amo que vmd. mismo. El conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increible lo que oía; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, habia tenido la bondad de hacerme transportar con lo poco que tenia á una posada, en donde me habia abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo recibió órdenes de la corte, que le obligaron á volverse á Sicilia, y salió con tanta precipitacion que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de calidad estan sujetas a estas faltas de memoria.

Mi asistenta me lo contó todo, y me dixo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no pereciese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡Á Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡Á Dios mis mas dulces esperanzas! Quando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa, exâminaos bien, y encontraréis que siempre habeis tenido

alguna parte de culpa. Con perdon de este santo padre no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi desgracia en esta ocasion.

Quando ví desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, la primera cosa que se me previno fue mi balija, que hice traer sobre mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré; ¡ay de mí! ¡Mi amada balija, exclamé, único consuelo mio! Á lo que se vé has estado á la merced de manos extrangeras. No, no, señor Gil Blas, me dixo entonces la vieja, asegúrese vmd. que nada se le ha quitado. He guardado su maleta lo mismo que mi honor.

Encontré el vestido que llevaba quando me recibió en su servicio el conde; pero busqué en vano el que me habia mandado hacer el mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dexármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demas estaba alli, y tambien una gran bolsa de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque no hallando mas que cincuenta doblones, no creí la primera quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que tenia en ella

antes de mi enfermedad. ¿Qué significa esto, mi buena madre? dixe á mi asistenta. Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha tocado á él, respondió la vieja, y los he escaseado quanto me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre con el dinero en la mano. Vea vmd., añadió la buena económica, sacando de su bolsillo un paquete de papeles, vea vmd. un estado del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la lista que contenia mui bien quince ó veinte hojas. ¡Misericordia de Dios! ¡Quántas gallinas se habian comprado mientras yo estaba sin conocimiento! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Los otros artículos eran correspondientes á éste. No es decible lo que habia gastado en leña, en luz, en agua, en escobas &c. Sin embargo por mui llena que estuviese su lista toda la suma llegaba apenas á treinta doblones; y por consiguiente debian quedar todavia ciento y ochenta. Díxeselo; pero la vieja con mucha ingenuidad principió á poner por testigos á todos los santos de como no

tenia la bolsa mas que ochenta doblones quando el mayordomo del conde le habia dado mi maleta. ¿Qué dice vmd., abuela mia? la interrumpí con precipitacion. ¿Fue el mayordomo quien dió á vmd. mi ropa? Él fue realmente, respondió ella. Por mas señas que al dármela me dixo: tome vmd., buena madre, quando el señor Gil Blas esté frito en aceite no dexe vmd. de obsequiarlo con un buen entierro. En esta maleta hai con que hacer los funerales.

¡Ah, maldito napolitano! exclamé entonces. Ya no necesito saber en dónde está el dinero que me falta. Tú lo has quitado para recompensarte de lo que te he impedido que hurtases. Despues de este apóstrofe dí gracias al cielo de que el bribon no se lo hubiese llevado todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para atribuirle el hurto, no dexaba de sospechar que mi ama podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaían en el uno como en el otro; pero para mí siempre era lo mismo. Nada dixe á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre los artículos de su grande cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resenti-

miento se reduxo á pagarla y despedirla tres dias despues.

Me imagino que al salir de mi casa fue á dar aviso al boticario de cómo me dexaba, y que estaba demasiado firme para tomar las de villadiego sin pagarle, porque lo ví venir un momento despues sin aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia propinado quando estaba sin sentido con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido médico. Esta relacion se podia llamar propiamente cuentas de boticario; por tanto quando llegamos á la paga altercamos bastante, yo pretendiendo que rebaxase la mitad, y él jurando que no baxaria la mitad de una blanca; pero considerando al fin el boticario que las tenia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á buen partido contentarse con lo que le ofrecia; es decir, con tres partes mas de lo que valian sus composiciones, por no exponerse á perderlo todo. Con bastante rabia le afloxé los dineros, y se retiró bien vengado de la desazoncilla que le dí el dia de la lavativa.

El médico llegó casi en el instante; porque estos animales van siempre los

unos tras de los otros. Rebaxé sus visitas que habian sido freqüentes, y lo dexé gustoso. Para probarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menudo las mortales conseqüencias que habia prevenido en mi enfermedad; lo qual hizo con mui bellos términos y un aire agradable; pero nada comprehendí de quanto dixo. Luego que me deshice de él me creí libre de todos los ministros de la parca. Me engañaba: todavia entró un cirujano que en mi vida lo habia visto. Me saludó mui cortesmente, y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que habia estado, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos sangrías abundantes que me habia hecho, y á las ventosas que habia tenido el honor de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavia: era preciso que tambien escupiese en la vacía del cirujano. Despues de tantas evacuaciones, se encontró mi bolsa tan débil, que podriamos decir era un cuerpo arruinado: tan poco era el humedo radical que le quedaba.

Al verme otra vez en tan miserable situacion principié á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia afi-

cionado tanto á las comodidades de la vida, que no podia como en otras ocasiones, mirar la independencia como un filósofo único. Á la verdad no debia entristecerme tanto, teniendo la experiencia de que la fortuna apenas me derribaba quando me volvia á levantar; antes debí mirar mi desgraciado estado como una ocasion próxîma de prosperidad.

FIN DEL LIBRO VII.



AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

GIL BLAS ADQUIERE UN BUEN CONOCIMIENTO, Y LOGRA UN EMPLEO QUE LE CONSUELA DE LA INGRATITUD DEL CONDE GALIANO: HISTORIA DE D. VALERIO DE LUNA.

Como no habia oido hablar de Nuñez en todo este tiempo creí estaria en alguna casa de campo. Luego que pude caminar salí para visitarle, y supe en efecto que habia tres semanas que estaba en Andalucía con el duque de Medianadionis.

Al despertarme una mañana se me vino á la memoria Melchor de la Ronda,

y me acordé que le habia ofrecido en Granada ver á su sobrino si volvia á Madrid, y queriendo cumplir mi promesa, en el mismo dia me informé de la casa de D. Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor Josef Navarro, quien salió de alli á poco: habiéndolo saludado y díchole quién era, me recibió con un aire político, pero frio: no podia conciliar aquel recibimiento con el retrato que se me habia hecho de este oficial primero. Me retiraba ya resuelto á no volver á hacer otra visita, quando habiendo tomado de un golpe un aire desembarazado y risueño me dixo con mucha vivacidad: ¡ah! señor Gil Blas de Santillana, hágame vmd. el favor de perdonar por el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no me haya mostrado segun la prevencion que tengo á favor de vmd.; se me habia olvidado su nombre, y como hace ya quatro meses que recibí la carta de Granada en que me recomendaban á vmd., ya no pensaba en tal hombre.

Se arrojó á mi cuello y me abrazó transportado: mi tio Melchor, me dixo, á quien amo y venero como á mi propio padre, me manda que si por acaso ten-

go el honor de ver á vmd. le trate del mismo modo que si fuera vmd. su hijo, y en caso necesario que emplee mi crédito y el de mis amigos en obsequio de vmd. Me hace el elógio del corazon y entendimiento de vmd. en tales términos, que aun quando su recomendacion no mediara me interesaria en servirle. Míreme vmd. pues, le suplico, como un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado todo el afecto que tenia á vmd.; séamos pues amigos.

Á la política de Josef, respondí con el reconocimiento debido, y en la hora misma formamos una estrecha union siendo ambos vivos y sincéros. No tuve reparo en contarle mi triste condicion, y apenas la oyó quando me dixo: quedo con el cuidado de acomodar á vmd., y entretanto no dexe vmd. de venir á comer aqui todos los dias, en donde tendrá mejor ordinario que en su posada.

La oferta lisonjeaba mucho á un convaleciente sin dineros y acostumbrado al buen plato para hacerse de rogar: la acepté, y me rehice tanto en esta casa que á los quince dias mi cara era de monge gerónimo. Me parece que el sobrino de Melchor hacia su agosto á la

lei; ¿pero cómo no hacerlo? él tenia tres cuerdas en su arco ; á un mismo tiempo era repostero, oficial primero y despensero. Ademas, dexando á un lado nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo de la casa iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido quando habiéndome visto mi amigo Josef llegar á casa de Zúñiga para comer alli, segun mi costumbre, me dixo con alegria : señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo mui bueno : sepa vmd. que el duque de Melar, primer ministro de España, necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios de estado, se vé precisado á confiar los suyos á otros; para recaudar sus rentas ha escogido á D. Diego Monteser, y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al baron de Roncal: estos dos confidentes exercen sus empleos con una autoridad absoluta y sin depender el uno del otro. D. Diego tiene de ordinario dos administradores que hacen la recoleccion ; y como supe esta mañana que habia despedido uno fui á pedir su plaza para vmd. El señor de Monteser que me conoce, y de quien puedo lison-

jearme soi amado, me ha dado el sí sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de vmd.; y en esta misma siesta hemos de ir á su casa.

No dexamos de hacerlo asi; fui recibido con agrado, y puesto en el empleo del administrador que habia sido despedido. Este consistia en visitar nuestras heredades, en repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, era de mi incumbencia cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á D. Diego, quien á pesar de los buenos oficios de mi amigo las exâminaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria; porque aunque mi arreglo habia sido tan mal pagado en casa de mi último amo estaba resuelto á conservarlo siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la casa de Melar, y que se habia hecho cenizas mas de la mitad: inmediatamente pasé á ella para reconocer el daño. Habiéndome informado con exâctitud de las circunstancias del incendio compuse una ámplia relacion que Monteser manifestó al duque de Melar. El ministro en medio de su desazon con tan

mala nueva admiró la relacion, y preguntó quién era el autor. D. Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan ventajosamente de mí que tres meses despues se acordó S. E. con la ocasion de una historia que voi á contar, y sin la qual puede ser que jamas hubiera yo tenido empleo en la corte; y es como se sigue.

En la calle de las Infantas vivia entonces una dama anciana, llamada Inesilla de Cantarilla: no se sabia á la verdad su orígen: unos decian era hija de un guitarrero, otros de un caballero del órden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona prodigiosa, la naturaleza la habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres por toda su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y estaba adorada de los de la nueva: el tiempo, que no reserva la hermosura, se exercitaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, pero no la podia impedir que agradase. Un aire de nobleza, un entendimiento embelesador con mil gracias naturales la hacian excitar pasiones hasta en su vejez.

D. Valerio de Luna, mozo de veinte

y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Melar vió á Inesilla, y se enamoró de ella: se declaró, hizo el apasionado, y persiguió su caza con toda la furia que el amor y la juventud pueden inspirar. La señora que tenia sus razones para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacer para moderarlos: no obstante creyó un dia haber encontrado el medio: hizo que pasase el jóven á su gabinete, y alli le hizo ver un relox que estaba sobre una mesa; ¿ves, le dixo, la hora que es? Pues hoi hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me sentarian bien las galanterías en esta edad. Entrad, hijo mio, en vos mismo: ahogad esos sentimientos, que ni á mí ni á vos convienen. Á este sensato discurso el caballero que no conocia la autoridad de la razon respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que lo agitaban: cruel Inés, ¿porqué recurrís á estas frívolas mañas? ¿Pensais que puedan ellas hacer que parezcais otra á mis ojos? No os lisonjeis de una tan falsa esperanza; ya seais tal qual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de ama-

ros. Está bien, repitió ella, pues que tan tercamente queréis continuar en vuestras pretensiones, de aqui adelante tendréis cerrada mi puerta; os prohibo y os mando que jamas parezcais delante de mí.

¿Creeréis acaso que desconcertado D. Valerio con lo que acababa de oir se hubiese retirado cortesmente? pues todo lo contrario; antes se hizo mas importuno. El amor hace en los amantes el mismo efecto que el vino en los borrachos: suplicó, suspiró, y pasando prontamente de los ruegos á las violencias quiso lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero la señora despidiéndolo animosamente le dixo irritada: detente, temerario, yo refrenaré tu loco amor; sabe que eres mi hijo.

D. Valerio aturdido con estas palabras suspendió su violencia; pero habiendo imaginado que Inesilla decia aquello para librarse de sus solicitudes la respondió: inventais esta fábula para escaparos de mis deseos. No, no, interrumpió ella: os descubro un secreto que siempre hubiera tenido oculto si no me hubieras reducido á la necesidad de revelártelo. Veinte y seis años hace que

amaba á D. Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú has sido el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le hicieron pensar en dexarte caudal, yo por mi parte no te he abandonado; luego que te ví con conocimiento he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modos delicados que son tan necesarios en un galan, y que las mugeres solas pueden hacer adquirir á los jóvenes; mas he hecho: todo mi crédito lo he empleado para ponerte en casa del primer ministro: en fin me he interesado por ti como por un hijo: sabido esto mira lo que determinas; si puedes purificar tus cariños, y mirarme solo como á madre, no te apartaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aqui; pero si no has de poder hacer sobre ti este esfuerzo que pide la razon y la naturaleza, desde este momento líbrame del horror de verte.

Quando hablaba Inesilla de esta suerte D. Valerio guardaba un triste silencio, nadie hubiera dicho sino que escogia la virtud para vencerse á sí mismo; pero

esto era en lo que menos pensaba. Meditaba un otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo mui diferente: siendo insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad se rindió cobardemente á la desesperacion; sacó su espada, y se pasó con ella. Se castigó como un otro Edipo, con la diferencia de que el tébano se cegó con la rabia de haber consumado el delito; pero al contrario el castellano se traspasó de dolor por no haberlo podido cometer.

El desgraciado D. Valerio no murió al instante, tuvo tiempo de reconocerse y pedir perdon al cielo de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Melar, este ministro que no habia olvidado la relacion que hice del incendio, ni el elógio que de mí se le habia hecho, me eligió para ocupar el lugar de este jóven.

CAPÍTULO II.

GIL BLAS ES PRESENTADO AL DUQUE DE MELAR, QUE LO RECIBE EN EL NÚMERO DE SUS SECRETARIOS: ESTE MINISTRO LO OCUPA, Y QUEDA AGRADADO DE SU TRABAJO.

Monteser me anunció esta agradable nueva diciéndome: amigo Gil Blas, siento os apartéis de mí, pero os estimo, y no puedo menos de alegrarme seais sucesor de D. Valerio. Haréis buena fortuna si seguis los dos consejos que os daré: el primero que os mostréis tan amante de S. E. que juzgue le sois apasionado; y el segundo que cortejeis mucho al baron de Roncal; porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la fortuna de agradar á este secretario favorito, alcanzaréis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á D. Diego por sus buenos consejos, y le dixe: hágame vmd. el favor de instruirme del carácter del baron. He oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio

de las pinturas que suele hacer de las personas que se hallan en candelero. Por tanto yo ruego á vmd. me diga lo que piensa del señor de Roncal. Asunto es delicado, me respondió el superintendente con una risa maligna: á qualquiera otro diria sin detenerme que es un hidalgo honrado de quien nada malo se podia decir; pero contigo quiero ser franco; porque ademas que conozco tu prudencia estoi obligado á hablarte claramente, pues te he avisado que debes tratarle con maña. Si me portara de otro modo te favoreciera á medias.

Ya sabes que el baron de Roncal era un simple criado de S. E. quando todavia no era éste mas que D. Francisco de Onvaldas, y que de grado en grado ha llegado á ser su secretario. No se ha visto jamas hombre mas vano; se cree un cólega del duque de Melar, y en efecto bien puede decirse que parte con el primer ministro su autoridad, pues que da gobiernos y empleos á quien le parece; el pueblo murmura, pero él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, cuida mui poco de la censura pública. Por lo que acabo de decir conocerás cómo debes portarte con un

hombre tan orgulloso. ¡Oh! bien está; déxeme vmd. á mí: mui mal han de andar las cosas para que no me ame; quando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestros para no conseguirlo. Siendo asi, dixo Monteser, vamos, que voi á presentarte en la hora al duque de Melar.

Al instante pasamos á casa del ministro, á quien encontramos dando audiencia en una grande sala, en donde habia mas gente que en palacio. Alli ví comendadores, caballeros de Santiago y de Calatrava que solicitaban gobiernos y vircinatos, obispos que siendo sus diócesis contrarias á su salud querian los hiciesen arzobispos, nada mas que por mudar de aires; y tambien mui buenos religiosos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla; esto es, que se consumian esperando una pension. Si el duque no llenaba los deseos de todos, recibia á lo menos agradablemente sus memoriales, y advertí que respondia cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que des-

pachara todos los pretendientes. Entonces D. Diego le dixo: Señor, aqui está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el duque y me dixo con mucho agrado, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su gabinete para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mis talentos por la conversacion. Quiso saber quién era y la historia de mi vida, exîgiendo de mí una narracion sincéra de ella. ¡Qué relacion tan particular la que se me pedia! Mentir á un ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantas cosas que podian mortificar mi vanidad que no podia resolverme á hacer una confesion general. ¿Y cómo salir de este embarazo? Tomé el partido de disimular la verdad en los puntos en que me hubiera avergonzado de haberla dicho desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dexó de percibirla. Señor de Santillana, me dixo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo vmd. ha sido un poco pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincéro, y le he obedecido. Yo te lo apruebo, replicó: vé, hijo

mio, que te has portado; extraño que el mal exemplo no te haya perdido enteramente. ¡Quántos hombres de bien se hubieran pervertido si la fortuna los hubiera puesto en tales prubas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes mas de lo pasado, piensa solamente que perteneces al rei, y que te has de ocupar ya en su servicio. Sígueme que voi á decirte quáles han de ser tus ocupaciones. Á estas palabras el duque me llevó á un gabinetillo inmediato al suyo, en donde tenia sobre estantes una veintena de registros en fólio mui gruesos. Ve aqui en dónde has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hai en los reinos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene por órden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del reino, en la qual se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al estado, como tambien los negocios de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas qualidades: de modo que quando piden al-

gunas gracias veo de una ojeada si las merecen. Á este fin tengo asalariados en todas partes, que procuran informarse é instruirme enviándome sus memorias; pero como vienen tan difusas y llenas de expresiones provinciales es necesario compilarlas y pulir la diccion, porque el rei hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo qual desde este instante quiero emplearte en él.

Diciendo esto sacó de una gran cartera llena de papeles una memoria que me alargó. Salió de mi gabinete para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el sumario, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros sino tambien mui apasionado. Su autor era no obstante un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia á una buena familia catalana, y sabe Dios si diria la verdad. Me pareció leía un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia: no obstante, aunque recien ido á la corte pasé por alto el mal ó bien obrar del religioso; y dexando á su car-

go toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar con bellas frases castellanas dos ó tres generaciones que acaso serian mui honradas. Ya habia compuesto quatro ó cinco páginas quando el duque deseoso de saber qué tal lo hacia, volvió y me dixo: Santillana, á ver lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo puso la vista sobre mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan prevenido en tu favor, me dixo, te confieso que has superado mi expectacion. No solamente escribes con toda la limpieza y perfeccion que yo quiero, sino que todavia encuentro tu estilo ligero y festivo. Bien me justificas de la eleccion que he hecho de tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elógio si no hubiera venido su sobrino el conde de Sumel á interrumpirlo quando hablaba estas palabras. S. E. lo abrazó muchas veces y lo recibió de un modo que me dió á entender lo amaba tiernamente. Los dos se encerraron para hablar en secreto de un negocio de familia de que hablaré despues, y de cuyo asunto estaba

el duque entonces mas ocupado que de los del rei.

Mientras estaban encerrados oí las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dexaban en esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dexé en aquel estado mi ensayo y salí para ir, no en casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y me habia despedido de él, sino á la mas famosa hostería del barrio de palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. Piensa que sirves al rei. Estas palabras que el duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban de instante á instante en mi ánimo.

CAPÍTULO III.

SABE QUE SU EMPLEO NO DEXA DE TENER DESAZONES: DE LA INQUIETUD QUE LE CAUSÓ ESTA NUEVA, Y LA CONDUCTA QUE SE VIÓ OBLIGADO Á OBSERVAR.

Al entrar tuve gran cuidado de instruir al hosterero de que era un secreta-

rio del primer ministro, y en calidad de tal no sabia que pedir para mi comida. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y asi le dixe me diese lo que quisiese. Me regaló mui bien y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la quarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven mui pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en donde de ordinario se hospedaban señores extrangeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta. Tambien dí de adelantado el primer mes. Despues de esto volví al trabajo, y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete próxîmo al mio estaban otros dos secretarios, pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad los llevé á casa de

mi hosterero, en donde los dispuse los mejores platos que ofrecia la estacion y los vinos mas delicados y estimados en España.

Nos pusimos á la mesa, y principiamos á conversar con mas alegria que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí fácilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan satisfechos de su acomodo en casa del primer ministro que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses há que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos dan nuestros salarios, y lo peor es que ni aun estan arreglados. No sabemos sobre qué pie servimos. Por lo que á mí toca, decia el otro, me contentaria con recibir veinte zurriagazos en lugar de salario, con tal que me dexaran la libertad de tomar otro partido; porque despues de las cosas secre

tas que he escrito no me atreveré á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. No seria mucho fuera á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues de qué viven vmds.? les dixe yo. ¿Vmds. al parecer tienen hacienda? Mui poca, me respondieron, pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada que les prestaba y mantenia á cada uno por cien doblones al año. Todos estos discursos, de los quales no perdi una palabra, abatieron en la hora mis humos orgullosos. Me figuré que sin duda alguna no se me tendria mas atencion que á los otros; y que por consiguiente no debia estar tan contento con mi empleo; que era menos sólido de lo que creía, y que en fin debia guardar mucho mi bolsa. Estas reflexíones me curaron la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á estos secretarios, y á desear que se acabase la comida· y quando se llegó á la cuenta tuve una disputa con el figonero sobre el escote.

Nos separamos á la media noche, porque no quise precisarlos á que bebieran mas. Ellos se fueron á casa de su

viuda, y yo me retiré á mi soberbio aposento lleno de rabia porque lo habia alquilado, y prometiendo de veras dexarlo al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, la inquietud me quitó el sueño. Pasé el resto de la noche en meditar los medios de no trabajar de valde, y me apliqué á seguir el consejo de Monteser. Me levanté con la resolucion de ir á cumplimentar al baron de Roncal; estaba en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan orgulloso, conociendo que lo necesitaba. Fui pues á casa de este secretario.

Su habitacion se comunicaba con la del duque de Melar, y le igualaba en magnificencia. No era facil distinguir por los muebles y adornos al amo del criado; hice diesen recado que estaba alli el sucesor de D. Valerio, lo que no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga vmd. paciencia si gusta. A vmd. le harán morder del ajo antes que vmd. lo haga morder á otros.

Al fin se abrió la puerta de la sala, entré y me acerqué al señor baron que acababa de escribir á su hermosa Sire-

na, y daba el papel á Perillo. Ni quando me presenté al arzobispo de Granada, ni al conde Galiano, ni al primer ministro entré con tanto respeto como en la presencia del señor de Roncal; le saludé baxando la cabeza hasta el suelo, y pidiéndole su proteccion en términos que me lleno de vergüenza quando me acuerdo. Otro menos vano se hubiera enfadado de mi baxeza; pero á él le agradaron mis sumisiones, y me respondió con mucha cortesía que no dexaria pasar ocasion alguna en que me pudiera hacer bien.

Díle gracias con grandes demostraciones de zelo por la inclinacion favorable que me mostraba, asegurándole de mi eterna lei y union. Despues, temiendo incomodarlo salí suplicándole me perdonase si le habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí este paso tan indigno me retiré á mi bufete, en donde acabé la obra que se me habia encargado. El duque no dexó de entrar por la mañana, y quedando no menos contento del fin de mi trabajo que del principio, me dixo: esto está mui bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico sacado del registro

de Cataluña ; despues de lo qual tomarás de la bolsa otra memoria que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion demasiado larga con S. E., cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia de él al de Roncal! eran dos genios enteramente contrarios.

Este dia comí en una hostería, en donde se comia por un precio justo, y resolví ir de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mis complacencias y sumisiones. A lo mas tenia dinero para tres meses: este tiempo me dí de término para trabajar á expensas de quien perteneciera, proponiéndome (siendo las foliaturas mas cortas las mejores) abandonar, pasado este término, la corte y su oropel si no me daban salario. Dispuesto mi plan nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al baron de Roncal; pero hizo tan poco caso que perdí la esperanza. Mude de conducta, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el duque.

CAPÍTULO IV.

GIL BLAS ADQUIERE EL FAVOR DEL DUQUE DE MELAR, QUE LE CONFIA UN SECRETO DE IMPORTANCIA.

Las visitas que S. E. hacia á mi mesa todos los dias eran entrada por salida; sin embargo pude ganarle insensiblemente la voluntad, y tanto que me dixo una siesta: escucha, Gil Blas: sabe que me ha agradado tu genio y que te tengo amor. Tú eres un mozo zeloso, fiel, mui inteligente y prudente; me parece que no erraré si te doi mi confianza: á estas palabras me arrojé á sus pies, y despues de haberle besado respetuosamente una mano que me alargó para levantarme, le dixe: ¡es posible que se digne V. E. de honrarme con tan grande favor! ¡Quántos enemigos secretos me han de ocasionar vuestras bondades! Pero solo temo el aborrecimiento de uno, que es el baron. Nada tienes que temer de él, respondió el duque; conózcolo desde su niñez, me ha amado, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes á los mios que quiere lo que quiero, y aborre-

ce lo que me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversion debes al contrario contar con su amistad. Con esto conocí quán astuto era el señor de Roncal, y cómo se habia apoderado del corazon de S. E., y quánto debia precaverme de él.

Para principiar, prosiguió el duque, á darte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito, porque conviene que estés instruido de él para que procures desempeñar las comisiones que te encargaré en adelante. Hace mucho tiempo que mi autoridad se respeta generalmente: mis decisiones se siguen con ceguedad, y dispongo á mi antojo de los encargos, empleos, gobiernos, vireinatos y beneficios; en una palabra, reino en España. Mi fortuna no puede pasar adelante; pero quisiera ponerla al abrigo de las tempestades que principian á amenazarla, y para este efecto me alegrara de que fuera sucesor en el ministerio el conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo notado el ministro que este punto de su discurso me habia sorprendido en extremo, me dixo: conozco bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece mui extraño

que prefiera mi sobrino al duque de Duzae, mi propio hijo; pero sabe que este es de un entendimiento mui limitado para ocupar mi empleo, y ademas es mi enemigo. No puedo sufrir que haya encontrado el secreto de agradar al rei, y que éste quiera hacerle su privado. El favor de un soberano es semejante á la posesion de una muger á quien se adora: de esta clase de felicidad es uno tan zeloso que no puede resolverse á partirla con un rival por mui unido que esté con los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, el fondo de mi corazon, he procurado ya desconceptuar en la mente del rei al duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo he puesto otra batería: quiero que el conde de Sumel se insinué por su parte con el príncipe y adquiera su estimacion. Siendo gentil-hombre de cámara con destino á su quarto tiene ocasion de hablarle cada instante, y ademas de que tiene entendimiento sé yo un medio de hacerle salir con su empresa: con esta estratagema opondré mi sobrino á mi hijo; haré nacer entre los primos una division que les obligará á bus-

car mi apoyo, cuya necesidad hará que el uno y el otro me sean sumisos: vé aqui mi proyecto, añadió, tu mediacion no me será inútil. Irás al conde de Sumel de mi parte secretamente, y me dirás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que miraba como dinero contante, ya no tuve inquietud. En fin, decia yo, véme aqui baxo una gotera, de donde va á caer sobre mí una lluvia de oro; es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la monarquía de España no esté bien presto colmado de riquezas. Lleno de tan dulce esperanza veía con indiferencia agotarse mi pobre bolsa.

CAPÍTULO V.

EN DONDE SE VERÁ Á GIL BLAS COLMADO DE GUSTO, HONOR Y MISERIA.

Bien presto se conoció la inclinacion que el ministro me tenia: él mismo lo daba á entender de propósito haciéndome llevar la bolsa que tenia costumbre de llevar S. E. mismo quando iba al consejo. Esta novedad dió ocasion para que

me mirasen como un particular privado, excitó la envidia de muchos, y me ocasionó muchos besamanos en la corte. Los dos oficiales mis vecinos no fueron los últimos que me cumplimentaron sobre mi próxíma grandeza, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalia, como con el objeto de obligarme á que los sirviese en lo sucesivo. Por todas partes me festejaban; tambien el orgulloso Roncal mudó de estilo. Ya me daba el nombre de señor de Santillana, quando hasta entonces me habia tratado siempre de vos, sin haberse servido jamas de la voz de vmd.; me hacia mil cortesías, sobre todo quando pensaba que nuestro patron podia notarlo: pero os aseguro que no trataba con ningun tonto; correspondí á sus cumplimientos con tanta mas política quanto mas era el aborrecimiento que le tenia: no se hubiera portado mejor un cortesano rancio.

Tambien acompañaba al duque mi señor quando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al dia; por la mañana entraba en el quarto de S. M. quando se despertaba, se ponia de rodillas junto á la cabecera, trataba de las

cosas que habia de hacer en el dia, y le dictaba las que habia de decir: despues se retiraba; luego que habia comido volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le contaba todas las aventuras gustosas que sucedian en Madrid, de las quales era siempre el primero que estaba instruido, porque tenia personas asalariadas para este efecto; y en fin volvia á la noche por la tercera vez á ver al rei, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia de ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras que estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas de calidad que buscaban el favor de la corte, las que procuraban mi conversacion y se gloriaban de que yo quisiera mantenérsela. En vista de esto, ¿cómo podria yo no creerme hombre de conseqüencia? Muchos hai en la corte que con menos motivo se juzgan tales.

Un dia tuve motivo de mayor vanidad. El rei, á quien el duque habia hablado mui ventajosamente de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver un rasgo de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, me llevó á presencia del monarca,

y me mandó leyese la primera memoria que habia compilado. Si la presencia del príncipe me turbó al principio, la del ministro me sosegó inmediatamente, y leí mi obra, que S. M. oyó con gusto: éste tuvo la bondad de manifestar que le habia agradado, y aun de encargar á su ministro cuidase de mi fortuna. Esto nada disminuyó el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Sumel acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Busqué un dia á este señor de parte de su tio en el quarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, por la qual el duque le aseguraba podia hablarme con satisfaccion, como que estaba instruido de todo su negocio, y era destinado para mensagero de ambos. El conde, despues de haberme leido la esquela, me conduxo á una sala en donde nos encerramos solos; y en ella me tuvo este discurso: pues que vmd. ha logrado la confianza del que de Melar, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vmd. depositario de la mia. Vmd. sabrá pues que las cosas van grandemente: el príncipe de España me distingue entre todos los señores que le sirven y

que no piensan mas que en agradarle. Esta mañana he tenido una conversacion particular con S. A., en la qual he observado que está disgustado de verse por la avaricia del rei sin facultades para seguir los movimientos de su generoso corazon, como ni de hacer aun el gasto conveniente á un príncipe. Yo he manifestado quánto lo sentia, y habiéndome aprovechado de la ocasion he ofrecido llevarle por la mañana quando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le subministraré incesantemente; mi promesa le ha dado mucho gusto, y estoi seguro de captar su benevolencia si se la cumplo. Id, añadió, y decid todas estas circunstancias á mi tio, y volved esta tarde á decirme su dictámen.

Luego que concluyó me despedí del conde, y pasé al duque de Melar, que oido mi recado, hizo al otro secretario me diese mil doblones, que llevé aquella noche al conde, diciendo entre mí: bueno, bueno; ahora considero quál es el medio infalible que tiene el ministro para salir con su empresa, pardiez que tiene razon; y segun todas las apariencias estas prodigalidades no lo arruina-

rán ; fácilmente adivino de qué cofre sacó estos bellos doblones ; pero sobre todo, ¿no es justo que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Sumel me dixo en voz baxa: á Dios, nuestro amado confidente. El príncipe de España tiene alguna inclinacion á las damas : es necesario que tú y yo tratemos de esto en la primera ocasion. Yo preveo que mui presto necesitaré tu asistencia. Me retiré reflexîonando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Qué diablos es esto? decia yo, véme aqui próxîmo á ser el Mercurio del heredero de la monarquía. Yo no exâminaba si era bueno ó malo; la calidad del galan aturdia mi conciencia, ¡Qué gloria para mí ser ministro de los gustos de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, vmd. no era mas que un ministro subalterno : convengo en ello ; pero en el fondo estos dos empleos son de un mismo honor, solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantándome mas de dia en dia en la gracia del primer minis-

tro, con unas esperanzas tan bellas, ¡qué felíz no hubiera yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dexado mi aposento magnífico, y que ocupaba un quarto pequeño en una posada de las mas pobres. Aunque esto me diese pena lo llevaba con paciencia, porque salia bien de mañana, y no volvia hasta la hora de acostarme. Todo el dia estaba sobre mi teatro; es decir, en casa del duque, en donde hacia el papel de señor; pero quando me retiraba á mi camaranchon desaparecia lo señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de qué hacerlo. Yo era demasiado vano para descubrir á persona alguna mis necesidades; y ademas á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á llegar porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la corte. Habia tenido la precision de vender mis vestidos pieza á pieza, no habiendo dexado mas que aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi ordinario. ¿Qué hacia yo pues para subsistir? Voi á decirlo: todas las

mañanas se nos traía á nuestras mesas para desayunarnos un panecillo y un dedo de vino; esto era todo lo que nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas que esto en todo el dia, y por lo ordinario me acostaba sin cenar.

Tal era la situacion de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo no pude resistir á mi miseria; y al fin me determiné á descubrirla diestramente al duque de Melar si encontraba ocasion. Felízmente se presentó en el Escorial, á donde el rei y el príncipe de España fueron algunos dias despues.

CAPÍTULO VI.

COMO GIL BLAS HACE CONOCER SU MISERIA AL DUQUE DE MELAR, Y DE QUÉ MODO LE TRATÓ EL MINISTRO.

Quando el rei estaba en el Escorial mantenia á todo el mundo, de modo que allí no sentia yo el peso de la pobreza. Dormia en una recámara cerca de la sala del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro, segun su costumbre, al romper el dia me hizo tomar algunos

papeles con una escribanía, y me dixo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos baxo unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios mui serios, y á la verdad solo hablabamos de vagatelas.

Ya habia mas de una hora que lo divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, quando se plantaron dos grajas sobre los árboles que hacian sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara que nos llamaron la atencion. Estos páxaros, dixo el duque, parece que estan de riña: me alegraria saber el asunto de su quimera. Señor, le dixe, vuestra curiosidad me trae á la memoria una fábula indiana que leí en Pilpai ó en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era ésta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reinaba en la Pérsia un buen monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, encargó este cuidado [illegible] Este ministro, llamado á su gran [illegible]

mado Atalmuc, tenia un genio superior. Sostenia sin atosigarse el peso de aquella vasta monarquía, y la mantenia en una paz profunda. Tambien tenia el arte de hacer amable la autoridad real, haciéndola respetar, y los vasallos hallaban en este fiel visir un padre que los amaba tiernamente. Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros, gustaba de hablar con él, lo llevaba á caza y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ambos en un bosque, habiendo visto el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dixo á su secretario: yo me alegrara saber lo que estos animales se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos se pueden satisfacer; ¿y cómo? dixo Atalmuc. Has de saber, señor, que un dervich cabalista, respondió Zangir, me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

El visir consintio en ello, y el de Cachemira se acerco á los cuervos é hizo com [illegible] ... [illegible] que los [illegible]chaba atentamente

Despues de esto volvió á su amo y le dixo: señor, ¿creereis que somos nosotros el asunto de su conversacion? El ministro persiano exclamó que no era posible. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, repitió el secretario, ha dicho: vé aqui al mismo gran visir, esta águila tutelar que cubre con sus álas la Pérsia como su nido, y que vela sin cesar en su conservacion. Para desahogarse de sus penosos trabajos viene á cazar á estos bosques con su fiel Zangir. ¡Qué felíz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Vamos con tiento, interrumpió el otro cuervo, vamos con tiento; no celebres tanto la felicidad de este cachemirano. Atalmuc es cierto que se entretiene con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos, y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo considerable; pero entretanto Zangir morirá de necesidad. Este pobre diablo vive en el camaranchon de una posada, en donde le falta lo mas necesario; en una palabra, vive miserablemente sin que en la corte lo perciba nadie. El gran visir no cuida de saber si se halla bien ó mal, y contentán-

dose con tenerle afecto le dexa abandonado á la miseria.

Aqui cesé de hablar para mirar al duque de Melar, que me preguntó sonriendose, ¿qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si este gran visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario? No señor, le respondí un poco turbado de su pregunta: la fábula dice todo lo contrario, y que lo colmó de beneficios. Fue fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hai ministros que no llevarian bien se les diese semejantes lecciones. Pero añadió, rompiendo la conversacion y levantándose, creo que el rei nada tardará en despertar: mi obligacion me llama, y debo acompañarle. Diciendo esto caminó mui de prisa ácia palacio sin hablarme mas, y á lo que percibí, poco contento de mi fábula indiana.

Le seguí hasta la puerta de la sala de S. M., despues de lo qual fui á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete en donde trabajaban nuestros dos secretarios copistas, que tambien eran del viage. ¿Qué tiene vmd., señor de Santillana? dixeron al verme. Vmd.

está mui callado. A vmd. le ha sucedido algun accidente desagradable.

Como estaba tan creído de lo mal recibido que habia sido mi apólogo no oculté mi dolor. Les dí cuenta de las cosas que habia dicho al duque, y manifestaron que sentian la afliccion que me oprimia. Tiene vmd. razon para estar desazonado, me dixo uno de ellos. S.E. algunas veces toma las cosas á mal. Es mui cierto, dixo el otro. Quiera Dios que sea vmd. mejor tratado que lo fue un secretario del cardenal Espinosa. Éste, cansado de no haber recibido nada en quince meses que estaba ocupado por su Eminencia, tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades y de pedir algun dinero para su subsistencia. Es justo, le dixo el ministro, que se le pague á vmd. Tomad, prosiguió, alargándole una libranza de mil ducados, id al tesoro real á recibir esta suma; pero acordaos al mismo tiempo que estoi reconocido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado si despues de recibidos estos mil ducados le hubiesen dexado buscar empleo en otra parte, pero al salir de casa del cardenal le prendió un alguacil y lo lle-

vó á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Esta historieta redobló mi temor, me contemplé perdido; y no pudiendo consolarme, principié á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido demasiada. ¡Ai de mí! decia, para qué me habré yo aventurado á relatar esta desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro: acaso iria ya á sacarme de mi estado miserable: puede ser que fuera yo encaminado á hacer una de aquellas fortunas súbitas que espantan á todo el mundo. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por un desatino! Debia haber reflexîonado que hai grandes que no quieren que se les advierta nada, y que hasta las mas mínimas cosas que tienen precision de dar quieren que sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar mi dieta, sin haber manifestado nada al duque, y aun debia haberme dexado morir de hambre, para haberle culpado del todo.

Quando me hubiera quedado alguna esperanza, mi amo, á quien ví por la siesta, me la hubiera desvanecido enteramente. S. E. contra su costumbre estuvo mui serio conmigo, y no me habló

absolutamente, lo que en el resto del dia me causó una mortal inquietud. La noche no la pasé mas tranquila. La desazon de ver desvanecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los prisioneros de estado solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fue el que decidió. El duque me hizo llamar por la mañana: entré en su sala temblando mas que un reo á quien se va á juzgar. Santillana, me dixo manifestandome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza.... Esta palabra libranza me hizo temblar, y dixe entre mí: ¡Oh cielo! vé aqui el cardenal Espinosa: el bagage está prevenido para Segovia. El temor que me poseyó en este momento fue tal que interrumpí al ministro, y arrojándome á sus pies le dixe llorando: señor, suplico á V. E. mui humildemente me perdone mi atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dexar de reir al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, y escúchame, me respondió: aunque descubriéndome tus necesidades me echas en cara el no haberlas prevenido, no te lo tengo á mal, mi amigo; antes bien me

reprendo á mí mismo porque no he preguntado de qué te mantenias. Pero para empezar á reparar este descuido te doi una libranza de mil y quinientos ducados, los quales, vista, te se darán en la real tesorería. No paró en esto: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doi facultad para que hables en favor de las personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el arrebatamiento del gozo que me causaron estas palabras besé los pies del ministro, quien habiéndome mandado que me levantara continuó hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fue posible pasar tan de pronto del dolor á la alegria. Quedé tan turbado como un infelíz que en el momento que esperaba la muerte oye el perdon. Mi amo atribuyó mi agitacion al solo temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuviese la menor parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza por ver si yo sentía su mudanza; que por mi sentimiento habia conocido quánto le amaba, por lo que él tambien me amaba mas.

CAPÍTULO VII.

DEL BUEN USO QUE HIZO DE SUS MIL Y QUINIENTOS DUCADOS: DEL PRIMER NEGOCIO EN QUE SE MEZCLÓ, Y DEL PROVECHO QUE SACÓ DE ÉL.

El rei, como si hubiera querido sacarme de mi impaciencia se volvió desde el dia siguiente á Madrid; fui volando al tesoro real, en donde tomé inmediatamente la suma contenida en mi libranza. Es de admirar que no se vuelque el juicio á un mendígo, que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo me troqué luego que se mudó mi fortuna: no escuché mas que mi ambicion y vanidad, dí mi miserable quarto á los secretarios que todavia no sabian el idioma de los páxaros, y por la segunda vez alquilé mi hermoso aposento que felizmente se encontró desocupado: envié á buscar un sastre famoso que vestía á casi todos los petimetres; éste me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader de donde sacó cinco varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para

un vestido á la española! ¡Justo cielo!... Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres de reputacion siempre piden mas que los òtros. Despues compré ropa blanca de que tenia gran necesidad, medias de seda y sombrero de castor bordado.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscase uno. La mayor parte de los extrangeros que se alojaban en su casa tenian cosrumbre, luego que llegaban á Madrid, de tomar criados españoles, lo que atraía á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan dulce y tan devota que no le quise; me parecia ver á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dixe á Foreto, criados que tengan una fachada tan virtuosa, porque he llevado ya buenos chascos y estoi escarmentado. Apenas despaché á éste quando llegó otro que parecia mui agudo, mas arriscado que un page de corte, y algo picarillo. Este me agradó. Le hice algunas preguntas, y me respondió con despejo: conocí que era travieso y como de molde para mis negocios. Le recibí, y no me arrepentí de mi elec-

cion; antes conocí bien presto que habia comprado bien. Como el duque me habia permitido que le hablase en favor de las personas á quienes quisiese servir, y yo tenia designio de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza; es decir, un hombre astuto que tuviese industria y pudiese escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Justamente este era el talento de Scipion, que asi se llamaba mi lacayo: él habia salido de casa de Doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en donde lo habia exercitado, siendo esta señora de aquellas que viéndose con algun crédito en la corte quieren aprovecharse de él.

Asi que manifesté á Scipion podia obtener gracias del rei se puso en campaña, y en el mismo dia me dixo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo caballero granadino, llamado D. Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vmd. para con el duque de Melar en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: le he hablado, y queria dirigirse al baron, cuyo poder le han ponderado,

pero se lo he quitado de la cabeza haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en lugar que vmd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria estas cosas de valde si la situacion de vmd. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin le hablé de modo que mañana por la mañana le tendrá vmd. aqui quando se levante. ¡Cómo pues, le dixe, señor Scipion, vmd. está ya ducho en este asunto! Conozco que no es principiante en materia de agencias; y me espanto de que vmd. no esté mas rico. Esto es lo que no debe sorprender á vmd., me respondió; yo no atesoro, quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino D. Rogerio de Rada á mi casa, le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dixe, antes de tomar cartas por vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar al primer ministro. Hágame vmd. pues, si gusta, una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses si son tales que pueda tomarlos á su cargo un

hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el granadino, voi á contar á vmd. mi historia sincéramente; y fue de esta suerte.

CAPÍTULO VIII.

HISTORIA DE D. ROGERIO DE RADA.

Don Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia felízmente en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía su esposa, la que añadia á un genio dulce y extremada hermosura una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, ella era amada con pasion. Él era naturalmente mui zeloso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger no dexaba de estar inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de D. Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía; siendo á la verdad éste el único hombre de quien debia desconfiar.

Efectivamente D. Huberto sin atender á la sangre que los unia ni á la amis-

tad particular que D. Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo el atrevimiento de declararla su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales conseqüencias, reprendió á su pariente con dulzura, representándole el exceso de su delito en querer seducirla y deshonrar á su marido, y le dixo con mucha seriedad que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el qual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco respetuosos; y un dia tuvo el atrevimiento de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos; ella le rechazó con un aire severo, y le amenazó hacer que D. Anastasio castigase su temeridad. El galan espantado de la amenaza, ofreció no hablar mas de amor, y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

D. Huberto que naturalmente era mui malo, no pudo ver su pasion tan mal pagada sin concebir un cobarde deseo de venganza. Conocia que D. Anastasio era zeloso y susceptible de todas las

impresiones que quisiera darle ; este conocimiento le bastó para formar el mas horrible designio de que era capaz el hombre mas perverso. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dixo con el aire mas melancólico : mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os interesa mas vuestro honor que vuestro reposo: la delicadeza de vmd. y la mia en materia de ofensas no me permiten ocultarle lo que pasa en su casa. Prepárese vmd. á oir una noticia que le causará tanto dolor como sorpresa, porque voi á herirle por el lado mas sensible.

Os entiendo, interrumpió D. Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repitió Hordales con un aire irritado: la desconozco; es indigna de que seais su marido. Esto es demasiado consumirme, exclamó D. Anastasio, hablad. ¿Qué ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió D. Huberto. Vmd. tiene un rival á quien vé en secreto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche obscura se ha ocultado de

quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoi cierto. El interes que debo tomar en este asunto os asegura la verdad de mi narracion. Quando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus discursos hacian el efecto que esperaba; es inútil deciros mas. Percibo estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ello. No exâmineis quál es la víctima que vais á inmolar: mostrad á toda la ciudad que nada hai que no podais sacrificar á vuestro honor.

El traidor animaba de este modo á un esposo mui crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la infamia de que se cubria si dexaba la afrenta sin castigo, que lo enfureció. Vé aqui á D. Anastasio que pierde el juicio; parece que las furias lo agitaban; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra preparada para meterse en la cama: al pronto se contiene y espera que los criados se retiren. Entonces sin

contenerle el temor de la cólera del cielo, ni el deshonor que podria recaer sobre una honrada familia, ni aun la piedad natural que debia tener al hijo de seis meses que su muger llevaba en su vientre, se acercó á su víctima, y con furia la dixo: es preciso que mueras, miserable, y solo te queda un momento de vida que mi bondad te dexa para que pidas perdon al cielo del ultrage que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Diciendo esto sacó un puñal: su accion y su discurso espantaron á Estefanía, que habiéndose arrojado á sus pies le dixo con las manos cruzadas y toda fuera de sí: ¿qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que lleguéis á tal extremo? ¿porqué queréis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel mirad que os engañais.

No, no, repitió ásperamente el zeloso, estoi mui asegurado de vuestra traicion. Las personas que me lo han advertido son personas de crédito. Don Huberto... ¡Ah, señor! interumpió ella con precipitacion: vmd. no debe fiarse de D. Huberto. El no es tan amigo vues-

tro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud no lo creais. Callad, infame, replicó D. Anastasio: vos misma justificais mis sospechas queriendo prevenirme contra Hordales; no penseis que las disiparéis: si me lo queréis hacer sospechoso es porque está instruido de vuestra mala conducta. Quisierais hacer su testimonio insuficiente; pero este artificio es inútil, y redobla el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguis sus movimientos cometeréis una accion de que no podréis consolaros quando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios calmad vuestro arrebato. Á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas; entonces haréis mas justicia á una muger que en nada es reprensible.

Á otro que D. Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavia mas se hubiera conmovido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido lejos de enternecerse la dixo segunda vez que se encomendara á Dios, y levantó el brazo para herirla. Detente, bárbaro, gritó, si el amor que me has

tenido se ha extinguido enteramente ; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria ; si mis lágrimas no pueden apartarte de tu exêcrable designio, respeta á lo menos tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavia no ha visto la luz. Tú no puedes ser su verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte; pero no lo dudes, la suya pedirá justicia de un crímen tan horrible.

Por mui determinado que estuviese D. Anastasio á no hacer caso de las excusas de Estefanía, las imágenes espantosas que presentaron á su espíritu estas últimas palabras no dexaron de enmudecerle. Por tanto, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó á toda prisa del furor que le quedaba, y descargó el golpe entrando el puñal por el costado derecho de su muger, que cayó en el mismo momento, y la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto esta desgraciada esposa aturdida del golpe que habia recibido quedó algunos instantes en tierra como

muerta. Despues habiendo recobrado sus espíritus empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso dió tales gritos que despertó á los otros criados y á los mas próxîmos vecinos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos; registraron la herida, no les pareció peligrosa, y no erraron en su conjetura. Curaron en mui poco tiempo á Estefanía, que parió felízmente un hijo tres meses despues de esta cruel aventura, y yo, señor Gil Blas, soi el fruto de aquel infelíz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre, y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como exceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre era tenido por un hombre violento y facil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia turbado el espíritu de D. Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos medio vengado cesó de verla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que se me dió. Solamente diré

que mi madre se dedicó principalmente á cuidar me enseñasen el arte de la esgrima; y que me exercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad para medir mi espada con la de D. Huberto, é instruirme entonces del motivo que tenia para quejarse de él; y viéndome en fin de diez y ocho años, me lo descubrió derramando abundantes lágrimas y penetrada de un vivo dolor. ¡Qué impresion no hace á un hijo que tiene valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, lo saqué á un sitio oculto, en donde despues de un largo combate le dí tres estocadas, con que cayó en tierra.

D. Huberto sintiéndose mortalmente herido puso en mí sus últimas miradas, y me dixo que recibia la muerte de mi mano como un justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Me confesó que por vengarse del rigor con que le habia despreciado tomó la resolucion de perderla; y despues espiró pidiendo perdon de su falta al cielo, á D. Anastasio, á Estefanía y á mí. No contemplé conveniente volver á

casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado remití á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, en donde me embarqué con un corsario que salia del puerto. Le pareció que no me faltaba corazon, y consintió gustoso me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las islas de Albaran encontramos un corsario de Melilla que volvia ácia las costas de África con una embarcacion española que habia apresado á la altura de Cartagena, mui interesada. Atacamos vivamente al africano, y nos apoderamos de sus dos baxeles, en los quales traia ochenta cristianos que llevaba esclavos á Berbería; y aprovechándonos de un viento que se levantó, y que era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos á poco tiempo á punta de Elena.

Preguntamos á los cautivos que habiamos librado por su país, y yo hice esta pregunta á un hombre de mui buena cara, y que podia tener cincuenta años bien hechos. Me respondió suspirando que era de Antequera. Su respues-

ta me conmovió sin saber por qué; y yo tambien advertí que se turbaba. Díxele: yo soi vuestro paisano, ¿podrémos saber vuestra familia? ¡Ah! me dixo, no me estrecheis para que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Ya hace diez y ocho años que dexé á Antequera, en donde no se deben acordar de mí sin horror. Vmd. acaso habrá oido muchas veces mi historia. Me llamo D. Anastasio de Rada. ¡Buen Dios! exclamé: ¿debo creer lo que oigo? ¿Con que vmd. es D. Anastasio? ¿Es pues mi padre el que veo? ¡Qué decís, jóven! exclamó mirándome con sorpresa. ¿Será posible que seais aquel niño desgraciado que todavia estaba en el vientre de su madre quando la sacrifiqué á mi furor? Sí, padre mio, le dixe, yo soi el que parió la virtuosa Estefanía tres meses despues de la funesta noche que la dexásteis anegada en su sangre.

D. Anastasio no esperó á que hubiese acabado estas palabras para arrojarse á mi cuello. Me abrazó estrechamente, y en un quarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos abandonado á los movimientos tiernos que semejante en-

cuentro debia excitar, mi padre levantó los ojos al cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero un momento despues, como si temiese dárselas fuera de tiempo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia reconocido la inocencia de su muger. Señor, le respondí, nadie ha dudado jamas de ella sino vmd. La conducta de su esposa ha sido siempre irreprensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que D. Huberto ha sido quien os ha engañado. Entonces le conté toda la perfidia de este pariente, como me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

Mi padre fue menos sensible al gusto de haber recobrado la libertad que al de oir las nuevas que le anunciaba. Comenzó á abrazarme con el exceso de su alegria: no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dixo, tomemos presto el camino de Antequera. Estoi impaciente hasta arrojarme á los pies de una esposa que tan indignamente he tratado. Conocida mi injusticia, se despedaza mi corazon con crueles remordimientos. Deseando yo unir estas dos personas que me

eran tan amables, no quise se retardase tan dulce momento. Dexé al corsario, y como mi padre no queria exponerse á los peligros del mar compré en Adra con el dinero que me tocó de la presa dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el príncipe de Itaca á la narracion de las del rei su padre. En fin despues de muchas jornadas llegamos al pie del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine vmd. la sorpresa de mi madre al ver un marido que creía perdido para siempre; y todavia le admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse se le habia restituido. Pidióla mi padre perdon de su barbárie con demostraciones tan vivas de arrepentimiento, que mi madre enternecida, en lugar de mirarlo como un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido: tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huida, y tuvo mucho gusto al verme; pero su alegria no fue sin de-

sazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó desde la misma noche á partir para la corte, á donde vengo, señor, á solicitar mi gracia, la que espero obtener, pues que vmd. quiere hablar en mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su crédito.

El valiente hijo de D. Anastasio acabó aqui su narracion, y yo le dixe con mucha gravedad: basta, señor D. Rogerio, el caso me parece agraciable; quedo con el encargo de referir con todas sus circunstancias á S. E. este negocio, y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino dió muchos agradecimientos, que por un oido se me hubieran entrado, y por otro hubieran salido, si no me hubiera asegurado que se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que hubo tocado esta cuerda me puse en movimiento. Desde el mismo dia conté esta historia al duque, quien habiéndome permitido le presentara el caballero, le dixo: D. Rogerio,

estoi instruido del negocio de honor que os trae á la corte: Santillana me ha dicho todas sus circunstancias; sosiéguese vmd. Vuestra accion es excusable, y S. M. gusta de hacer gracia á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por ceremonia os pongais preso, pero estad seguro de que no estaréis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él apresurará vuestra libertad.

D. Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fue á poner en la cárcel. Sus cartas de perdon fueron expedidas inmediatamente por mis cuidados. En menos de diez dias envié este nuevo Telémaco con su Ulises y con su Pelénope; en lugar que si no hubiera tenido protector y dinero acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fue este lance mui provechoso; pero yo no era todavia un baron de Roncal para despreciarlo.

CAPÍTULO IX.

POR QUÉ MEDIOS HIZO GIL BLAS EN POCO TIEMPO UNA FORTUNA CONSIDERABLE, Y DE CÓMO TOMÓ EL AIRE DE PERSONA DE IMPORTANCIA.

Este negocio me engolosinó, y diez doblones que dí á Scipion por su corretage lo animaron á hacer nuevas pesquisas. Ya he celebrado sus talentos sobre esto; se le podia dar el título del grande Scipion. El segundo penitente que me llevó fue un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á pesar de la razon y juicio. Este impresor habia contrahecho una obra de uno de sus compañeros que se habia aprendido. Por trescientos ducados le desembargué sus exemplares, y le salvé de una gruesa multa. Aunque esto no fuese de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso por mi súplica interponer su autoridad. Despues del impresor vino á mis manos un mercader; y he aqui su negocio: un navío portugués habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mer

cancías de que estaba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector que tuviese bastante crédito para hacérselas dar. Tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me interesé por él, y atrapó sus efectos, mediante la cantidad de quatrocientos doblones.

Me parece que oigo al lector gritar en este punto: ánimo, señor de Santillana, ajustese vmd. las botas, pues lleva gran camino para adelantar su fortuna. No, no dexaré de hacerlo. Si no me engaño veo llegar mi criado con un nuevo quidam que acaba de agarrar. Justamente es Scipion. Escuchémosle. Señor, me dice, permítame vmd. que le presente este famoso empírico; pide un privilegio para vender sus drogas por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con exclusion de qualesquiera otros; es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de reconocimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dixe al charlatan haciendo del protector: id, amigo mio, vuestro negocio

corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué patentes que le permitian engañar á todo el mundo exclusivamente en todos los reinos de España.

Yo probé la verdad de aquel proverbio que dice: que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que me sentia mas codicioso á medida que me iba haciendo rico, habia obtenido con tanta facilidad las quatro gracias de que acabo de hablar, que no balanceé en pedir á S. E. la quinta. Esta era el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava que me ofrecia mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de prisa. Vive Dios, amigo Gil Blas, me dixo: ¡cómo aprietas! Deseas con furor hacer bien al próximo. Oye: quando no se trate mas que de vagatelas no haré juicio de ello; pero quando me pidas gobiernos ú otras cosas considerables, si os parece, os quedaréis con la mitad de la utilidad, y á mí me daréis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni quántos arbitrios necesito para sostener la dignidad de mi empleo; porque á pe-

sar del desinteres que aparento á los ojos del mundo os confieso que no soi tan imprudente que quiera no cuidar de mi casa. Sírvate esto de regla.

Con este discurso me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me excitó á que continuase con mas empeño, y yo me sentí mas hambriento de riquezas que antes. Voluntariamente hubiera yo entonces hecho fixar un cartél que dixese, que todos aquellos que quisieran obtener gracias en la corte no tenian mas que dirigirse á mí ; yo iba por un lado y Scipion por el otro buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava tuvo el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago: no me contenté con hacer gobernadores, dí órdenes de caballería, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con excelentes títulos de nobleza : quise tambien que la clerecía percibiese mis beneficios: conferí pequeños curatos, canongías y algunas dignidades eclesiásticas. En órden á los obispados y arzobispados era el colator de ellos el baron de Roncal, y ademas nombraba los magis-

trados, encomiendas y vireinatos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños; porque los sugetos á quien nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que hacíamos un tan honroso tráfico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabiamos mui bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á expensas nuestras; pero nosotros pareciamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo repasando su dinero.

Razon tiene Isócrates de llamar la intemperancia y la locura compañeros inseparables de los ricos. Quando me ví dueño de treinta mil ducados, y acaso en estado de ganar diez tantos mas, creí deber hacer una figura digna de un confidente del primer ministro; alquilé una casa entera, que hice aderezar curiosamente, compré la carroza de un escribano, que la habia tomado por ostentacion, y que procuraba deshacerse de ella por consejo de su panadero. Tomé un cochero, tres lacayos; y como es regular ascender á los antiguos criados, elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara, secretario y mayordomo; pero lo

que acabó de colmar mi orgullo fue que el ministro llevase á bien que mis gentes traxeran su librea: aqui perdí lo que me quedaba de juicio; no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, que quando á fuerza de haber bebido agua de cominos se pusieron tan pálidos como su maestro, se creían tan sábios como él: poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Melar. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, ó quizá por uno de sus bastardos; cosa que me lisonjeaba infinitamente.

Añadid á esto, que quise como S. E. tener mi mesa de estado, y para este efecto encargué á Scipion me buscase un cocinero, y me traxo uno que era casi comparable al del romano Nomentano de golosa memoria: llené mi bodega de vino delicioso; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas de las oficinas del ministro, los quales se apropiaban con vanidad la calidad de secretarios de estado. Les disponia mui buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte, porque tal amo tal criado, tam-

bien tenia su mesa en la despensa, en donde á costa mia regalaba las personas de su conocimiento. Pero ademas de que yo amaba á este mozo, como él contribuía á hacerme ganar el dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo. Fuera de que yo miraba estas disipaciones como un jóven que no reflexíona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas: habia otro motivo para no cuidar de esto; y era que los beneficios y los empleos no cesaban de traer agua al molino: mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creía tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida faustosa. Creyendo habria vuelto de la Andalucía quise tener el gusto de sorprenderlo; á este fin le envié un papel anónimo, en el qual le decia que un señor siciliano de sus amigos le esperaba á cenar; le señalaba el dia, la hora y el lugar en donde debia encontrarse: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se espantó extraordinariamente quando supo que yo era el señor extrangero que le habia convidado. Sí, le dixe, amigo mio, yo soi el dueño de esta casa. Tengo un buen equi-

page, buena mesa, y sobre todo, un gran caudal. ¡Es posible, exclamó con vivacidad, que te encuentre en la opulencia! ¡Quánto me alegro haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que habrás seguido el sabio consejo que te dí de afloxar algo la rienda al mayordomo; sea en hora buena: con esta prudente conducta se hacen poderosos los mayordomos de las casas grandes.

Dexé á Fabricio aplaudirse quanto quiso de haberme llevado en casa del conde Galiano. Despues de lo qual, para moderar la alegria que manifestaba de haberme procurado tan buen puesto, le dixe con todas sus circunstancias las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado mis servicios; pero percibiendo que mi poeta cantaba entre sí la palinodia, le dixe: yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando entre los dos, mas motivo tengo de felicitarme que de quejarme. Si el conde no lo hubiera hecho mal conmigo lo hubiera seguido á Sicilia, en donde todavia lo sirviera con la esperanza de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria

confidente del duque de Melar.

Estas últimas palabras sorprendieron tan vivamente á Nuñez, que en algunos instantes no pudo proferir una palabra. Despues rompiendo de golpe el silencio me dixo: ¿es verdad lo que oigo? ¡Que teneis la confianza del primer ministro! La parto, le respondí, con el baron de Roncal, y segun todas las apariencias yo pasaré adelante. En verdad, señor de Santillana, replicó, que os admiro. Sois capaz de ocupar toda suerte de empleos. ¡Qué talentos reunís en vos! O mas bien para servirme de una expresion á nuestro modo, poseeis un talento universal; es decir, que para todo sois adequado. En quanto á lo demas, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ¡Oh! qué diablos, interrumpí, señor Nuñez, no tratemos de señor ni señoría. Desterremos estos términos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero, añadió, te confieso mi flaqueza; al oir tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en ti mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fue interrumpida por quatro ó cinco covachuelistas que llegaron: señores, les dixe, mostrándoles á Nuñez, vmds. cenarán con el señor D. Fabricio, que hace versos dignos del rei Numma, y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía, que pusieron amarillo al poeta: apenas se dignaron mirarlo; por mas que dixo cosas mui delicadas para atraerse su atencion no le escucharon: se picó tanto, que tomó un permiso poético; se escurrió sutílmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no percibieron su retiro, y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

Á otro dia por la mañana, quando me acababa de vestir y me preparaba para salir, el poeta de las Asturias entró en mi sala: perdóname, amigo mio, me dixo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Me son mui fastidiosos personages tan presumidos y almidonados. No comprehendo cómo tú que tienes un entendimiento tan delicado puedes acomodarte á unos convidados tan groseros. Yo

quiero desde hoi traerte otros mas vivos. Me darás, le dixe, mucha satisfaccion, y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo genios superiores y mas entretenidos. De paso llegaré á una botillería, en donde se juntarán en un instante; los apalabraré para que no se contraigan, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Diciendo estas palabras me dexó; y á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elógio. Si se le hubiera de creer, aquellos bellos ingenios sobrepujaban á los de la Grecia é Italia; y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí estos señores mui políticamente, aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Quando no hubiera encargado á Scipion que la cena fuera abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin nos sentamos á la mesa mui alegremente. Mis poetas principiaron á hablar de sí mismos y á alabarse. El uno

citaba con vanidad los grandes y las señoras á quien era agradable su musa; el otro, vituperando la eleccion que una académia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrian con la misma presuncion. Mientras comia me asesinaron con versos y con prosa: cada uno de ellos recitaba segun su turno algun trozo de sus escritos: el uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica; otro lee la crítica de una comedia; y el quarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de un término impropio. El autor de la traduccion defiende lo contrario: de aqui nace una disputa, en la qual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo en qué nos vimos de ponerlos en paz. Quando se vieron separados salieron de mi casa como de una taberna sin darme

la menor excusa de su impolítica.

Nuñez en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida quedó mui aturdido de la aventura: y bien, le dixe, mi amigo, ¿me celebraréis todavia vuestros convidados? Á fe mia que me habeis traido unas gentes bien groseras. Aténgome á mis covachuelistas, no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, estos son los mas razonables.

CAPÍTULO X.

CORRÓMPENSE ENTERAMENTE LAS COSTUMBRES DE GIL BLAS CON LA CORTE: DE LA COMISION QUE LE CONFIÓ EL CONDE DE SUMEL, Y DEL LANCE EN EL QUAL ÉL Y ESTE SEÑOR SE METIERON.

Luego que se supo que el duque de Melar me amaba tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de gentes; las unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al

ministro, y las otras para excitarme con súplicas á sacarles *gratis* lo que pretendian. Los primeros tenian la seguridad de ser escuchados y bien servidos. En órden á los segundos me desembarazaba prontamente con excusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hai esta debilidad me hice mas duro que un pedernal. De consiguiente perdí tambien la sensibilidad con mis amigos, y me despojé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voi á contar del modo cómo traté en una ocasion á Josef Navarro.

Este á quien tanto tenia que agradecer, y quien para hablar de una vez era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Melar cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo mui amable y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió Josef,

que siendo vmd. tan bueno y amigo de dar gusto, lo tendréis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vmd. Tengo la seguridad de que me daréis las gracias, porque os busco ocasion de exercer vuestro humor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba no dexé de aparentar tendria gusto en servirlo. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vmd. el vivo agradecimiento de quanto vmd. ha hecho por mí: me basta que vmd. se interese para servirle. Su amigo tendrá el empleo que desea: cuente vmd. con ello. Este es negocio mio, no de vmd.

Con estas expresiones Josef se fue mui satisfecho de mi favor. Sin embargo se quedó sin el mencionado empleo, y lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi cofre. Esta suma fue preferida á los agradecimientos que hubiera recibido de mi primer oficial, á quien con un modo pesaroso dixe quando nos volvimos á ver: ¡ah, mi amado Navarro! vmd. me habló tarde. El baron de Ron-

cal se ha anticipado; ha hecho dar el empleo que vmd. sabe. Yo siento en extremo no darle mejor noticia.

Josef me creyó de buena fe, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad, porque no volvió á mi casa. En lugar de tener algunos remordimientos por haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé lleno de gusto. Ademas de que ya me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente tratar con mayordomos en el estado en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Sumel, de quien hace tiempo no hemos hablado, y á quien visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavia le llevé otros mil por órden del duque su tio del dinero que yo reservaba para S. E. En este dia quiso el conde tener una larga conversacion conmigo: me dixo que al fin habia conseguido su intento, y que enteramente poseía el favor del príncipe, de quien era el único confidente. Despues me dió una comision mui honrosa, de la qual me habia ya hablado. Amigo Santillana, me dixo,

vamos, manos á la obra. No dexeis de hacer quanto podais para descubrir alguna buena moza digna de divertir á este bizarro príncipe. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad; y luego que hayais descubierto cosa buena, decídmelo. Ofrecí al conde no omitir cosa que pudiese contribuir al buen cumplimiento de mi empleo, cuyo exercicio no debe de ser mui dificil, pues que hai tantas gentes que lo toman.

Esta suerte de pesquisas no me era mui conocida; pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Habiendo llegado á casa le llamé y le dixe á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto como me favorece la fortuna, no dexa de faltarme alguna cosa. Fácilmente adivino la que es, interrumpió sin dexarme acabar lo que queria decirle. Vmd. necesita una ninfa agradable que le disipe un poco y le divierta; y en efecto es de maravillar que vmd. en la primavera de sus dias no la tenga, quando los viejos circunspectos no pueden estar sin ella. Admiro tu penetracion, le dixe sonriéndome. Sí, amigo mio, una dama necesito y elegida por ti; pero ad-

vierte que soi mui delicado en la materia: yo quiero una persona bonita y que no tenga malas costumbres. Lo que vmd. desea, repitió Scipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estamos, á Dios gracias, en una tierra en donde hai de todo, y espero encontrar presto lo que vmd. necesita.

Efectivamente á los tres dias me dixo: he descubierto un tesoro; una señorita llamada Catalina, de buena familia, y de una hermosura asombrosa, que vive con una tia suya en una casa pequeña mui decentemente con sus cortos bienes. La criada que la sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque su puerta está cerrada á todo el mundo, no seria dificil que se abriese á un galan liberal y rico, con tal que para no escandalizar entre en su casa solo de noche y con todo sigilo. Por esto le he pintado á vmd. como un hombre digno de que se le abran sus puertas, y he suplicado á la criada lo proponga á las dos señoras, lo qual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á decirme su respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo que te engañe la criada: no, no, replicó, esa no es con-

migo, á mí no se me engaña, he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he sacado en conseqüencia que la señora Catalina es tal como vmd. la puede desear; es decir, una Dánaë con quien vmd. podrá hacer el Júpiter á favor de una lluvia de doblones que dexará caer.

Aunque estaba bien prevenido contra esta clase de fortunas no dexé de entrar en ésta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme aquella misma noche, y á las once me entré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió sin luz, me tomó de la mano y llevó á una buena sala, en donde encontré las dos señoras gallardamente vestidas y sentadas sobre unas almohadas de terciopelo. Luego que me vieron se pusieron en pie y me saludaron con mucha gracia, y á la verdad me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, todavía hermosa, no dexó de atraer mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, quien me pareció una diosa; y aunque exâminada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia sin embargo gracias que con un aire atractivo y voluptuoso ofus-

caban, haciendo imperceptibles sus defectos.

Al verla perdí lo tramontana: olvidé que iba como procurador, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, á quien juzgué de mas entendimiento que el que tenia, tal era lo bien que me habia parecido, acabó de encantarme con sus respuestas. Ya principiaba yo á perder el seso quando la tia para moderar mis impulsos me habló en este modo: señor de Santillana, voi á explicarme francamente con V. S. Por el elógio que se me ha hecho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el favor que le hago en ello; pero no penseis por esto que estais adelantado: hasta aqui he criado á mi sobrina con recogimiento, y sois, digámoslo asi, el primero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré mucho gusto de que ella tenga este honor; ved si á este precio la quereis, pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en

mí mismo, y convirtiéndome en un instante en fiel agente del conde de Sumel, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía: señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. La figura que hago en Madrid no basta para merecer á la incomparable Catalina; la tengo guardado un partido mas brillante: la destino al príncipe. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, y que no era necesario acompañar su desprecio con la burla. No me burlo, señora, proseguí, hablo sériamente, tengo órden de buscar una persona de mérito á quien pueda visitar secretamente el príncipe, y en casa de vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien percibí no la habia desagradado; sin embargo creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos: aun quando tomara al pie de la letra lo que vmd. me dice, ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor que resultaria á mi sobrina siendo dama de un príncipe; esta idea horroriza á mi virtud.... ¡Qué sándia es vmd. con su virtud! Vmd. piensa como una simple al-

deana. Se burla si mira estas cosas con tanto escrúpulo; eso es quitarlas lo que tienen de bueno, es necesario mirarlas con ojos gustosos. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que haga inmortal el nombre de su madre.

Fingió la tia no resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi proposicion; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía viéndome ya disgustado y dispuesto á levantar el sitio tocó la llamada, y formamos una capitulacion que contenia los artículos siguientes: el primero: Que si con el informe que haria al príncipe de las gracias de Catalina se agradaba de ella y se determinaba á hacerla una visita nocturna,. yo deberia cuidar de informar á las señoras de ella y de la noche que elegiria para este efecto. El segundo: Que el príncipe debia entrar en casa de las dichas señoras como un galan ordinario,

y solamente acompañado de mí y de su principal confidente.

Hecho este convenio me hicieron mil favores la tia y la sobrina; me trataron familiarmente, con lo que aventuré algunas llanezas que no fueron mui mal recibidas; y quando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se forma la union entre los alcahuetes y las mugeres que los necesitan; al verme salir tan favorecido nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Sumel tuvo una alegria extrema quando le dixe que habia hecho un descubrimiento qual podia desearlo. En tales términos le hablé de Catalina, que le excité el deseo de verla. Habiéndole llevado la noche siguiente á su casa me confesó que habia hecho mui buena eleccion. Dixo á las señoras no dudaba que el príncipe quedase gustosísimo con la dama que yo le habia elegido, y que ésta por su parte no dexaria de estar contenta con tal amante por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin las ofreció llevarle dentro de algunos

dias del modo que deseaban; esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche donde ambos habiamos venido, el qual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó instruyese el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

El dia siguiente fui á dar exâcta cuenta de todo lo que habia pasado al duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo de Scipion; atribuyéndome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los grandes de todo se hace honor.

Y en efecto se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dixo el ministro con aire burlon, me alegro que vmd. una á sus otros talentos el de descubrir las mejores hermosuras; y no extrañará que quando necesite algunas me dirija á vmd.: señor, le respondí con el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si procurase esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo tanto tiempo hace el baron de Roncal, que seria una injusticia el despojarle. El duque

se sonrió de mi respuesta, y mudando de discurso me preguntó si su sobrino pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dixe, suplíca á V. E. le envie mil doblones. Está bien, respondió el ministro, llévaselos; díle que no los escasee, y que apoye todos los gastos que el príncipe quiera hacer.

CAPÍTULO XI.

DE LA VISITA SECRETA Y DE LOS REGALOS QUE HIZO EL PRÍNCIPE Á CATALINA.

En la misma hora llevé los mil doblones al conde de Sumel. No podias venir mas á tiempo, me dixo este señor. He hablado al príncipe, ha caido en el lazo: se abrasa de impaciencia por ver á Catalina: se ha resuelto que esta misma noche se ha de escapar secretamente de palacio para ir á su casa. Las medidas estan ya tomadas. Informa de esto á las señoras, y dalas el dinero que me traes: es necesario hacerlas conocer que el que van á recibir no es un amante ordinario; ademas de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanterias. Su-

puesto que lo has de acompañar conmigo procura estar esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece conveniente servirnos de el) nos espere á media noche cerca de palacio.

Inmediatamente fui á casa de las señoras, en donde no ví á Catalina, por estar, segun se me dixo, acostada, y solo hablé á la señora Mencía. Perdone vmd., señora, la dixe, si la visito de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á vmd. que el príncipe vendrá esta noche; y vea vmd. aqui, añadí alargándola el saco en donde llevaba el dinero, vea vmd. aqui un don que envia al templo de Citerea para hacerse propicias las deidades. Ya vé vmd. que no las he metido en un paso inútil. Doi á vmd. las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si el príncipe gusta de la música: locamente, la respondí. Ninguna cosa puede divertirle tanto como una buena voz, acompañada de un instrumento tocado delicadamente. Mucho mejor, exclamó ella transportada de alegria; lo que vmd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiseñor, y toca maravillosamente; tam-

bien baila á la perfeccion. ¡Vive Dios, grité, estas son muchas perfecciones, tia mia! No necesita tanto una señorita para hacer fortuna: una de estas habilidades la basta.

Preparadas asi las cosas esperé la hora en que el príncipe debia acostarse. Llegada ésta dí mis órdenes al cochero, y busqué al conde de Sumel, quien me dixo que el príncipe para quedarse solo antes de tiempo iba á fingir una ligera indisposicion y acostarse, á fin de persuadir mejor que estaba malo; pero que de alli á una hora se volveria á levantar, y por una puerta secreta tomaria una escalera excusada que caía á los patios. Luego que me instruyó de lo que ambos habian concertado me apostó en un sitio por donde me aseguró que habian de pasar. Duró tanto el poste, que empecé á creer habia tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina; como si los príncipes abandonaran estas especies de antojos sin satisfacerlos. En fin quando creía me habian olvidado se llegaron á mí dos hombres, á quienes conocí ser los que esperaba, y llevé á mi coche, en el qual montaron ambos. Yo iba cerca del co-

chero para guiarle, y le hice parar á cincuenta pasos de la casa de las señoras. Dí la mano al príncipe y á su compañero para ayudarlos á baxar, y marchamos ácia la casa á donde queriamos entrar. Al acercarnos se abrió la puerta, é inmédiatamente que entramos se volvió á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan sombría, que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara: todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el qual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la obscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se dexaron ver en el desavillé mas primoroso, con un aire tan atractivo, que no se podia mirar impunemente. Nuestro príncipe si no hubiera tenido que escoger se hubiera contentado mui bien con la señora Mencía; pero tuvieron la preferencia, como era razon, las gracias de la jóven Catalina.

Y pues, príncipe mio, le dixo el conde, ¿podiamos haber procurado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me embelesan, respondió el príncipe, no pienso llevarme de aqui mi corazon, pues si faltara la sobrina no se escaparia de la tia.

Despues de un cumplimiento tan gracioso para una tia, dixo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dixe al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas; se alegró de saber que tuviese estas habilidades, y la suplicó le diese alguna muestra de ellas: con mucho gusto cedió á sus instancias: tomó un instrumento bien templado, tocó sones tiernos; y cantó de un modo tan expresivo, que el príncipe se dexó caer á sus rodillas transportado de amor y gusto: pero acabemos esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia abismado el heredero de la monarquía hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que

arrancarlo de esta peligrosa casa quando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le llevaron prontamente á palacio, y lo dexaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haberle unido con una aventurera, como si hubiesen hecho su casamiento con una princesa.

La mañana siguiente conté esta aventura al duque, porque todo lo queria saber. Quando le acababa la narracion llegó el conde de Sumel y nos dixo: el príncipe está tan poseido de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa en verla con freqüencia y fixarse alli; quisiera enviarla hoi dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Se ha dirigido á mí y me ha dicho: mi amado Sumel, es preciso que me busques en la hora esta suma: Sé que te incomodo, que agoto tu bolsillo; y por tanto te tengo en mi corazon: si alguna vez me hallo en estado de serte reconocido en otros términos, no te arrepentirás de haberme obligado. Yo le respondí, apartándome de él, príncipe mio, tengo amigos y crédito; voi á buscar lo que V. A. desea. No es dificil satisfacerle, dixo entonces el duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si

quereis él mismo comprará las joyas, porque las conoce perfectamente, y sobre todo los rubíes. ¿No es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire maligno. Qué malicioso sois, señor, le respondí: veo que V. E. quiere hacer reir á expensas mias al señor conde; y asi fue. El sobrino preguntó: ¿qué misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tio riéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fue de honor ni provecho.

Hubiera salido ventajoso si el ministro no hubiera dicho mas; pero tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y D. Rafaél me habian jugado en la posada, y se extendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al conde de Sumel, el que me llevó á casa de un joyero, en donde escogimos la joyas que llevamos al príncipe; las quales se me confiaron para que las diese á Catalina, y despues fui á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del duque para pagar al mercader.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fui recibido de las señoras con

agrado quando las presenté los regalos de mi embaxada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes con los pendientes para la sobrina. Encantadas la una y la otra de las demostraciones de amor y generosidad del príncipe, principiaron á charlar como dos comadres, y á darme gracias porque les habia procurado tan buen conocimiento; con el exceso de su alegria se olvidaron de su ficcion. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado al hijo de nuestro gran monarca una picarona. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan excelente empresa, me retiré con intento de instruirme de Scipion.

CAPÍTULO XII.

QUIÉN ERA CATALINA: EMBARAZO DE GIL BLAS: SU INQUIETUD, Y LA PRECAUCION QUE TOMÓ PARA SOSEGARSE.

Al entrar en mi casa ví un gran trastorno. Pregunté la causa, y se me dixo que Scipion daba aquella noche de cenar á seis de sus amigos. Cantaban á gritos y reían á carcajadas. Esta cena á la

verdad no era el banquete de los siete sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dixo á sus compañeros: señores, no es nada, es el amo que ha venido: no os inquieteis, continuad divirtiéndoos. Voi á decirle dos palabras, é inmediatamente vuelvo. Vino pues á mí: ¿qué gritería es esa? le dixe. ¿Qué casta de gentes son las que regalas allá abaxo? ¿Son poetas? No señor, perdone vmd., me respondió: seria lástima dar vuestro vino á semejantes gentes: yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hai un jóven mui rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dinero. Por él se hace la fiesta. Á cada trago aumenta diez doblones á lo que se ha de dar, y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo asi, le respondí, vuélvete á la mesa, y no escasees el vino.

No juzgué á propósito hablarle entonces de Catalina, dexándolo para por la mañana al levantarme, que lo hice de esta suerte: amigo Scipion, tú sabes del modo que los dos vivimos; yo te trato mas como amigo que como á criado, y por consiguiente harás mui mal de engañarme, como haceis con los amos.

Entre nosotros no ha de haber secreto: voi á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me diras qué piensas de las mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion sospecho que son dos mugeres públicas, tanto mas refinadas quanto afectan mas simplicidad. Si las hago justicia, no tiene el príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á vmd., y no puedo dexar de serle sincéro. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos princesas; ella me ha contado su historia que me ha parecido divertida. Voi á referirla sucintamente, y aseguro que no le ha de desagradar.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragonés. Habiéndose encontrado de quince años huérfana, y tan pobre como bonita, se casó con un caballero del hábito, anciano, que la llevó á Toledo, y habiéndola servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses: ella recogió su herencia, que consistia en algunas ropas y en trescientos

doblones en dinero contante; despues se juntó con la señora Mencía, quien todavia estaba fresca, aunque ya en su declinacion. Estas dos buenas amigas vivieron juntas, y principiaron á observar una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Desagradadas de esto ó despechadas de otra cosa dexaron con aceleracion á Toledo para venir á establecerse en Madrid, en donde viven cerca de dos años hace, sin freqüentar ninguna señora de la vecindad. Pero oiga vmd. lo mejor: han alhajado dos pequeñas casas separadas solamente por un tabique, cuya comunicacion la tienen por una escalera que hai en la cueva. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de estas casas, y la viuda del comendador en la otra con una dueña vieja, que la hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es sobrina educada por su tia, como una pupila baxo la tutela de su abuela. Quando hace de sobrina se llama Catalina, y quando de nieta Sirena.

Al oir el nombre de Sirena interrumpí á Scipion todo asustado: ¿qué me dices? me haces temblar. ¡Ai de mí! Temo que esta maldita aragonesa no sea la da-

ma de Roncal. ¡Hé! Justamente, respondió, es ella misma. Yo creía dar á vmd. gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegria. ¿No percibes tú las conseqüencias? A fe mia que no, dixo Scipion. ¿Qué mal puede suceder? No ha de descubrir el baron precisamente lo que pasa; y si vmd. teme que se lo digan, prevenga al primer ministro: cuéntele vmd. el caso naturalmente. El conocerá la buena fe de vmd., y si despues quisiese el baron hacerle algunos malos oficios, S. E. verá que su venganza es quien le excita para hacer daño.

Con este discurso me quitó Scipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al duque de Melar de este desagradable descubrimiento: tambien afecté contárselo con aire triste, para persuadirle á que sentia haber inocentemente dado al príncipe la dama de Roncal; pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, hizo de ello burla. Despues me dixo que siguiera mi oficio, y que sobre todo era de mucha gloria al baron amar la misma dama que el príncipe, y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos al conde de Sumel, quien

me aseguró su proteccion, si el primer secretario descubria la intriga y queria ponerme mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber libertado la embarcacion de mi fortuna del peligro de encallar, y nada mas temí. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la habilidad de encontrar excusas para apartar de su casa al baron las noches que tenia precision de acompañar á su ilustre rival.

CAPÍTULO XIII.

GIL BLAS CONTINÚA HACIENDO EL PAPEL DE SEÑOR; TIENE NOTICIA DE SU FAMILIA; QUÉ IMPRESION LE HACE; MARÁÑASE CON FABRICIO.

Ya tengo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme algunas cosas: mas yo no queria que me las dixesen de viva voz. Siguiendo el uso de la corte, ó mas bien para hacerme de mas valer, decia á cada pretendiente: déme vmd. un memorial. Tanto me habia acostumbrado á esto, que un dia lo respondí asi al dueño

de mi casa que vino á decirme le debia un año de alquiler. Por lo que hace al carnicero y panadero no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran mui exâctos en traerlos todos los meses. Scipion que era una copia mia, se portaba del mismo modo con los que se le dirigian para que me interesara en su servicio.

Yo tenia otra ridiculez de que no pienso excusarme; era tan fatuo, que hablaba de los grandes señores como si fuese de su misma esfera. Si, por exemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia sin cortesía: Alba, Osuna y Medinasidonia. En una palabra, me habia vuelto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña y pobre escudero: ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra situacion! La corte tiene la virtud del rio Leteo para hacernos olvidar de nuestros parientes y amigos si se hallan en mal estado.

Quando mas olvidada tenia mi familia entró una mañana en mi casa un mozo que me dixo tenia que hablar conmigo un momento á solas; le hice entrar

en mi gabinete, en donde sin ofrecerle una silla por parecerme hombre ordinario, le pregunté para qué me queria. Señor Gil Blas, me dixo, ¿pues qué no me conoce vmd.? Por mas que le miré con atencion tuve que responderle que su cara me era desconocida. Yo soi, me replicó, uno de vuestros compañeros, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os conozco mui bien. Mil veces hemos jugado los dos á la gallineta ciega.

De los entretenimientos de mi niñez, le respondí, solo tengo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues me han hecho perder la memoria. He venido á Madrid, me dixo, en confianza del corresponsal de mi padre. He oido hablar de vmd., y me han dicho que está sobre un buen pie en la corte, y rico como un judío; de lo que doi á vmd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta llenar de gusto su familia dándoles una nueva tan agradable.

Aunque fuera por cumplimiento no podia dexar de preguntar el estado de mis padres y mi tio; pero lo hice con tanta frialdad que no di motivo á mi es-

peciero para que admirara la fuerza de la sangre, lo qual me hizo conocer mui bien: se manifestó picado de mi indiferencia con unas personas que me debian ser tan amadas; y como este mozo era franco y grosero me dixo ásperamente: yo creia que tuviéseis mas ternura y sensibilidad con vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Vmd. ignora su situacion? Sepa que su padre y su madre todavia estan sirviendo, y que el buen canónigo Gil Perez oprimido con la edad y las enfermedades está en sus últimos vales. Debe vmd. escuchar á la naturaleza; y pues que tiene proporcion de socorrer á sus padres, le aconsejo como amigo que les envie todos los años doscientos doblones. Este socorro, sin incomodar á vmd., les procurará una vida dulce y felíz.

En lugar de ablandarme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido; pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender, y continuando su exhortacion con mas malicia que cari-

dad, me impacientó. ¡Oh! basta; basta, respondí lleno de cólera. Vaya vmd., señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Vaya y busque el corresponsal de su padre, y cuente con él. ¿Tiene vmd. acaso obligacion de enseñarme lo que debo hacer? Sé mejor que vmd. lo que he de practicar en este caso. Dicho esto eché de mi gabinete al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

Lo que acababa de decirme no dexó de ofrecerse á mi imaginacion; y echándome en cara á mí mismo que era un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traxe á la memoria los cuidados que habian tenido de mi niñez y educacion. Me representé lo que debia a mis padres, y mis reflexiones fueron acompañadas de algunos impulsos de reconocimiento, y no obstante para nada contribuyeron. Mi ingratitud ahogó bien presto estos sentimientos, á los que se siguió un profundo olvido. Muchos padres hai que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion que me poseía mudaron del todo mi humor. Perdí toda mi alegria, y estaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, un

bruto. Viéndome Fabricio tan sacrificado á la fortuna y tan indiferente con él, venia á mi casa, pero no pudo dexar de decirme un dia: en verdad, Gil Blas, que no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquílo; ahora te veo sin cesar agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte; y quanto mas tienes mas quieres. Ademas ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellas confianzas, aquellas familiaridades que hacen las delicias de las amistades; antes por el contrario me tratas con reserva y ocultas lo interior de tu alma. Tambien observo que eres contenido en los favores que me haces. En fin este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mudanza percibo en mí. Tus ojos estan fascinados, replicó, y no debes consultarlos. Creeme: es mui verdadera tu mudanza. Habla, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Quando por la mañana llamaba á tu puerta venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi durmiendo, y yo entraba en tu quarto sin ceremonia. Pero hoi ¡qué di-

ferencia! Tienes lacayos, se me hace esperar en tu antesala mientras dan recado de si puedo hablarte. Despues de esto ¿cómo me recibes? Con una fria política y haciendo de señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningun modo me conviene. Á Dios, separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo. . . . .

Yo me sentí mas exâsperado que movido de sus reprensiones, y le dexé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba; ademas fácilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con hombres, cuya mayor parte venian de no sé dónde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo

estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del rei les habia conferido, se olvidaban como yo de sí mismos, y nos creíamos personages respetables. ¡Oh fortuna! Vé aqui cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estóico Epiteto en compararte á una jóven ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO VIII.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO NONO.

CAPÍTULO PRIMERO.

SCIPION QUIERE CASAR Á GIL BLAS, Y LE PROPONE LA HIJA DE UN RICO Y FAMOSO PLATERO: DE LOS PASOS QUE SE DIERON PARA ESTE FIN.

Una noche despues de haber despedido la compañía que habia venido á cenar conmigo pregunté á Scipion qué habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia, me respondió. Procuro á vmd. un rico establecimiento; le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero! exclamé con aire desdeñoso. ¿Has perdido el juicio? Teniendo tal qual mérito, y

estando en la corte sobre cierto pie me parece se debe tener ideas mas elevadas. ¡Ai, señor, repitió Scipion, no penseis asi. Pensad que el varon es quien ennoblece: no querais ser mas delicado que un millar de señores que pudiera citaros. ¿Sabe vmd. que la heredera de quien se trata es un partido de cien mil ducados por lo menos? ¿No es este un buen ramo de platería? Quando oí hablar de una suma tan grande me suavicé. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Quándo quieres tú que la reciba? Poco á poco, señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que comunique antes la cosa con el padre, y que la conceda. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavia estás ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que vmd. piensa, replicó: con una sola hora de conversacion con el platero salgo por fiador de su consentimiento: pero antes de pasar adelante capitulemos si vmd. gusta. Supongamos que yo haga dar á vmd. cien mil ducados, ¿y á mí qué me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dixo: yo limito vuestro reconocimiento á diez mil. Vmd. es

una mitad mas generoso que yo. Vamos: desde por la mañana entraré en esta negociacion, y cuente vmd. en que se conseguirá, ó yo soi un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dixo: he hablado al señor Gabriél de Salero (que este era el nombre del padre de la niña). Tanto le he celebrado vuestro valimiento y mérito, que ha escuchado con gusto la proposicion. Tendréis su hija con cien mil ducados siempre que le hagais ver claramente que sois favorecido del ministro. Si consiste en eso, dixe entonces á Scipion, presto estaré casado. Pero vengamos á la muchacha: ¿la has visto? ¿Es hermosa? Menos bella que el dote. Hablando para los dos, esta rica heredera no es mui bonita, pero á Dios gracias, á vmd. nada se le da. No, á fe mia. Los cortesanos nos casamos solamente por casarnos. La hermosura la buscamos en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se encuentra en las nuestras hacemos tan poco caso de ella, que es bien merecido que nos castiguen.

Todavia no lo he dicho todo, repitió Scipion; el señor Gabriél esta noche convida á vmd. á cenar. Hemos conve-

nido en que no le ha de hablar vmd. del casamiento proyectado. Debe convidar muchos mercaderes de sus amigos á esta cena, en la que vmd. se encontrará como un simple convidado, y él vendrá á cenar á casa del mismo modo: en esto conocerá vmd. que este hombre quiere tantearle antes de pasar adelante. Convendrá que vmd. se contenga un poco delante de él. ¡Oh! pardiez, interrumpí con un aire confiado, que aunque exâmine lo que quiera siempre he de ganar.

Todo se executó puntualmente, hice me llevaran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era un buen artesano, como nosotros decimos, cortés en demasía. Me presentó la señora Eugenia su muger y la jóven Gabriela su hija; yo la hice vivísimos cumplimientos sin contravenir á lo tratado. Las dixe mil vaciedades en bellos términos y frases políticas.

Gabriela á pesar del dictámen de mi secretario no me pareció desagradable, ya fuese á causa de estar perfectamente adornada, ó ya porque la mirase al traves de la dote. ¡Qué gran casa la del se-

ñor Gabriél! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Se veía este metal baxo mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente en donde cenábamos, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro para hacer mas lucido el convite habia llevado cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas. Solo hablaron de comercio, de modo que su conversacion fue mas bien una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

El dia siguiente en la noche llevé al platero á mi casa, y como no podia aturdirle con mi baxilla recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á los amigos que hacian mas figura en la corte, cuya ambicion no ponia límite á sus deseos. No hablaron de otra cosa que de las grandezas, empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo qual surtió su efecto. El buen Gabriél aturdido con sus grandes ideas se consideraba, á pesar de su riqueza, un mísero mortal en comparacion de estos señores. Por mi parte haciendo el moderado, dixe que me contentaria con una mediana fortuna como de veinte mil ducados de renta. Con cu-

yo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas exclamaron diciendo que hacia mal, y que siendo tan amado del primer ministro no debia contentarme con tan poco. Nada de esto se escapó al suegro, y quando se retiró creo que iba mui pagado de mí.

Scipion no dexó el dia siguiente por la mañana de ir á verle para preguntarle si yo le habia agradado. Estoi encantado, le respondió. Este mozo me ha robado el corazon. Pero, señor Scipion, añadió, suplico á vmd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como vmd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame vmd. el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Quál es su inclinacion viciosa? Suplico á vmd. que no me la oculte. Vmd. me ofende, señor Gabriél, preguntándome semejante cosa, repitió el medianero. ¿No sabe que yo me intereso mas por vmd. que por mi amo, y que si tuviera alguna mala costumbre que fuera capaz de hacer su hija desgraciada no se le hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no; yo soi mui servidor de vmd.; pero en satisfaccion el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para

jóven es mui prudente. Otro tanto oro, respondió el platero, esto me es mui agradable. Vaya vmd., amigo mio, y asegúrele que obtendrá mi hija, y que aun quando no fuera querido del ministro sucederia lo mismo.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion fui á casa de Salero á darle gracias del favor que me hacia. Á este tiempo ya se habia declarado con su muger y su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron ver que se sometian sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Melar, le presenté el suegro. S. E. lo recibió con mucho agrado, y le manifestó el gusto que tenia en que hubiese elegido para yerno un hombre á quien estimaba mucho y á quien queria elevar. Despues siguió hablando de mis buenas qualidades, y dixo tanto bien de mí, que el buen Gabriél creyó que su hija habia encontrado en mi señoría el mejor partido de España. Tal era su gozo que lloraba, y apretándome entre sus brazos me dixo: hijo mio, estoi impaciente hasta veros esposo de Gabriela; de aqui á ocho dias lo mas tarde lo seréis.

CAPÍTULO II.

CON QUÉ CASUALIDAD SE ACORDÓ GIL BLAS DE D. ALFONSO DE LEIVA, Y DEL SERVICIO QUE LE HIZO.

Dexemos por un tanto mi casamiento. El órden de mi historia lo exîge y pide que cuente el servicio que hice á Don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y vé aqui por qué causa me acordé de él.

Vacó por este tiempo el gobierno de Valencia, y habiéndolo sabido pensé en que se diese á D. Alfonso de Leiva. Hice reflexion de que este empleo le convendria pasmosamente, y quizá no tanto por amistad como por ostentacion resolví pretenderlo para él, haciéndome el cargo que si lo obtenia me haria una honra infinita. Me dirigí pues al duque de Melar, y le dixe que habia sido mayordomo de D. César de Leiva y su hijo, y que teniendo todo motivo de serles agradecido, tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese para el uno ó para el otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió: con mucho gus-

to, Gil Blas, yo me alegro de que seas generoso y agradecido. Por otra parte yo estimo esa familia de quien me hablas. Los Leivas son buenos vasallos y merecen el empleo. Haz lo que quieras, yo te lo doi por regalo de bodas.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento fui sin pérdida de tiempo á casa del baron á extender las patentes para D. Alfonso. Habia un gran número de personas que con un silencio respetuoso esperaban les diese audiencia el señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé quántos caballeros, comendadores y otros sugetos de calidad, á quienes el baron de Roncal oía por su órden. Era cosa de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacerles á lo mas una ligera inclinacion de cabeza; á los otros honrándolos con una reverencia, los conducia hasta la puerta de su gabinete, poniendo ciertos grados de consideracion en los cumplimientos que hacia. Por otra parte se conocia que algunos de aquellos sugetos, ofendidos del poco caso que hacia de ellos, maldecian en lo interior de su alma la ne-

cesidad que les obligaba á humillarse delante de aquel fantasma. Otros ví que por el contrario se reían interiormente de su aire fátuo y presumido. Por mas que yo observase estas cosas nunca fui capaz de aprovecharme de ellas. Tenia el mismo porte en mi casa, y se me daba poco se aprobasen ó vituperasen mis modos orgullosos siempre que fuesen respetados.

El baron habiendo por acaso puesto los ojos en mí dexó con precipitacion á un hidalgo que le hablaba y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡Ah, amado compañero mio! exclamó, ¿qué negocio me facilita el gusto de ver á vmd. aqui? ¿En qué puedo servir á vmd.? Díxele el asunto á que iba, y en su conseqüencia me aseguró con los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su política no paró aqui; me acompañó hasta la puerta de su antesala, lo que jamas hacia sino con señores grandes, y alli me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios? decia yo en el camino. ¿Qué me anuncian? ¿Podrá ser que este hombre medite mi

pérdida, ó presagiando que declina su favor quiera ganar mi amistad y tenerme de su parte con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia en quál de estas conjeturas fixarme. Quando volví el dia siguiente me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentaron. Trató mal de palabras á los unos, á los otros los echó con frialdad, de modo que á casi todo el mundo disgustó; pero se vengaron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió, la qual no debo dexar en silencio, siendo un aviso al lector, covachuelistas y secretarios que lo lean.

Habiéndose acercado al baron un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al duque de Melar. El baron no solo no miró al caballero, sino que le dixo con tono áspero: ¿cómo se llama vmd., amigo? En mi niñez me llamaba Frasquito, le respondió á sangre fria el tal; despues me han llamado D. Francisco de Zúñiga, y hoi me llamo el conde de Pedrosa. El baron espantado de esto, y viendo que

trataba con un hombre de la primera distincion quiso excusarse, y dixo: señor, perdone V. S. si no conociéndole.... Yo no quiero tus excusas, interrumpió con altivez el Frasquito; tanto las desprecio como tus impolíticas. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda suerte de personas. Sé mui en hora buena tan fantástico que te mires como el substituto de tu amo; pero no olvides que eres su criado.

Este incidente mortificó mucho al soberbio baron, y no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí saqué fruto del caso. Resolví cuidar de saber con quién hablaba en mis audiencias, y de no ser insolente sino con los mudos. Como las patentes de D. Alfonso estaban expedidas las envié con un correo ordinario á este señor, con carta del duque de Melar en que le avisaba S. E. que el rei lo habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo á boca, y de causarle esta agradable sorpresa quando viniese á la corte á prestar el juramento.

CAPÍTULO III.

DE LOS PREPARATIVOS QUE SE HICIERON PARA EL CASAMIENTO DE GIL BLAS, Y DEL GRANDE ACONTECIMIENTO QUE LOS INUTILIZÓ.

Volvamos á mi bella Gabriela: dentro de ocho dias me habia de casar con ella. Por ambas partes se preparaba esta ceremonia: Salero compró vestidos ricos para la novia, y yo le busqué una doncella de labor, un lacayo y viejo escudero; todo lo qual se eligió por Scipion, que esperaba todavia con mas impaciencia que yo el dia en que debian entregarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con toda la parentela. Hice perfectamente el papel de un yerno hipocrita. Hice mil favores al platero y su muger. Me fingí apasionado con Gabriela, agasajé toda la familia, á quien escuché sin impacientarme sus discursos baxos y razonamientos aldeanos; y asi en precio de mi paciencia tuve la fortuna de agradar á todos los parientes. Ni uno hubo que no se alegrase de mi alianza.

Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala en donde habia dispuesto un concierto de voces é instrumentos que no lo hicieron mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Habiendo cantado muchas áreas alegres, nos pusimos de tan bello humor, que empezamos á bailar. Dios sabe lo bien que lo hicimos, pues pasé por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del marques de Chaves me habia dado un maestrillo de danza que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bien pensamos en retirarnos, en cuya ocasion prodigué las reverencias y expresiones. A Dios, mi amado hijo, me dixo Salero abrazándome; mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en buenas monedas de oro. Será vmd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Despues habiéndome despedido de la familia monté en mi coche que me esperaba en la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos quando quince ó veinte hombres, los unos á pie y los otros á caballo, armados

todos de espadas y caravinas, rodearon mi carroza, y la detuvieron gritando: favor al rei. Me hicieron baxar aceleradamente, y me pusieron en una silla volante, en donde el principal de estos personages subió conmigo, y dixo al cochero caminase ácia Segovia. Con razon juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores; quiero decir, brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dixe: quizá vmd. se haya engañado. No, no, respondió, sé que no he errado el golpe. Vmd. es el señor de Santillana, á vmd. es á quien tengo órden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos á la orilla del rio de Manzanares con un profundo silencio. En Guadarrama mudamos de caballos, y llegamos de noche á Segovia, en donde me encerraron en la torre.

CAPÍTULO IV.

DE QUÉ MODO FUE TRATADO GIL BLAS EN LA TORRE DE SEGOVIA, Y DE CÓMO SUPO LA CAUSA DE SU PRISION.

Lo primero fue ponerme en un calabozo sin mas cama que un xergon de paja, como si fuese reo digno del mayor suplicio. Pasé la noche no en la mayor desolacion, porque todavia ignoraba todo mi daño, sino repasando en mi mente qué seria lo que habria causado mi desgracia. No dudaba que fuese obra del baron; sin embargo por mas qúe lo sospechase no concebia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Melar me tratara con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habian preso á hurtadillas de S. E., y otras que este señor mismo me habia hecho prender por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Estando agitado con estas conjeturas, á favor de una luz que entraba por una pequeña reja vi todo el horror del lugar en donde me hallaba. Me afligí

entonces sin moderacion, y mis ojos se hicieron dos manantiales, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Quando estaba en la mayor afliccion vino al calabozo un carcelero que me traía para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que el rostro lo tenia bañado en lágrimas, aunque carcelero, se movió á piedad, y me dixo: señor prisionero, no desespere vmd. Las desgracias de la vida se han de sufrir con constancia. Vmd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma vmd. con gusto el pan del rei.

Diciendo esto se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en hacer uso de mis provisiones, que en el estado en que me hallaba mas me parecian un efecto de la cólera del rei que una expresion de su bondad, pues que servian mas para prolongar que para mitigar la pena de los desgraciados.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que atraxo mi atencion. Se abrió la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en

la mano, el que se acercó y me dixo: señor Gil Blas, vea vmd. uno de sus antiguos amigos. Yo soi aquel D. Andrés de Tordesillas que vivia en Granada, y que era gentil-hombre del arzobispo quando vmd. poseía el favor de aquel prelado. Vmd. le pidió, si hace memoria, un empleo en México, para el qual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias me quedé en la ciudad de Alicante. Alli me casé con la hija del capitan del castillo, y por una série de aventuras que contaré á vmd. luego, he venido á ser el alcaide de la torre de Segovia. Vmd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para mitigar el rigor de su prision. Se me ha ordenado expresamente que no dexe á vmd. hablar con nadie, que le haga acostar en el suelo, y que no le dé otra comida que pan y agua. Pero ademas de que soi caritativo, y no habia de dexar de compadecerme de sus males, vmd. me ha servido, y mi reconocimiento es antes que las órdenes recibidas. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vmd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me

sea posible. Levántese vmd., y venga conmigo.

Mi ánimo estaba tan perturbado que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus expresiones merecian muchos agradecimientos. Le seguí, me hizo atravesar un patio y subir por una escalera mui estrecha á una salita que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en dos candeleros de cobre, y dos cubiertos mui curiosos: inmediatamente, me dixo Tordesillas, se os va á traer de comer, ambos cenarémos aqui. Este quartito le he destinado para su habitacion, aqui estará vmd. mejor que en el calabozo. Vmd. verá desde su ventana las floridas orillas del Eresma y el valle delicioso que desde el pie de las montañas que separan las dos Castillas se extiende hasta Coca. Conozco que al principio no le admirará una vista tan bella, pero quando á la vivacidad de su dolor haga el tiempo que siga una dulce melancolía, tendrá gusto de divertir sus miradas con unos objetos tan agradables. Ademas de esto cuente vmd. que no le faltará ropa blanca y las otras cosas ne-

cesarias para un hombre curioso. Sobre todo tendrá vmd. buena cama, estará bien mantenido, y le daré los libros que quiera; en una palabra, todos los alivios que pueden darse á un prisionero.

Con unas ofertas tan corteses me sentí un poco sosegado, cobré ánimo, y dí mil gracias al alcaide. Le dixe que su proceder generoso me restituía la vida, y que deseaba estar en estado de manifestarle mi reconocimiento. ¡Hé! ¿por qué no lo estará vmd.? me respondió. ¿Cree vmd. haber perdido la libertad para siempre? Se engaña si lo juzga así; me atrevo á asegurar que con algunos meses de prision hará vmd. pago. ¿Qué dice vmd., señor D. Andrés? exclamé. Parece que sabe el asunto de mi infortunio. Confieso, me dixo, que no lo ignoro. El alguacil que ha traido á vmd. aqui me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que el rei informado de que vmd. y el conde de Sumel han llevado de noche al príncipe á casa de una dama de sospecha, habia desterrado al conde, y á vmd. lo enviaba á la torre de Segovia para tratarle aqui con todo el rigor que ha visto desde que vino. ¿Cómo pues, le dixe, ha

sabido esto el rei? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente. Y esto es, respondió, lo que justamente no me ha dicho el alguacil, y lo que tampoco sabe.

Estando en esto entraron muchos criados que traían la cena. Pusieron sobre la mesa pan, dos escudillas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las quales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafran, en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavipollo sobre un cuajado de berengena. Luego que vió Tordesillas que se nos habia servido lo necesario despachó sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta y nos sentamos el uno enfrente del otro. Empecemos, me dixo, por lo mas urgente; vmd. con dos dias de dieta debe tener buen apetito, y diciendo esto llenó mi plato de vianda. Creía servir un hambriento, y efectivamente tenia motivo de pensar que yo me embutiria de sus manjares. No obstante engañé su presuncion. Por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban en la boca sin poder tragarlos: tan afligido estaba mi corazon con el estado presente. Por mas

que mi alcaide para apartar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian me excitase á beber, y celebrase lo excelente de su vino, aun quando me hubiera dado nectar lo hubiera bebido sin gusto. Él lo conoció, y tomando otro rumbo principió á contarme con un estilo alegre la historia de su casamiento; pero todavia consiguió menos el fin. La oí tan distraido, que quando la acabó no hubiera podido dar fe de lo que me habia contado. Juzgó que era mucha empresa querer divertirme por aquella noche. Despues de haber acabado de cenar se levantó de la mesa y me dixo: señor de Santillana, voi á dexar á vmd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rei es bueno naturalmente, y quando se haya pasado su cólera, que se le haga presente la deplorable situacion en que creerá á vmd., le parecerá bastante castigo. Dicho esto, el señor alcaide baxó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa, se llevaron hasta los candeleros, y yo me acosté con la sombria luz de una lámpara que habia en una pared.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE REFLEXÎONÓ ANTES DE DORMIRSE, Y DEL RUIDO QUE LO DESPERTÓ.

Dos horas por lo menos se me pasaron reflexîonando sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Aqui estoi, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es mui niño. Quizá el rei en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuera de mas edad. ¿Pero quién puede haber dado semejante aviso al monarca sin haber temido el resentimiento del príncipe y duque de Melar? Sin duda éste querrá vengar al conde de Sumel su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprehender es el cómo el rei ha podido descubrirlo.

Siempre venia á parar en esto. Sin embargo la idea que mas me afligia, que mas me desesperaba, y la que no podia apartar de mi imaginacion era el saqueo, al qual me imaginaba con razon que se

habian abandonado todos mis efectos. ¡Cofre mio! exclamé, ¿dónde estás? amadas riquezas mias, ¿qué ha venido á ser de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡Ai de mí, os he perdido en menos tiempo que os gané! Me pintaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexíones mui tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sumergió en una tristeza que vino á serme favorable, pues logré el sueño que la noche precedente no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron la buena cama, la fatiga que habia sufrido, los vapores del vino y de la cena. Me dormí profundamente, y segun las apariencias me hubiera amanecido asi, si no me hubiera despertado prontamente un ruido mui extraordinario para una cárcel. Oí cantar á la guitarra un hombre. Escuché con atencion, pero nada entendí. Creí que era un sueño, pero de alli á un instante volví á oir el mismo instrumento y voz que cantaba los versos siguientes:

¡Ai de mí! un año felice
parece un soplo ligero,
pero sin dicha un instante
es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia hecha expresamente para mí, irritó mis sentimientos. La verdad de estas palabras, decia, la pruebo demasiadamente. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado corriendo, y que há un siglo que estoi en prision. Volví á abismarme en un terrible desvarío, y como si antes hubiese estado gustoso principié á desconsolarme. Mis lamentos dieron fin con la noche, y los primeros rayos de sol que iluminaron la sala calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el quarto; miré al campo, cuya vista me traxo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él; pero no encontré con qué justificar lo que me habia dicho. El Eresma, que creía yo á lo menos igual al Tajo, solo me pareció un arroyo. La ortiga y el cardo eran el solo adorno de sus riberas floridas, y el pretendido valle delicioso no ofreció á mi vista sino tierras, cuya mayor parte estaban incultas. Al parecer todavia no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia presentarme las cosas de otro modo de como las veía.

Estaba á medio vestir quando llegó Tordesillas seguido de una criada anciana que me traía camisas y tohallas. Señor Gil Blas, me dixo, aqui tiene vmd. ropa blanca. No la escasee vmd.; yo cuidaré de que no le falte; y pues, añadió, ¿cómo ha pasado vmd. la noche? ¿Ha mitigado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser que durmiera todavia si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El que ha turbado su reposo, respondió, es un prisionero de estado que tiene su quarto al lado del de vmd. Es caballero del órden de Calatrava, y es de una figura amable: se llama D. Gaston de Cogollos. Si vmds. quieren pueden verse y comer juntos, y asi en sus conversaciones se consolarán mútuamente; y para ambos será de una grande complacencia. Manifesté á D. Andrés que agradecia mucho la permision que me daba de que uniese mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender que tenia impaciencia de conocer aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me procuró esta satisfaccion. Comí con D. Gaston, cuya buena cara y hermosura me sor-

prendió. Quál seria este hombre pues que ofuscó mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas brillante de la corte. Imaginaos un hombre como una pintura, uno de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaban mas que presentarse. Añadese á esto que la naturaleza, que comunmente mezcla los dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento; en una palabra, era un hombre perfecto.

Si él me gustó á mí, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque mas le supliqué no dexase de cantar por mí, temiendo incomodarme, nunca mas lo hizo de noche. Dos personas igualmente oprimidas se unen con mucha facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la qual se fortificó de dia en dia. La libertad que teniamos de hablar quando queriamos nos fue mui útil, pues en nuestras conversaciones recíprocamente nos ayudábamos á tener paciencia.

Una siesta entré en su quarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirle mas cómodamente me senté

en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó un son mui tierno, y cantó despues unos versos que explicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Quando hubo cantado le dixe sonriéndome: señor, nunca empleará vmd. tales versos en sus galanterías, porque su persona no encontrará mugeres crueles. Vmd. me favorece, respondió: los versos que vmd. acaba de oir los compuse para ablandar un corazon que yo creo de diamante: para enternecer una dama que me trataba con un rigor extremo; y pues es preciso contar á vmd. mi historia, al mismo tiempo sabrá vmd. la de mis desgracias.

CAPÍTULO VI.

HISTORIA DE D. GASTON DE COGOLLOS Y DE DOÑA ELENA DE GALISTEO.

Presto hará quatro años que salí de Madrid para Coria por ver á mi tia Doña Leonor de Laxarilla, viuda de las mas ricas de Castilla la Vieja, y que no tiene mas heredero que á mí. Apenas llegué á su casa quando el amor vino á turbar

mi reposo. Me dió un aposento, cuyas ventanas estaban enfrente de las celosías de una señora á quien fácilmente podia ver, pues eran mui claras y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina que me encantó. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas que no podia engañarse: ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen triunfo de semejante observacion, y todavia menos correspondió á mis miradas.

Quise saber el nombre de esta peligrosa persona que tan prontamente turbaba los corazones. Supe que se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, y que poseia á algunas leguas de Coria un señorío de renta considerable: que se le presentaban freqüentemente buenos partidos; pero que su padre los despreciaba todos con el ánimo de casarla con D. Agustin de Oliguera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia la libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. Esto no me desanimó, antes bien me hizo mas enamorado, y el orgulloso placer de desbancar un rival amado qui-

zá me excitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué pues mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien intercesores á Felicia su criada para implorar su socorro. Tambien la regalé, pero estas galanterías fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas fueron crueles é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lenguage de mis ojos, recurrí á otros intérpretes; puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad. Descubrieron que su mejor amiga era una señora anciana, llamada Teodora, y que se visitaban con freqüencia. Alegre con este descubrimiento busqué á Teodora, á quien obligué con regalos á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció procurarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, y al dia siguiente cumplió su promesa.

Ya acabó mi desgracia, dixe á Felicia, pues que mis penas han excitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me dés la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad. Ella me ha interesado por vmd.; y si

pudiera hacerle felíz bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré ser de grande utilidad. No lisonjeémos á vmd.: su empresa es mui dificil. Vmd. ama á una señora cuyo corazon es de otro; ¿y qué señora? Es tan disimulada y tan orgullosa, que si vmd. por su constancia y cuidado consigue merecerla algunos suspiros, no piense que su fiereza le dé el gusto de manifestárselo. ¡Ah, mi amada Felicia! exclamé con dolor, ¿para qué me manifiestas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me asesinan. Engáñame y no me desesperes. Dicho esto tomé una de sus manos y se la apreté entre las mias, poniéndola en el dedo un diamante de trescientos doblones, y diciéndola cosas tan tiernas que la hice llorar.

Tanto la conmovió mi discurso, y tan contenta quedó con mi generosidad, que no quiso dexarme sin consuelo, y allanando un poco las dificultades me dixo: señor, lo que acabo de decir á vmd. no debe quitarle toda la esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á la casa á ver con libertad á su prima. La habla quando quiere, y

esto es lo que á vmd. es mas favorable. La costumbre que tienen de estar juntos siempre, hace su trato un poco lánguido. Me parece que se separan sin pena y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que estan ya casados. En una palabra, no me parece que mi ama tiene una pasion violenta á D. Agustin. Por otra parte hai mucha diferencia de las prendas personales de él á las de vmd., cuya particularidad se debe observar mediando una señorita tan delicada como Doña Elena. No pierda vmd. ánimo; continúe sus galanteos, yo no dexaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vmd. hace para agradarla, y por mas que disimule, yo descifraré sus sentimientos.

Despues de esta conversacion, Felicia y yo nos separamos mui satisfechos el uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar en secreto á la hija de Don Jorge; la dí una música, en la qual una bella voz cantó los versos que vmd. ha oido. Despues del concierto, la criada para sondear á su ama, la preguntó si se habia divertido. La voz, dixo Doña Elena, me ha gustado. ¿Y las palabras que ha cantado no son mui penetrantes?

De eso es, dixo la señora, de lo que no he hecho caso alguno.

Solo he atendido al canto, y absolutamente no he hecho aprecio de los versos, ni se me da nada no saber quién me ha dado esta música. Segun eso, exclamó la criada, el pobre D. Gaston de Cogollos está mui lejos de su aprecio, y es mui loco en pasar su tiempo mirando nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dixo el ama friamente. Será algun otro caballero que con este concierto viene á declararme su pasion. Perdone vmd., respondió Felicia, está mui engañada, es el mismo D. Gaston; porque esta mañana se ha acercado á mí en la calle y me ha suplicado diga á vmd. de su parte que la adora, á pesar de los rigores con que paga su amor, y que en fin se tendrá por el mas felíz de los hombres si le permitiera testificar su ternura con sus cuidados y galanterías. Este discurso, prosiguió, prueba mui bien que no me engaño.

La hija de D. Jorge mudó al instante de semblante, y mirando á su criada severamente la dixo: ¿cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esta impertinente conversacion? Que no te

suceda mas el venirme á hacer semejantes narrativas. Y si ese temerario se atreve todavia á hablarte, te mando le digas que se dirija á una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia en sus ventanas observando lo que hago en mi aposento.

La segunda vez que ví á Felicia me contó fielmente todas las circunstancias de esta conversacion, y queriendo persuadirme á que mis asuntos iban en mejor estado, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pie de la letra. Por lo que á mí toca, que no esperaba fineza ni creía se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfié de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta, y me dixo: señor mio, escriba vmd. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado. Píntela vivamente sus sufrimientos, y sobre todo quéjese de la prohibicion que le hace de que se asome á sus ventanas. Ofrezca vmd. la obediencia; pero asegúrela que le costará la vida; pinte vmd. esto como lo saben hacer los hombres, y yo me encargo de lo demas. Espero que las resultas

no desmentirán mi penetracion.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan bella ocasion de escribir á su dama no la hubiera aprovechado: compuse una carta de las mas patéticas. Antes de cerrarla la mostré á Felicia, quien despues de haberla leido se sonrió y me dixo: que si las mugeres sabian el arte de preocupar á los hombres, en recompensa no ignoran ellos el de cautivar las mugeres. La criada tomó el villete asegurándome que si no producia buen efecto no estaria la culpa en ella; despues me encargó tuviese cuidado de cerrar mis ventanas por algunos dias, y se volvió á casa de D. Jorge.

Señora, dixo á Doña Elena quando llegó, he encontrado á D. Gaston. Se ha acercado á mí, y me ha tenido algunos discursos lisonjeros; me ha preguntado temblando y como un reo que espera la sentencia si habia hablado á vmd. de su parte. Yo en cumplimiento de vuestras órdenes le he cortado ásperamente su palabra; me he desatado contra él, lo he llenado de injurias, y le he dexado aturdido con mi insolencia. Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas desembarazado de ese importuno; pero

no era necesario hablarle brutalmente. Siempre es bueno que una doncella tenga dulzura: señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se despacha con palabras suaves, ni tampoco se consigue este fin siempre con furores y precipitaciones. D. Gaston, por exemplo, no se ha desanimado. Despues de haberle llenado de injurias, como he dicho á vmd., fui á casa de la parienta de vmd., á donde me enviaba. Esta señora, por mal de mis pecados, me ha detenido mucho tiempo. Digo mucho tiempo, porque á la vuelta me he encontrado á mi hombre. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua siempre pronta no ha podido pronunciar una palabra. Pero y entretanto ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi desórden, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y ha desaparecido en un momento.

Diciendo esto sacó del seno mi carta, la qual dió en tono de chanza á su ama; ésta la tomó como por divertirse, la leyó con cuidado, y despues hizo la reservada. En verdad, Felicia, dixo con un aire serio á su criada, eres una atur-

dida y una loca en haber recibido este villete. ¿Qué puede pensar de esto Don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad, y á él la sospecha de que soi sensible á su pasion. ¡Ai de mí! Puede ser crea él en este instante que leo y releo con gusto sus líneas. Vé aqui á qué vergüenza expones mi soberbia. De ninguna manera, señora, la respóndió la criada, él no puede tener ese pensamiento, y caso que lo tuviera le habia de durar poco. Le diré la primera vez que le vea que he mostrado á vmd. su carta, y que la ha mirado con frialdad, y que en fin sin leerla la ha hecho pedazos con un frio desprecio. Libremente puedes asegurarle, dixo Doña Elena, que no la he leido; me seria de grande embarazo si tuviera que decirle solo dos palabras. La hija de Don Jorge no se contentó con hablar de esta suerte, sino que desgarró mi villete, y prohibió á su criada que la hablara mas de mí.

Como habia prometido no galantearla desde mis ventanas, pues que mi vista la desagradaba, las tuve cerradas por muchos dias para que mi obediencia fue-

ra de mas aprecio; pero en defecto de las que se me habian vedado me preparé para dar nuevas músicas á mi cruel Elena. Habiendo una noche llevado músicos baxo su balcon llegó un caballero con espada en mano, turbó el concierto dando golpes á un lado y á otro sobre los músicos, quienes inmediatamente se huyeron. El furor que animaba á este atrevido excitó el mio. Me arrojé á él para castigarle, y principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por entre las celosías, y ven dos hombres que se pelean. Dan grandes gritos, hacen que se levante D. Jorge y sus criados; estos se levantan inmediatamente, y acuden como muchos vecinos para separar los combatientes, pero llegaron mui tarde. Solo encontraron en el sitio un caballero nadando en su sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia donde se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y particularmente Doña Elena, que entonces descubrió el fondo de su corazon. Su disimulo cedió al sentimiento; y

ya ¿lo creerá vmd.? no era aquella señorita que tanto se preciaba de parecer insensible á mis cortejos. Era una tierna amante que se abandonaba sin reserva á su dolor: el resto de la noche lo pasó llorando con su criada y maldiciendo á su primo D. Agustin, á quien creían autor de sus lágrimas, como en efecto él fue quien interrumpió la música tan desagradablemente. Era tan disimulado como su prima, y aunque habia conocido mis intenciones nada dixo, é imaginando que ella correspondia, habia hecho esta accion tan vigorosa para mostrar que era menos sufrido que lo que se creía. No obstante este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegria que le siguió. Aunque mi herida era peligrosa la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavia no salia yo quando Doña Leonor mi tia buscó á D. Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso quanto que entonces miraba á D. Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija podria tener repugnancia en casarse conmigo á causa de que el primo Oliguera habia tenido

la libertad de verla mucho tiempo para hacerse amar: pero se manifestó tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aqui podemos concluir que en España como en todas partes los recien venidos son mas apreciables á las mugeres.

Luego que pude hablar á solas con Felicia supe hasta qué extremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi combate. De modo que no dudando ser el Páris de mi Elena, bendecia mi herida pues que habia tenido tan buenas conseqüencias para mi amor. Obtuve del señor D. Jorge permiso de hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué dulce fue esta conversacion para mí! Tanto supliqué y de tal manera precisé á la señora que me dixese si su padre violentaba su afecto concediéndomela, que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta graciosa confesion no pensé mas que en agradarla é imaginar galanterías hasta el dia de las bodas, que debian celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y las cercanías se preparaban para lucir.

Dí una gran comida en una casa de

recreo que tenia mi tia en las puertas de la ciudad por el lado de Monroi. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia preparado por mi órden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de comediantes de aldea para que representaran una comedia. En medio del festin me dixeron que un hombre queria hablarme de un negocio mui importante. Me levanté de la mesa y fui á ver quién era. Encontré un desconocido que me pareció un ayuda de cámara. Me presentó un villete, que contenia estas palabras: "Si estimais vuestro honor, „ como lo debe un caballero de vuestra „ órden, no dexeis mañana por la maña„ na de ir á la llanura de Monroi. Alli „ encontraréis un hombre que quiere sa„ tisfaceros la ofensa que os ha hecho, y „ poneros, si puede, fuera de estado de casaros con Doña Elena." = D. Agustin de Oliguera.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el honor tiene todavia mas. Este villete no lo pude leer con corazon tranquilo. Al solo nombre de D. Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obli-

gaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de escaparme de la compañía para ir á buscar inmediatamente á mi enemigo. No obstante me contuve temiendo turbar la fiesta, y dixe al que me habia traido la carta: amigo mio, vmd. puede decir al caballero que lo envia que deseo infinito combatir con él, por cuyo motivo mañana antes de salir el sol estaré en el sitio que me cita.

Despues de haber despachado el mensagero con la respuesta, volví con mis convidados y me senté á la mesa, en donde disimulé tanto que ninguno sospechó lo que me pasaba. Lo restante del dia aparenté estar ocupado como los otros en la diversion de la fiesta, la qual dió fin á la media noche. La comitiva se separó, y cada qual entró en la ciudad como habia salido. Yo me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otra cosa que por encontrarme mas pronto en el sitio de la cita. En lugar de acostarme esperé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo al campo como paseándome. Caminé ácia Monreal,

en cuya llanura descubrí un hombre á caballo, que corria ácia mí á rienda suelta; yo corrí á él para ahorrarle la mitad del camino: bien presto nos encontramos, y ví que era mi rival. Caballero, me dixo con insolencia, con disgusto vengo á pelear segunda vez con vmd.; pero la culpa es suya. Despues de la aventura de la música vmd. debió renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que si vmd. persistia en el designio de agradarla nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensoberbecido, le respondí, por una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la obscuridad de la noche. Vmd. debe ignorar que las armas son variables. No lo son para mí, replicó con arrogancia, y voi á hacer ver á vmd. que así en el dia como en la noche sé castigar los atrevidos que siguen mis pasos.

A este orgulloso discurso solo respondí echando pie á tierra, lo qual hizo tambien D. Agustin. Atamos nuestros caballos á un árbol, y principiamos á pelear con igual vigor. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas mejor que yo, no obstante de llevar dos años

de enseñanza. Él estaba perfeccionado en la esgrima, y asi no podia exponer mi vida á mayor peligro. Sin embargo como de ordinario sucede que el mas fuerte es vencido por el mas flaco, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su habilidad, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde dixe lo que habia pasado á mi ayuda de cámara, cuya fidelidad me era conocida. Díxele despues: mi amado Ramiro, antes que la justicia pueda saber el caso toma un buen caballo y vé á informar á mi tia del suceso: pídela de mi parte oro y joyas, y ven á juntarte conmigo á Plasencia. En la primera hostería como se entra en la ciudad me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta exâctitud, que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Me dixo que Doña Leonor mas se habia alegrado que afligido de un combate que repararia la afrenta que habia recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y piedras que tenia para que viajara alegremente por los países extrangeros mientras que ella componia mi negocio.

Omitiendo las circunstancias supér-

fluas diré que atravesé Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia, y me embarqué en Dénia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de reconocer las cortes y presentarme con decencia.

Quando lejos de mi Elena pensaba yo engañar mi amor y tristeza lo mas que me fuera posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones que su familia hacia contra mí por la muerte de Oliguera, por el contrario deseaba que una pronta compostura las hiciese cesar y aligerar mi vuelta. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia hubiera triunfado siempre del tiempo si solo hubiera tenido que combatir con éste; pero tenia todavia enemigos mas poderosos. D. Blas de Convados, hidalgo de Galicia, vino á Coria á recoger una rica herencia que le habia sido disputada en vano por D. Miguél de Caprara su primo, y se habia establecido en este país por haberlo encontrado mas agradable que el suyo. Convados era bien hecho, parecia dulce y político, siendo al mismo tiempo el mas insinuante. Presto tomó conocimiento de todas las gentes decentes de la ciudad y de los ne-

gocios de los unos y los otros.

No ignoró mucho tiempo que Don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia inflamar los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver una señora tan temible, y habiendo buscado para este efecto la amistad de su padre, supo ganarla tan bien, que el viejo le miró ya como yerno, y le dió entrada en su casa con la libertad de hablar en su presencia á Doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse; esto era inevitable: se declaró con D. Jorge, quien le dixo que convenia en su pretension; pero que no queria precisar su hija, y que asi la dexaba señora de la eleccion. En conseqüencia de esto D. Blas puso en uso todas las galanterías que le fueron imaginables para agradarla; pero estaba tan preocupada conmigo, que no fue escuchado. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel caballero, habiéndola obligado con regalos á contribuir á su amor, y asi empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones, y con todo en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena sin poder hacerla infiel.

Viendo Convados que D. Jorge y Felicia se interesaban en vano por él les propuso un expediente para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aqui, les dixo, lo que he pensado: supondrémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la qual despues de haber hablado largamente de las cosas concernientes al comercio, se leerán las palabras siguientes: "Poco tiempo hace »que llegó á la corte de Parma un caba»llero español, llamado D. Gaston de »Cogollos. Dice que es sobrino y único »heredero de una viuda rica que vive en »Coria con el nombre de Doña Leonor »de la Xarilla: éste pretende la hija de »un señor poderoso; pero no quieren »aceptar hasta haberse informado de la »verdad; y á mí se me ha encargado »me dirija á vmd. Dígame, le suplico, »si conoce á este D. Gaston, y en qué »consisten los bienes de su tia. La res»puesta de vmd. decidirá este casamien»to. Parma y &c."

Esta trampa pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados; la criada todavia menos escrupulosa que el buen hombre la aprobó mucho.

La invencion les pareció tanto mejor quanto que conocian la fiereza de Elena, la qual como no sospechara la picardía era capaz de tomar partido en la misma hora. D. Jorge tomó á su cargo el anunciarla por sí mismo mi mudanza, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la pretendida carta. Executaron el proyecto como lo habian formado. El padre con una emocion que aparentaba cólera y despecho la dixo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita éntre en nuestra familia el matador de D. Agustin, y hoi tengo otra razon mas fuerte para apartarte de D. Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel. Él es un voltario, un pérfido: vé aqui una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esta carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. La asustada Elena tomó el supuesto papel, pasóle por la vista, exâminó todos los términos, y quedó oprimida con la nueva de mi inconstancia. Un sentimiento de ternura la hizo derramar algunas lágrimas despues; pero presto recobrando su fiereza las enxugó, y dixo á

su padre con tono firme: señor, vmd. acaba de ser testigo de mi flaqueza, séalo vmd. tambien de mi victoria. Esto es hecho; D. Gaston me es ya despreciable, en él solo veo el mas indigno de todos los hombres. Nada mas hablemos. Vamos, no tengo que mirar, dispuesta estoi á seguir á D. Blas hasta el altar. Oxalá que mi himenéo preceda al de aquel pérfido que tan mal ha correspondido á mi amor. D. Jorge transportado de alegria al oir estas palabras abrazó á su hija, alabó la vigorosa resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del felíz suceso de la extratagema se dió prisa á concluir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á Doña Elena. Esta se entregó precipitadamente á Convados, sin querer dar oidos al amor que la hablaba por mí en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una apasionada. La orgullosa solo escuchó á su presuncion. El resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura superó al interes de su amor. Sin embargo pocos dias despues de su casamiento tuvo algunos remordimientos de haberlo preci-

pitado: se la previno que la carta del mercader podia haber sido fingida, cuya sospecha la inquietó; pero el cariñoso D. Blas no daba lugar á que su muger abrigase ideas contrarias á su reposo. No pensaba mas que en divertirla, y lo conseguia por una sucesion continua de placeres diferentes, teniendo el arte de inventarlos.

Se manifestaba gustosa con un esposo tan amable; vivian perfectamente unidos quando mi tia compuso mi negocio con los parientes de D. Agustin, cuyo aviso recibí en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio en la Calabria ulterior. Pasé á Sicilia, de alli á España, y con las alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor que no me habia escrito el casamiento de la hija de D. Jorge me lo dixo á mi llegada; y observando que me afligia dixo: haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sensible á la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Creeme, destierra de tu corazon y memoria una persona que no es digna de ocupar tu voluntad.

Como mi tia ignoraba que se habia engañado á Doña Elena, tenia razon de hablarme asi, y no podia darme consejo

mas discreto; asi prometí seguirlo, ó á lo menos afectar un aire indiferente ya que no era capaz de vencer mi pasion. No pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia compuesto aquel casamiento. Para instruirme resolví ver á la amiga de Felicia; es decir, á la señora Teodora, de quien ya he hablado. Fui á su casa, en donde por casualidad encontré á Felicia, la que estando mui agena de verme se turbó y quiso salir por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve: ¿porqué huyes de mí? ¿No se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Te ha prohibido oir mis quejas? ¿Tú huyes solamente por hacer mérito con la ingrata de haber rehusado oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde: no puedo ver á vmd. sin sentirme despedazada con mil remordimientos. Mi ama ha sido seducida, y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á vmd.? ¡Ah cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿qué me dices? Explícate con mas claridad. La criada entonces me

contó circunstanciadamente la extratagema de que se habia servido Convados para robarme á Doña Elena; y habiendo percibido que su narracion me afligia mucho se esforzó para consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama, me prometió desengañarla; y en una palabra, no escasear nada para endulzar el rigor de mi hado: en fin me dió esperanzas que mitigaron un tanto mis penas.

Dexando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme, sin embargo lo consiguió. Resolvieron entre ellas que entraria secretamente en casa de D. Blas la primera vez que éste saliera para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en donde se estaba por lo comun un dia ó dos. Este designio se executó de alli á poco; el marido partió para el campo, cuya noticia me advirtieron, é introduxeron en el aposento de su muger.

Quise principiar con reprensiones, pero se me cerró la boca. Es inútil traer á la memoria lo pasado, dixo la señora; aqui no se trata de enternecer-

nos el uno al otro, y vmd. se engaña si me cree dispuesta á lisonjear su afecto. Yo declaro á vmd., D. Gaston, que no he dado mi consentimiento para esta secreta conferencia, ni he cedido á las instancias que se me han hecho por otra cosa que por decir á vmd. de viva voz que no debe en adelante pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte si ésta se hubiera unido á la de vmd.; pero pues que el cielo lo ha ordenado de otro modo, quiero obedecer sus mandatos.

¿Pues qué, señora, la respondí, no basta con haberos perdido, y con ver al felíz D. Blas poseer tranquílamente la única persona que soi capaz de amar? ¡Es preciso que ademas os destierre de mi pensamiento! ¡Vmd. quiere quitarme mi amor y el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais sea posible vuelva á recobrar su corazon un hombre á quien lo robasteis? Conoced mejor cómo obrais, y no me exhorteis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cese vmd. tambien de esperar que tenga ningun agradecimiento á su pasion. Solo una palabra tengo que decir á vmd.: la

esposa de D. Blas no será cortejo de Don Gaston ; obre vmd. sobre este supuesto. Retírese vmd., añadió. Acabemos prontamente una conversacion que me repruebo á pesar de la pureza de mis intenciones, y que juzgaria culpable si la prolongase.

Al oir estas palabras que me quitaban toda esperanza, caí á los pies de la dama. La hablé con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla ; pero todo esto no sirvió mas que de excitar acaso algunos sentimientos de piedad, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que fueron sacrificados á su obligacion. Despues de haber agotado infructuosamente las expresiones tiernas, las súplicas y las lágrimas, mi ternura se mudó de repente en furor : saqué mi espada para atravesarme en presencia de la inexôrable Elena, quien apenas percibió mi accion, quando se arrojó sobre mí para precaver las conseqüencias. Deteneos, Cogollos, me dixo : ¿ és este el modo que teneis de mirar por mi reputacion ? Quitándoos asi la vida vais á deshonrarme y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion en que me halla-

ba, lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en engañar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi mano funesta, lo qual sin duda hubiera conseguido fácilmente si D. Blas, que habia sido advertido de nuestra conferencia, y que en lugar de ir al campo se habia ocultado tras de una tapicería para oir nuestra conversacion, no hubiera venido corriendo á unirse á ella. Señor D. Gaston, exclamó deteniéndome el brazo, recóbrese vmd., y no ceda cobardemente al furor que le agita.

Yo interrumpí á Convados diciéndole, ¿es vmd. quien me aparta de mi resolucion? Vmd. que deberia mas bien darme de puñaladas. Mi amor aunque desgraciado os ofende. ¿No es suficiente delito que me hayais sorprendido de noche en el aposento de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para excitar la venganza? Heridme para libraros de un hombre que no puede dexar de adorar á Doña Elena mientras viva. Es en vano, me respondió D. Blas, que vmd. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda vmd. de su temeridad; y yo quedo

tan gustoso con los sentimientos virtuosos de mi esposa, que la perdono la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creedme, Cogollos, añadió, no os desespereis como un flaco amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estos y otros semejantes discursos calmó poco á poco mi furor y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid. Allí no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que en el de mi fortuna, principié á presentarme en la corte y á ganar amigos; pero he tenido la desgracia de estrecharme con el marques de Larrevilla, gran señor portugués, el qual habiéndose sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles, está hoi en el castillo de Alicante. Como el duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de aquel señor, me ha hecho prender y conducir aqui. El ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto, cuyo ultraje es el mayor para un hombre noble y castellano.

Aqui cesó de hablar D. Gaston, y yo

le consolé diciendo: señor caballero, el honor de vmd. no puede recibir ninguna lesion en esta desgracia, la qual en lo sucesivo sin duda servirá á vmd. de provecho. Quando el duque de Melar se instruya de su inocencia no dexará de darle un empleo considerable para restablecer la reputacion de un hidalgo acusado de traicion injustamente.

CAPÍTULO VII.

SCIPION VA Á LA TORRE DE SEGOVIA Á VER Á GIL BLAS, Y LE DA MUCHAS NOTICIAS.

Tordesillas que entró en la sala interrumpió nuestra conversacion diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar á un hombre que se ha presentado en la puerta de la prision. Me ha preguntado si estaba vmd. preso, y habiéndole rehusado la respuesta, me ha dicho llorando: noble alcaide, no desprecie vmd. mi humilde súplica, dígame si el señor de Santillana está aqui. Soi su primer criado, y si me permite verle, en ello hace una caridad. En Segovia pasa vmd. por un hidalgo humanísimo, espero que vmd.

no me rehuse la gracia de hablar un instante á mi amado amo, que es mas desgraciado que culpado. En fin, continuó D. Andrés, este mozo me ha manifestado tanto deseo de hablar á vmd., que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el único gusto que me podia dar era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas mui importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba que fuese él; y á la verdad no me engañaba. Á la tarde se le hizo entrar en la torre, y su alegria que solamente podia igualar á la mia, rompió al verme con arrebatos extraordinarios. Yo con el gozo que sentí al verle le eché los brazos, y él me apretó entre los suyos sin etiqueta. Tal fue el gusto que tuvieron en verse el amo y el secretario, que se confundieron con este abrazo.

Luego que nos separamos un poco, pregunté á Scipion en qué estado habia dexado mi casa. Ya no tiene vmd. casa, me respondió; y para excusar á vmd. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas voi á decir en dos palabras lo

que se ha hecho de ella. Sus efectos han sido saqueados tanto por los ministros como por los criados de vmd., los quales mirándole ya como un hombre enteramente perdido, á cuenta de sus salarios han tomado quanto han podido. La fortuna fue que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos sacos de doblones de á ocho que saqué del cofre y puse en seguridad. Salero á quien he hecho depositario de ellos los entregará quando salga vmd. de la torre, en donde no creo sea vmd. pensionario de S. M. mucho tiempo, habiendo sido preso sin la intervencion del duque de Melar.

Pregunté á Scipion de dónde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡Ah! ciertamente, me respondió, de esto estoi mui instruido, pues uno de mis amigos, confidente del duque de Duzae, me ha contado las circunstancias todas de su prision. Me ha dicho que el baron de Roncal habiendo descubierto por medio de un criado que la señora Sirena baxo otro nombre recibia de noche al principe, y que el conde de Sumel dirigia esta intriga por medio del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su cortejo, para

cuyo logro se dirigió secretamente al duque de Duzae y se lo descubrió todo. Este habiéndose alegrado de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dexó de aprovecharla. Informó al rei de lo que se le habia dicho, y le hizo presente con viveza los peligros á que el príncipe se habia expuesto. Esta noticia habiendo excitado la cólera de S. M. hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena, desterró al conde de Sumel, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea vmd. aqui, prosiguió Scipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya vé vmd. que su desgracia es obra del duque de Duzae, ó mas bien del baron de Roncal.

Este discurso me hizo creer que con el tiempo podrian restablecerse mis negocios; que el duque de Melar picado del destierro de su sobrino todo lo pondria en movimiento para hacerlo venir á la corte, y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consoló de la pérdida de mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo de estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá

habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía razonaba del modo siguiente. Los partidarios del primer ministro son Don Fernando de Xabro, el P. Gerónimo de Renciaflo, y sobre todo Fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rei. Con el socorro de estos poderosos amigos S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está mui enfermo, y luego que muera, el príncipe su hijo volverá á traer al conde de Sumel; éste me sacará inmediatamente de aqui, me presentará al nuevo monarca, quien para compensar las penas que he sufrido me llenará de beneficios. Lleno asi de los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos sacos que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyeron para mi pronto consuelo tanto como la esperanza.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, lo qual le testifiqué ofreciéndole la mitad del dinero que habia preservado del pillage, y lo rehusó, Espero de vmd., me dixo, otra se-

ñal de reconocimiento. Espantado tanto de su discurso como de que rehusara la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separemos, me respondió, sufra que úna mi fortuna á la suya; jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á vmd. Y yo, hijo, le dixe, puedo asegurar que te correspondo. Desde la hora que te ofreciste para servirme me agradaste: posible es que ambos hayamos nacido baxo los signos de Libra ó Géminis, que á lo que se dice son las dos constelaciones que unen los hombres. Acepto gustoso la compañía que me propones, y para dar principio voi á suplicar al señor alcaide te encierre conmigo. Será de mi gusto, exclamó: vmd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pidiese esta gracia, pues su compañía me es mas apreciable que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á oler en la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda ser á vmd. favorable: de modo que en mí juntamente tendrá vmd. confidente, correo y espia.

Eran mui considerables estas ventajas para privarme de ellas. Retuve pues conmigo un hombre tan útil con permi-

so del generoso alcaide, que no me quiso rehusar un tan dulce consuelo.

CAPÍTULO VIII.

DEL PRIMER VIAGE QUE HIZO SCIPION Á MADRID, QUÁL FUE EL MOTIVO Y EL SUCESO: GIL BLAS CAE ENFERMO: RESULTAS DE SU ENFERMEDAD.

Aunque comunmente decimos que no hai enemigos mayores que nuestros criados, no hai duda que quando son fieles y apasionados son nuestros mejores amigos. El zelo que Scipion habia manifestado por mí me hacia mirarle como á mi misma persona. Asi ya no hubo subordinacion entre Gil Blas y su secretario, ni mas etiqueta. No tuvieron mas que un quarto, una cama y una mesa.

La conversacion de Scipion era mui jocosa, y justamente se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era hombre de juicio, y me hallaba bien con sus consejos. Un dia le dixe: amigo mio, me parece que no seria malo escribir al duque de Melar; esto no puede producir mal efecto. ¿Quál es tu dictámen? Bien, respondió; pero los

grandes se mudan tanto de un momento á otro, que no sé cómo se recibiria vuestra carta: soi de parecer que de todos modos se escriba, pero con maña. Aunque el ministro le estima no se descuide por esta amistad de excitar su memoria. Esta suerte de protectores fácilmente olvidan á aquellos de quienes no oyen hablar.

Aunque esto es mui cierto, le repliqué, yo juzgo mejor de mi patron. Su bondad me es conocida; estoi persuadido que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. Al parecer para sacarme de la prision espera que se apacigüe la cólera del rei. Sea en hora buena, respondió, yo me alegraré que el juicio que vmd. hace de S. E. sea verdadero. Implore vmd. su socorro por una carta mui tierna: yo se la llevaré, y prometo dársela en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de eloqüencia, que á Scipion pareció patética, y que Tordesillas hizo superior á las mismas homilías del arzobispo de Granada.

Me lisonjeaba yo de que el duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable esta-

do en que no estaba ; con esta confianza hice partir mi correo, el qual apenas hubo llegado á Madrid quando fue á casa del ministro. Encontró uno de mis amigos ayuda de cámara, le facilitó ocasion de hablar al duque; señor, dixo Scipion á S. E. presentándole el pliego que llevaba, uno de vuestros mas fieles criados, el qual duerme en un xergon en un obscuro calabozo de la torre de Segovia, suplíca á V. E. mui humildemente lea esta carta, que de lástima le ha facilitado medio de escribirla un guarda de la cárcel. El ministro la abrió y pasó por la vista; pero aunque viese en ella un retrato capaz de enternecer el alma mas dura, lejos de parecer movido levantó la voz y dixo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: amigo, diga vmd. á Santillana que es mucha osadía atreverse á dirigirse á mí despues de la indigna accion que ha hecho; y por la qual es tan justamente castigado. Es un infeliz que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rei.

Scipion con todo su desahogo quedó turbado al oir este discurso; sin embargo, á pesar de su turbacion, no dexó de

querer interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre prisionero morirá de dolor quando sepa la respuesta de V.E. El duque respondió á mi intercesor con mirarle de medio lado y volverle la espalda. Asi me trataba este ministro para ocultar mas bien la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del príncipe; y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abaxo, de quien se sirven los señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Quando mi secretario volvió á Segovia y me dixo el suceso de mi comision, caí de nuevo en el abismo de tristezas que me anegaron el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque. Mi ánimo se abatió, y por mas que se me dixo para mi consuelo todo fue inútil, sobrecogióme el pesar que insensiblemente me ocasionó una enfermedad aguda.

El señor alcaide que se interesaba en mi salud, imaginándose que para conseguirla era lo mejor llamar los médicos, me traxo dos que tenian traza de ser zelosos servidores de la diosa Libitina. Señor Gil Blas, me dixo al presentarlos,

vèa vmd. aqui dos Hipócrates que vienen á verle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia á estos doctores que certísimamente los hubiera recibido mui mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella que agradecí á Tordesillas me quisiera poner en sus manos.

Señor caballero, me dixo uno de los médicos, ante todas cosas es necesario que vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo mui cumplida, le respondí: con la asistencia de vmds. estoi seguro de quedar curado de todos mis males. Sí, respondió, lo será vmd. con la ayuda de Dios; á lo menos nosotros harémos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto estos señores se portaron maravillosamente, pues que visiblemente me conducian al sepulcro. D. Andrés desconfiado ya de mi curacion habia hecho venir un religioso de S. Francisco para que me ayudara á bien morir. El buen padre despues de haber cumplido con este empleo se habia retirado; y yo creyéndome en mi última hora hice señas á Scipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio, le dixe con

una voz casi extinguida (tal era la debilidad que me habian ocasionado las medicinas y sangrías que me habian dado), de los sacos que hai en casa de Gabriél te dexo á ti el uno, y el otro te suplico lo lleves á las Asturias á mi padre y á mi madre, quienes si todavia viven estarán necesitados. Pero, ¡ai de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el saco de doblones, suplicándoles me perdonen lo mal que los he tratado; y si se han muerto te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó en sus lágrimas sin poder responderme una palabra: tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que los llantos de un heredero no son siempre fingidos.

Esperaba pues pasar el trago; y no obstante me engañé. Habiéndome desahuciado mis doctores, y dexado campo libre á la naturaleza, por este medio me

salvaron. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme, quiso desmentirlos, y me dexó; poco á poco me restablecí con la mayor felicidad: una perfecta tranquilidad de espíritu vino á ser fruto de mi mal. Ya entonces no necesité ser consolado, antes concebí todo el desprecio de las riquezas y honores que inspira la proxîmidad de la muerte, y vuelto á mí mismo bendecia mi desgracia. Daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, y resolví firmemente no volver mas á la corte, aun quando el duque de Melar me llamase; antes bien me propuse, si salia de la prision, comprar una casa de campo y vivir en ella como filósofo.

Mi confidente apoyó mi designio, y me dixo que para acelerar la execucion pensaba volver á Madrid á solicitar mi libertad. Se me ha prevenido una cosa, añadió; conozco un sugeto que podrá sernos útil: la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento, voi á hacer que interese á su ama, y á poner todos los medios que sean imaginables para sacar á vmd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor tratamiento

siempre es prision. Dices bien, le respondí. Vé, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esta negociacion. ¡Pluguiese al cielo estuviéramos ya en nuestro retiro!

CAPÍTULO IX.

SCIPION VUELVE Á MADRID; CÓMO Y CON QUÉ CONDICIONES PUSO Á GIL BLAS EN LIBERTAD; Á DÓNDE FUERON LOS DOS DESPUES DE HABER SALIDO DE LA TORRE DE SEGOVIA, Y LA CONVERSACION QUE TUVIERON.

Salió pues Scipion para Madrid, y yo ínterin volvia me dediqué á leer. Tordesillas me daba mas libros de los que yo queria: los tomaba prestados de un viejo comendador que no sabia leer, pero que queriendo hacerse sabio tenia una buena biblioteca. Sobre todo me agradaban las obras de moral, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjeaban la aversion que tenia á la corte, y el gusto que habia concebido por la soledad.

Pasaron tres semanas sin haber oido hablar de mi negociador, el qual volvió

en fin y me dixo mui alegre: por de pronto, señor de Santillana, traigo á vmd. buenas nuevas. La señora ama se interesa por vmd. Su criada á súplicas mias y por cien doblones que la he ofrecido ha tenido la bondad de hacerle pedir al príncipe modere vuestro castigo; y éste, que como otras veces he dicho á vmd., nada la niega, ha ofrecido pedir al rei su padre vuestra libertad. He venido con la mayor prisa á deciroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dexó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fue largo su tercer viage. Á los ocho dias ví volver á mi hombre, quien me dixo que el príncipe habia no sin trabajo obtenido del rei mi libertad; la qual desde el mismo dia me fue confirmada por el señor alcaide, quien me dixo abrazándome: mi amadó Gil Blas, gracias al cielo, vmd. está libre; las puertas de esta prision le estan abiertas; pero las condiciones con las quales se concede á vmd. esta libertad quizá le darán mucha pena y á mí el desagrado de verme en la obligacion de hacérselas saber. S. M. prohibe á vmd. se presente en la corte, y le ordena salir de las dos Cas-

tillas en el término de un mes. Me sirve de mucha mortificacion que se le prohiba á vmd. la corte. Y yo estoi mui contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso: solo esperaba del rei una gracia, y me ha hecho dos.

Asegurado pues de que ya no era prisionero hice alquilar dos mulas, en las quales salimos el dia siguiente mi confidente y yo despues de haberme despedido de Cogollos y dado millares de gracias á Tordesillas de todas las demostraciones de amistad que habia recibido de él. Tomamos alegremente el camino de Madrid para sacar del poder del señor Gabriél nuestros dos sacos, en cada uno de los quales habia quinientos doblones. Por el camino me decia mi asociado: si no tenemos dinero para comprar una tierra magnífica, á lo menos tenemos para una razonable. Yo seré felíz, le respondí, aun quando no tengamos mas que una cabaña. Habiendo apenas llegado á la mitad de mi carrera estoi tan desengañado, que solo quiero vivir para mí. Ademas de esto te digo, que me he formado de los gustos de la vida campestre una idea que me hechiza y me hace gozarlos con anticipacion. Paréceme

ya que veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos; que en tanto me divierto con la caza, y en tanto con la pesca. Imagínate, amigo mio, los diferentes placeres que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En órden al mantenimiento el mas simple será el mejor; un pedazo de pan nos satisfará quando tengamos mucha hambre, lo comerémos con un apetito que nos hará juzgarlo excelente. El deleite no consiste en los alimentos exquisitos, sino en nosotros; esto es tan cierto como que mis comidas mas deliciosas no son aquellas en que veo reinar la delicadeza y la abundancia; la frugalidad es un orígen de delicias maravillosas para la salud.

Con el permiso de vmd., señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soi enteramente de su dictámen sobre la pretendida frugalidad con que vmd. quiere obsequiarme. ¿Porqué mantenernos como los Diógenes? Aun quando comamos bien no debemos temer enfermar. Créame vmd. pues que tenemos, gracias á Dios, con qué hacer agradable nuestro retiro, no lo hagamos habita-

cion de la hambre y la pobreza. Luego que tengamos una buena hacienda es preciso proveerla de buenos vinos y de todas las otras provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dexan el comercio de los hombres por renunciar las comodidades de la vida; antes bien gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añadió, poseer uno las cosas necesarias que desearlas.

¡Qué diablos es esto, señor Scipion, interrumpí, vmd. conoce los poetas griegos! Ola, ¿en dónde ha conocido vmd á Hesiodo? En casa de un sabio, me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos le haria á vmd. un grueso volúmen; lo componia de pasages hebréos, griegos y latinos que sacaba de los libros de su biblioteca y traducia en castellano. Como era su copista he retenido no sé quántas sentencias, todas tan dignas de observarse como la que acabo de citar. Siendo asi, le repliqué, tu memoria está bien adornada. Pero viniendo á nuestro pro-

yecto, ¿en qué reino de España juzgas tú conveniente establezcamos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; alli encontrarémos sitios hermosísimos, en donde podremos pasar una vida deliciosa. Está bien, le dixe, sea asi; detengámonos en Aragon, consiento en ello: oxalá descubramos una habitacion que me suministre todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion.

CAPÍTULO X.

DE LO QUE HICIERON AL LLEGAR Á MADRID; DEL HOMBRE QUE ENCONTRÓ GIL BLAS EN LA CALLE, Y DE LO QUE SE SIGUIÓ Á ESTE ENCUENTRO.

Luego que llegamos á Madrid fuimos á hospedarnos á una pequeña posada, en la qual se habia alojado Scipion en sus viages. Lo primero que hicimos fue ir á casa de Salero á tomar nuestros doblones. Este nos recibió mui bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad, protestándome que le habia sido sensible mi desgracia, y que ella le habia disgustado de la alianza de

las gentes de la corte, cuyas fortunas estan demasiadamente en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico negociante. Vmd. ha hecho mui bien, le respondí: ademas de que este partido es mas sólido, un plebeyo que viene á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues habiendo mudado de discurso y viniendo al hecho, proseguí: señor Gabriél, háganos vmd. el favor, si gusta, de darnos los mil doblones que..... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero; el qual habiéndonos hecho pasar á su gabinete, nos mostró dos sacos, en los quales habia unos rótulos que decian: estos sacos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana. Ved aqui, me dixo, el depósito tal como se me ha confiado.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho, y mui consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los sacos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal desfalcados los cien doblones que se habian gastado en mi libertad. Ya no pensamos mas que en ponernos en estado de salir para Aragon. Mi

secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte hice la provision de camisas y vestidos. En una de las veces que iba arriba y á baxo haciendo mis compras encontré al baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana, en casa del qual se habia criado D. Alfonso.

Saludé á este caballero, quien habiéndome tambien conocido se vino á mí y me abrazó: me alegro con extremo, le dixe, de ver á su señoría en tan buena salud, y al mismo tiempo tener ocasion de saber de mis amados señores D. César y D. Alfonso de Leiva. Puedo dar á vmd. mui ciertas nuevas, me respondió, pues ambos estan actualmente en Madrid, y ademas en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar las gracias al rei de un beneficio que éste ha hecho á D. Alfonso en recompensa de los servicios que sus abuelos han hecho al estado: le han nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que haya pedido este empleo ni solicitado por otra persona. Ha sido graciosamente; lo qual prueba que nuestro monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo supiese mejor que Stein-

bach en qué consistia, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me llevó inmediatamente á su casa. Yo queria probar á D. Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavia. Lo encontré en una sala jugando al axedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me percibió dexó el juego y se vino ácia mí arrebatado, y apretándome la cabeza entre sus brazos, me dixo con un aire que manifestaba una verdadera alegria: ¡Santillana, que al fin vuelvo á verte! Estoi loco de gusto. No tengo la culpa de que nos separásemos; yo te supliqué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mi súplica. No obstante no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero despues debias haberme escrito, y quitarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado D. Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta pequeña reprension, continuó: díme lo que haces en Madrid. Al parecer tú tienes aqui algun empleo. Está persuadido á que me intereso ahora

mas que nunca en tus cosas. Señor, le respondí, no hace todavia quatro meses que ocupaba en la corte un puesto demasiado considerable. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Melar. ¡Es posible! exclamó D. Alfonso con un extremo espanto. ¡Qué! ¿Has logrado tú la confianza del primer ministro? He adquirido su favor, respondí, y lo he perdido del modo que voi á decir. Entonces le conté toda la historia, y la acabé por la resolucion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi pasada prosperidad una pobre casa de campo para tener alli una vida retirada.

El hijo de D. César, despues de haberme oido con mucha atencion, me dixo: mi amado Gil Blas, tú sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder quiero darte un bien que no podrá quitarte. Pues que estás determinado á vivir en el campo, te doi una pequeña hacienda que tenemos cerca de Liria,

distante quatro leguas de Valencia, la qual has visto tú. Este regalo lo podemos hacer sin incomodarnos. Me atrevo á decir que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina tendrá en ello verdadero gusto.

Me arrojé á los pies de D. Alfonso, quien en el momento me hizo levantar. Le besé la mano, y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dixe: señor, vuestras atenciones me llenan de complacencia; el don que vmd. me hace me es tanto mas agradable quanto que precede al reconocimiento de un favor que yo he hecho á vmd., y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador quedó un poco sorprendido de este discurso, y no dexó de preguntarme qué favor era el que le decia. Se lo dixe con todas sus circunstancias, lo qual aumentó su admiracion. Estaba mui lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mí. No obstante, no teniendo duda de ello, me dixo: Gil Blas, pues que debo á ti mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero unir á ella

dos mil ducados de pension.

Alto ahi, señor D. Alfonso, interrumpí, no despierte vmd. mi avaricia. Los bienes de nada sirven mas que de corromper las costumbres. Yo lo he probado demasiadamente. Acepto gustoso vuestra hacienda de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que yo tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de supérfluo en lo que poseo. Las riquezas solo son un cuidado viviendo en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

D. César llegó quando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegria que su hijo; y quando supo los motivos de agradecimiento que me tenia su familia, se empeñó en que habia de aceptar la pension; lo qual rehusé de nuevo. En fin el padre y el hijo me llevaron prontamente á casa de un notario, en donde hicieron la escritura de donacion que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un documento á favor suyo. Luego que estuvo el contrato finalizado me lo dieron diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, que fuese quando quisiese á tomar posesion

de ella. Despues se volvieron á casa del baron de Steimbach, y yo me fui volando á la posada, en donde llené de admiracion á mi secretario quando le dixe que teniamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo cómo lo habia adquirido. ¿Quánto puede valer esa pequeña heredad? me dixo. Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amable soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una pequeña casa situada sobre la orilla de Guadalaviar, en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un país hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, exclamó Scipion, es que tendrémos allá caza, vino de Venicarló, y excelente moscatel. Vamos, patron mio, démonos prisa á dexar el mundo y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá, pero antes es preciso dar una vuelta á las Asturias. Mi padre y mi madre estarán precisamente miserables. Quiero ir á verlos y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para re-

cibirlos en él, y si dexara de hacerlo asi seria castigado. Scipion apoyó mucho mi determinacion, y me excitó á executarla: no perdamos tiempo, me dixo, ya tengo silla volante. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, partamos quanto antes. Me es indispensable partir las delicias de mi retiro con los autores de mi vida. Presto estarémos en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en la puerta de mi casa estos dos versos latinos con letras de oro.

INVENI PORTUM. SPES ET FORTUNA
VALETE.

SAT ME LUXISTIS; LUDITE NUNC
ALIOS.

FIN DEL LIBRO IX.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

PARTIDA DE GIL BLAS PARA ASTURIAS, Y LO QUE LE SUCEDIÓ AL PASAR POR VALLADOLID.

Quando me estaba disponiendo para mi viage de Asturias con Scipion, fue el duque de Melar creado cardenal por la Santidad de Paulo V. Deseaba éste introducir el santo tribunal de la Inquisicion en el reino de Nápoles, y honró con el capelo al primer ministro del rei de España para empeñarle en lograr el consentimiento y la aprobacion de aquel monarca en tan santo intento. Los que pretendian conocer perfectamente al

nuevo cardenal hablaban de la tal creacion como suelen hablar regularmente los quejosos y los envidiosos, no menos que los que presumen de zahories y penetrativos.

Scipion, que se alegraria mas de verme en un puesto brillante de la corte que obscurecido en la soledad, me aconsejó que me presentase al nuevo purpurado. Puede ser, me dixo, que su eminencia, viéndole á vmd. fuera de la prision por órden del rei, no quiera ya fingirse irritado contra vmd., y que le vuelva á admitir en su servicio. Sin duda Scipion, respondí, te has olvidado de que solo conseguí la libertad baxo condicion de que dentro de un mes habia de salir de las dos Castillas. Fuera de eso no creas que esté ya disgustado con mi hacienda y con mi casita de Liria. Ya te lo he dicho y te lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Melar me restituyese á su gracia y me ofreciese el mismo puesto que ocupa el baron de Roncal, todo lo renunciaria. Tengo ya tomado mi partido. Quiero ir á Oviedo para ver á mis pobres padres y traérmelos conmigo á las cercanías de Valencia. Pero amigo, si tú estás arrepentido

de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que hablar: estoi pronto á darte la mitad de lo que tengo, con ello te podrás quedar en Madrid, y llevar adelante hasta donde pudieres tu fortuna.

¿Cómo asi, replicó mi secretario algo resentido de estas expresiones. ¿Es posible que vmd. haya sospechado de mí que fuese capaz de tener repugnancia á seguirle en su retiro? Esa sospecha ofende mi zelo y mi amor á su persona. Pues qué, Scipion, aquel fiel criado que por darle algun alivio en sus penas estaba resuelto á encerrarse de por vida con vmd. en el alcazar de Segovia, ¿éste tendrá repugnancia en seguirle y acompañarle en un sitio donde esperamos gozar mil delicias? No señor, no, ninguna gana tengo de desviar á vmd. de tan acertada resolucion. Quiero confesarle una treta mia: si le aconsejé que se presentase al nuevo cardenal fue únicamente para probarle y ver si todavia le quedaba alguna reliquia de ambicion. Ea pues ya que se halla vmd. tan desprendido de todo pensamiento de grandezas humanas, abandonemos prontamente la corte, y vamos luego á disfrutar aquellos inocentes y deliciosos placeres que

en la soledad nos hemos ideado.

Con efecto, poco despues partimos de Madrid en una calesa tirada de dos arrogantes mulas, gobernadas por un mozo inteligente, que tomé por criado agregándole á nuestra familia. Dormimos el primer dia en las Rozas al pie de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde sin detenerme á visitar al generoso alcaide Tordesillas proseguí mi camino á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no me pude contener sin dar un profundísimo suspiro. Observólo mi compañero y me preguntó la causa. Acuérdome, hijo, le respondí, que en Valladolid exercité la medicina; y en este mismo punto me estan despedazando los remordimientos de mi conciencia, temiendo que vengan á hacerme pedazos todos aquellos á quienes mi temeridad y mi ignorancia echaron en la sepultura. ¿Y eso le da á vmd. cuidado? replicó mi secretario. Sin duda, señor Gil Blas, que es vmd. un buen hombre. ¿Pues no vé por ahi tantos doctores ancianos y reverendos que han hecho lo mismo? ¿Y piensa vmd. que por eso tienen los mismos remordimientos? No señor, se pasean mui serenos y tranquilos,

atribuyendo á violencia del mal los accidentes funestos, y haciéndose á sí mismos grande honor de los afortunados y felices.

De ese carácter, repuse yo, era el doctor Sangredo, cuyo método seguí con la mayor fidelidad. Cada dia vivia viendo perecer veinte personas en sus manos; pero vivia tan persuadido de la excelencia de sus dos específicos universales para todo género de enfermedades; conviene á saber, las sangrías del brazo y el uso del agua, que si morian los enfermos lo atribuia siempre á que habian bebido poco ó no los habian sangrado bastante. ¡Vive Dios! exclamó Scipion dando una tremenda carcajada, que me ha citado vmd. un hombre original. Si tienes curiosidad de verle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer como esté en Valladolid y no haya muerto, lo que dudo mucho, porque ya era viejo quando le dexé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos luego que nos apeamos en un meson fue preguntar por el tal doctor. Supimos que aún era vivo, pero que ya no visitaba por motivo de su grande ancianidad, y le

habian sucedido otros tres ó quatro doctores, los quales estaban en grande reputacion por inventores de otra nueva práctica, tan perjudicial por lo menos como la de aquel. Resolvimos hacer alto el dia siguiente, ya para que descansasen las mulas, ya tambien para ver al doctor Sangredo. Dicho dia á las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino ácia nosotros con paso mui firme para un septuagenario, y nos preguntó: ¿qué queriamos de él y en qué podia servirnos? Pués qué, señor doctor, le respondí yo, ¿es posible que ya no me conoce vmd.? siendo asi que tuve la fortuna de haber sido su discípulo. ¿No se acuerda vmd. de cierto Gil Blas que en otro tiempo fue su comensal, su pasante y aun su substituto? ¿Cómo asi? me replicó dándome un abrazo. ¿Con que eres tú Santillana? Cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué te has hecho despues que nos separamos? Sin duda te habrás aplicado á la medicina. Es cierto, le respondí, que me inclinaba grandemente á ella, pero no me lo permitie-

ron muchas y graves razones.

Peor para ti, replicó Sangredo. Con los principios que sacaste de mi escuela á la hora de esta te hubieras hecho un habilísimo médico, con tal que te hubieses precavido del peligroso amor á los remedios químicos. ¡Ah, hijo mio! exclamó arrancando un doloroso suspiro. ¡Y qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años acá! Perdido há esta divina arte todo su honor y toda su dignidad. Esta ciencia, respetada de los hombres en todos los siglos, hoi está en poder de la temeridad, de la presuncion, de la ignorancia. Los hechos hablan, y presto levantarán el grito las mismas piedras contra el desórden de los que la practican: *lapides clamabunt*. Médicos, ó por mejor decir medicastros hai en esta ciudad, que como infelices esclavos del antimonio, irán arrastrando tras el carro de su triunfo: *Currus triumphalis antimonii*. Desertores de la escuela de Paracelso, idólatras, adoradores del *kermes*, curanderos de fortuna, cuya ciencia médica consiste toda en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué mas te diré? En sus métodos todo está pervertido, todo tras-

tornado. La sangría del pie, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoi se ha hecho ya de moda, y es la que solo se usa. Los purgantes antiguamente tan dulces y tan benignos, en nuestros dias se han mudado en un brevage atestado de emético y de kermes. La medicina el dia de hoi no es mas que un confuso caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja rotos los diques y despreciados los límites que sábiamente nos prescribieron nuestros primeros maestros.

Aunque estaba reventando por reir al oir aquella cómica declamacion, todavia supe contenerme, y aun hice mas. Comencé yo mismo á declamar contra el kermes, sin saber lo que significaba, y dí al diablo á los que le habian inventado, á salga lo que saliere. Advirtiendo Scipion quánto me divertia yo con las manías de mi antiguo amo y maestro, quiso contribuir tambien por su parte con algun cornadillo. Yo, señor doctor, dixo á Sangredo, soi sobrino de un hermano de mi abuelo, que era médico de la escuela antigua, y como tal pido licencia á vmd. para declararme contra los remedios químicos. Mi señor tio, que

Dios haya, era tan ciego parcial de
pócrates, que riñó muchas veces
los empíricos porque no hablaban
el debido respeto del rei de la medici
La buena sangre nunca se desmient
Con lindo gusto haria yo el oficio d
verdugo para ahorcar á esos ignorantes
novatores, de quienes vmd. se queja
con tanta justicia y con no menor eloqüencia. ¡Que desórdenes no causan en toda la sociedad civil esos miserables enemigos del género humano!

Esos desórdenes, replicó el doctor, son mayores y mas funestos de lo que vmd. piensa. De nada me sirvió publicar un libro contra esa médica carnicería; antes bien cada dia va en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacerse médicos, creen que verdaderamente lo son solo con saber ordenar kermes y emético, añadiendo sangrías del pie como se les pone en la cabeza. Adelántanse hasta mezclar kermes en las pócimas y aun en los cordiales, y cátate que ya se juzgan iguales á esos fabricantes de la nueva medicina. Ha cundido el contagio hasta dentro de los mismos claustros. Hai en ellos ciertos frailes que pretenden hacer de boticarios y de ciru-

os. Estos monos de los médicos se
ican á la química, y saben preparar
ogas perniciosas, con las quales abre-
ian la vida de sus paternidades mui
everendas. En fin se cuentan en Valladolid mas de sesenta conventos de frailes y de monjas; juzgue vmd. ahora el destrozo que hará en ellos el kermes unido al émetico y á la sangría de los pies. Señor Sangredo, dixe yo entonces, es mui justa la cólera de vmd. contra esos públicos envenenadores, yo le acompaño en ella y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan contrario al que vmd. sigue. Temo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. Quiera el cielo que este dia no aparezca mas pronto de lo que se piensa.

Aqui llegaba nuestra conversacion, quando entró en el quarto del doctor una criada vieja que le traía en una bandeja un vaso y dos garrafitas de vidrio llenas una de agua y otra de vino, juntamente con unos bollitos de leche. Tomó algunos de estos, y echando en el vaso dos partes de agua y una de

vino se le bebió. Aunque usó de esta precaucion, no por eso se libró de la reconvencion que yo le hice. Á fe, señor doctor, le dixe, que le he cogido á vmd. en el garlito. ¡Vmd. beber vino! ¡Vmd. tan declarado enemigo de él, que en los dos tercios de su vida ha bebido siempre agua! ¿De quándo acá se ha hecho vmd. tan contrario á su propia doctrina? Ni puede excusarse con su avanzada edad; pues en una parte de sus escritos define la vejez diciendo que es *una tísica natural que poco á poco nos va consumiendo y desecando*: por señas que en virtud de esta definicion hace vmd. graciosa burla de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué responde vmd. á esto?

Respondo, me dixo el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro, tu reconvencion seria justa y me argüirias bien de inconsiguiente á mi método y á mi doctrina: ¿pero no reparaste en que el vino que bebí era mui aguado? Sí señor, le respondí, lo reparé, mas eso mismo me pareció otra inconseqüencia, porque me acuerdo bien que vmd. llevó mui á mal y gruñó mucho porque el canónigo Sedillo bebió

vino, aunque era tanto ó mas aguado que ese. Confiese vmd. pues bonitica-mente que al cabo conoció su error, y que el vino no es tan pernicioso como á vmd. le parecia, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse mi doctor un poco sorprendido con esta réplica. No podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; y como la vanidad y la vergüenza no le permitian darme la razon, no sabia el pobre qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues levanté la visita, diciéndole al despedirme que se mantuviese siempre constante en hacer la guerra á los nuevos medicastros. Ánimo, señor Sangredo, le dixe, no dexe vmd. de gritar contra el kermes, ni de perseguir á sangre y fuego la sangría de los pies. Si a pesar de su zelo y de su amor por la ortodoxía médica, la alianza empírica logra arruinar la antigua disciplina, por lo menos tendrá vmd. el consuelo de haber hecho quanto estaba de su parte para mantener su crédito.

Quando mi secretario y yo nos volviamos á nuestro meson divirtiéndonos

con el gracioso y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la misma calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, con un sombrero alicaido, la cabeza torcida, los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y mui luego conocí que era el señor Manuel Ordoñez, aquel famoso administrador del hospital, de quien se hizo honorífica mencion en el tomo primero de esta historia. Abordéle con grandes demostraciones de estimacion y respeto, y le saludé diciendo: servidor del señor Manuel Ordoñez, dignísimo administrador del hospital y el hombre mas hábil del mundo para conservar la hacienda y bienes de los pobres. Al oir estas palabras alzó los ojos, miróme fixamente y me respondió con grande melosidad que queria conocerme, porque le parecia haber visto aquella cara, mas no se acordaba dónde. Respondíle que yo solia ir algunas veces á su casa en tiempo que le servia un amigo, llamado Fabricio Nuñez. Ahora caigo en cuenta, repuso el administrador con una risita falsa, por señas que los dos erais mui buenas alhajas, y que hicisteis

admirables muchachadas. ¿Y en qué ha parado el pobre Fabricio? Siempre que me acuerdo de él me tiene con cuidado su paradero.

Precisamente para darle á vmd. noticias suyas, repliqué yo, me tomé la licencia de detenerle ahora. Sepa vmd. que Fabricio está en Madrid ocupado en dar á luz varias obrillas misceláneas. ¿Qué quiere decir misceláneas? me replicó. Quiere decir que escribe sobre diferentes materias, ya en prosa, ya en verso. Compone comedias y novelas. En suma es un mozo de ingenio, y tiene introduccion en muchas buenas casas donde es bien recibido. ¿Y cómo lo pasa con su carnicero y con su panadero? me preguntó el administrador. No mui bien, le respondí; porque aqui para entre los dos, tengo para mí que el infelíz está tan pobre como Job. Ni yo tengo en eso la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas y sus vergonzosas baxezas le producirán lo mismo que sus misceláneas. Desde luego pronostíco que le verás parar en un hospital.

Eso no me causará novedad, dixe

yo, porque la poesía ha llevado muchos á él. Mejor hubiera hecho Fabricio si se hubiera mantenido á la sombra y en el servicio de vmd. Entonces sí que á la hora de esta estaria nadando en oro. Á lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez. Es cierto que yo le queria bien, y que poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto hasta asegurarle un sólido empleo en la casa de los pobres, quando le vino el capricho de darse á conocer por ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad, logró la aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al compositor. Imaginóse otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos á las verdaderas y ventajosas conveniencias que yo le podia proporcionar, se despidió de mi casa. En vano procuré hacerle ver que dexaba la carne por correr tras de la sombra; arrastrado del furor de escribir no hubo forma de rendirse á la razon, ni de conocer su verdadero bien. Buena prueba es de esto el criado que tomé despues que él se despidió. Aplicado únicamente á desempeñar las comisiones que le encargo,

y á darme gusto en todo, con menos talento, pero con mas juicio que Nuñez, ha merecido ser colocado en un puesto del hospital, que hace á dos oficios, el menor de los quales le produce lo que basta para sustentar con decencia á una numerosa familia.

CAPÍTULO II.

PROSIGUE GIL BLAS SU VIAGE, LLEGA FELIZMENTE Á OVIEDO: ESTADO DE SU FAMILIA: MUERTE DE SU PADRE; Y LO QUE SUCEDIÓ DESPUES.

Desde Valladolid nos encaminamos á Oviedo, á donde llegamos en seis dias sin la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los vandoleros el oro de los pasageros.* Á la verdad si hubieran olido el nuestro no habrian errado el golpe, y dos solos inquilinos de la famosa cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones; porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y mi mozo de mulas no era de humor de dexarse matar por defender la bolsa de su amo. Solo Scipion era un poco espadachín.

Apeámonos ya de noche en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis parientes antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia encontrar quién me informase mejor que el mesonero y la mesonera, que por su oficio no ignorarian quanto pasase en el pueblo, y mucho mejor en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, al cabo me conoció y exclamó fuera de sí: por S. Antonio de Padua, este señor es el hijo del buen escudero Blas de Santillana. Sí por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y en verdad que apenas se ha mudado; tan espavilado como antes, y siempre con mas viveza que carnes. Paréceme que le estoi viendo quando venia á nuestra casa con el jarro á comprar vino para la cena de su tio el canónigo.

Estaba oyendo yo esta conversacion, y dixe á la mesonera: señora María, no se puede negar que es vmd. una muger de felíz recordacion; quiero decir, de felicísima memoria, mas por fortuna ¿no me dará vmd. noticias de mi familia? Sin

duda que mi pobre padre y mi pobre madre no deben estar en la mejor situacion. Es esa tanta verdad, me respondió, que no podrá vmd. figurárselos en estado mas miserable. El buen señor canónigo Gil Perez está paralítico de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá mui poco; su padre de vmd., que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece un hasma ó una opresion de pecho tan furiosa, que vive de milagro, y está continuamente entre la vida y la muerte: y su señora madre, que tampoco goza la mejor salud, se vé precisada á estar perpetuamente asistiendo á uno y otro enfermo. Mire vmd. qué vida.

Asi que oí esta lastimosa relacion, la qual sin que yo lo pudiese impedir, me dió á conocer que era hijo; dexé á Beltran en el meson para guardar mi calesa y equipage, y acompañado de mi secretario Scipion, que nunca quiso separarse de mi lado, me transferí á casa de mi tio el canónigo. Apenas me puse delante de mi madre, quando cierta conmocion que sintió allá dentro de sí misma la hizo conocer quién era yo, aun antes de tener tiempo para exáminar y

hacerse cargo de las facciones de mi cara. Hijo, me dixo tristemente echándome los brazos al cuello, ¿vienes acaso á ver morir á tu padre? Si es asi á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me tomó por la mano y me llevó á un quarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre *escudero*, estaba esperando exhalar en breve el último suspiro. Sin embargo, aunque rodeado ya de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dixo mi madre, aqui tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que pudo haberte dado, y que en prenda de que se los perdonas te suplíca le consueles echándole tu bendicion. Al oir esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre: fixólos en mí, y conociendo, á pesar del estado en que se hallaba, que yo estaba penetrado de dolor, se enterneció tambien. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la estaba bañando con mis lágrimas exhaló el último aliento, como si solo hubiera espe-

rado á que yo llegase para espirar.

Como mi madre estaba ya tan prevenida para este lance, se afligió, sí, pero con moderacion; quizá me afligí yo mas, sin embargo de que jamas habia debido á mi padre la menor demostracion de particular cariño. Ademas que bastaba ser hijo suyo para que su muerte me fuese mui sensible, me acusaba yo á mí mismo de no haberle socorrido: y acordándome de la insensibilidad con que le habia tratado, me aborrecia á mí propio, considerándome como un hijo pérfido y un monstruo de ingratitud; ó por mejor decir un verdadero parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra poco menos pobre cama y en un estado lastimoso, me renovó el dolor y los vivos remordimientos. Hijo desnaturalizado, decia yo con rubor, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con lo mucho que te sobraba antes de la prision, quizá lograrian con ello las comodidades á que no podia alcanzar la escasa renta de la prebenda, y de esta manera acaso alargarias la vida de tu padre.

El buen canónigo Gil Perez se habia

vuelto ni mas ni menos como un niño: el mismo conocimiento, la misma memoria, el mismo juicio. Aunque yo me habia abrazado con él y le tenia entre mis brazos diciéndole mil ternuras, á todo se mostraba insensible. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hizo otra cosa que mirarme fixamente y con la boca abierta sin hablar una palabra. Aun quando la sangre y el reconocimiento no me obligáran á compadecerme de un tio á quien debia tanto, bastaria solo ver á qualquier extraño en tan triste estado para traspasarme el corazon.

Durante todo este tiempo Scipion guardaba un profundo silencio, entraba á la parte en mis penas y mezclaba mis suspiros con los suyos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia mi madre tendria muchas cosas reservadas que decirme, y que podia darla alguna sujecion la presencia de un hombre á quien no conocia, le retiré á parte y le dixe: vete, hijo, á descansar al meson, y déxame aqui con mi madre, que acaso creeria estar de mas un hombre que no conoce en una conversacion que naturalmente será toda sobre negocios case-

ros y de familia. Retiróse Scipion para dexarnos en libertad, y efectivamente entramos mi madre y yo en una conversacion que duró toda la noche. Recíprocamente nos dimos fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi partida de Oviedo. Ella me hizo menuda y circunstanciada relacion de todos los disgustos que habia tenido en las diferentes casas donde habia servido de dueña ó ama de llaves, en cuyo asunto me confió muchas cosas que me alegré no las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo cosa reservada para él. Verdad es, con licencia del respeto que debo á mi señora madre, que la buena muger era un si es no es demasiadamente prolixa en sus relaciones, y pudo mui bien haber ahorrado las tres partes de su historia, suprimiendo las digresiones y circunstancias inútiles que me embocó en ella.

Acabó su relacion, y yo dí principio á la mia. Recorrí ligeramente todas mis aventuras; pero quando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me pareció conveniente extenderme un poco en este pasage. Confieso,

señora, dixe á mi madre, que recibí con mala gracia al tal mozo, el qual por vengarse no dexaria de hablaros mui mal de mí. Asi es, me respondió. Dixonos que te habia encontrado tan embriagado y tan altivo con el favor del ministro, que apenas te habias dignado conocerle, y que quando te habló de las miserias que estabamos padeciendo le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres procuramos siempre excusar á nuestros hijos, no pudimos creer que tuvieses tan duro y tan ingrato corazon. Tu venida á Oviedo justifica la buena opinion que teniamos de ti, y la acaba de confirmar el dolor de que te vemos penetrado.

Me hace mucho favor, respondí yo, ese buen concepto que á vmd. debo. Lo que digo es que en la relacion del especiero hubo bastante verdad. Quando me vino á ver estaba embriagado con mi fortuna, y la desmesurada ambicion no me dexaba tiempo para pensar en mis parientes. Hallándome en esta disposicion no es de admirar que recibiese mal á un hombre rústico y sin crianza, que luego que me vió me saludó tosca y bestialmente diciéndome que habia oido co-

mo yo era un hombre mas rico que un judío, y que venia á aconsejarme que enviase á vmds. algun dinero, respecto á que se hallaban en grande necesidad; y aun se atrevió á darme en cara en términos nada comedidos con mi frialdad ó indiferencia para mi familia. Abochornóme el atrevimiento de aquel mozuelo aturdido, y cogiéndole por el brazo le eché á empujones fuera de mi quarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, y que debiera haberme acordado de que no era culpa vuestra que el tal Moscada fuese un mozo sin juicio y sin crianza, considerando que el consejo era bueno, aunque hubiese sido tan grosero el modo de dármele.

Todo esto se me ofreció un momento despues que habia echado de mi al atolondrado mozo. Hizo la sangre su oficio, y me acordé de las obligaciones que tenia á mis parientes, avergoncéme de haber cumplido tan mal con ellas; remordióme mucho la conciencia, pero no pretendo hacerme gran mérito de aquellos remordimientos, porque inmediatamente los sofocaron la ambicion y la avaricia. Poco despues fui arrestado por órden del rei, y conducido preso

al alcazar de Segovia. Allí caí gravemente enfermo, y aquella afortunada enfermedad es la que á vmds. les restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi encierro fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, no solo desprendiéndome de la corte, sino poniéndome horror á ella. Hoi solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias únicamente con el fin de suplicar á vmd. quiera venirse en mi compañía á disfrutar juntos la quietud y las dulzuras de una vida retirada. Si vmd. admite mi proposicion la conduciré conmigo á una posesion que tengo en el reino de Valencia, donde espero lo pasarémos con toda comodidad. Ya podrá vmd. conocer que mi ánimo era llevar tambien conmigo á mi padre; mas ya que Dios ha dispuesto otra cosa, logre yo siquiera la satisfaccion de poseer á mi querida madre, para reparar en quanto sea dable con todas las posibles atenciones el tiempo que perdí sin servirles de nada.

Quedo mui agradecida á tu loable intencion, respondió mi madre; y sin duda alguna me iria contigo á no estar por medio algunas dificultades que me

parecen insuperables. En primer lugar no puedo abandonar á tu tio en el mal estado en que se halla; despues de eso habiéndome criado siempre en este país, irme á vivir á otro tan distante al cabo de mis años, pide gran consideracion, y no es cosa para resuelta de repente. Por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, la respondí, le encargarémos á mi secretario, mozo de espiritu, de zelo, y sobre todo activo y despejado, en quien podemos seguramente descansar y descuidar.

No bien habia pronunciado estas palabras, quando entró Scipion, habiendo ya amanecido. Preguntémosle si podia servirnos de algo en las circunstancias en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba mui á tiempo para encargarse de un negocio importante que pensaba encomendarle. Luego que se impuso de lo que yo le queria: basta, dixo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia de los funerales, y vmds. podrán seguramente fiarse de mí. Pero guardate bien, añadió mi madre, de pensar en un entierro que tenga el menor aire de pompa ó magnificencia: por modesto

que sea nunca lo será demasiado para mi querido esposo, á quien toda la ciudad conoce por un hombre honrado sí, pero mui pobre. Señora, respondió Scipion, aunque hubiera sido mucho mas miserable de lo que era, no por eso rebaxaré un punto de lo que tengo ya ideado. En el funeral del difunto solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo. El padre de un favorecido del duque de Melar, y mas hallándose presente este hijo suyo, debe ser enterrado noblemente.

Parecióme mui bien éste modo de pensar de Scipion, y no solamente se lo aprobé, sino que le dixe no perdonase al dinero para ponerle en execucion, reconociendo que con este motivo habia despertado en mí algun movimiento de la antigua vanidad. Imaginéme que haciendo este gasto por un padre que nada me dexaba, admirarian todos mi filial amor y mi magnánima generosidad. Ni mi madre por su parte, á pesar de su gran modestia, dexaba interiormente de complacerse de que su marido fuese enterrado con esplendor. Dimos pues firma en blanco a Scipion para que hiciese lo que juzgase mas conveniente; y él sin per-

der tiempo partió á dar las disposiciones necesarias para un soberbio y suntuoso entierro.

Saliéronle demasiadamente bien. Celebráronse unas exêquias tan magníficas, que indispusieron contra mí la ciudad y arrabales. Á todos los vecinos de Oviedo desde el mayor hasta el menor chocó infinito mi vana obstentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decian unos, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor le fuera, decian otros, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras quando muerto. En fin ninguna lengua estuvo ociosa, ni pecó de corta; cada una disparaba su saeta. No paró en esto el negocio: quando salimos de la iglesia, así á mí como á Scipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y la gritería de los muchachos, los quales siguieron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia juntado delante de la casa de mi tio fue menester que mi madre se asomase á una ventana y asegurase á todos que estaba mui contenta de mí. No faltaron otros que cor-

rieron al meson donde estaba mi calesa para hacerla mil pedazos , como infaliblemente lo hubieran executado si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos hombres furiosos, y disuadirles de tal intento.

Todas estas afrentas, efecto de lo que habia hablado de mí el mozo Beltran en toda la ciudad, me abochornaron tanto, y me inspiraron tanta aversion á mis paisanos , que resolví salir quanto antes de Oviedo , donde , á no haber sido esto, sin duda me hubiera detenido algun tiempo mas. Díxeselo asi á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo viendo lo mal que me habia recibido mi país, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de gobernarnos en adelante. Madre, la dixe, ya que vmd. no puede abandonar á mi tio, ni eso seria razon , no debo insistir en que se venga conmigo ; pero como segun todas las señales no puede estar mui distante el fin de sus trabajos, déme vmd. palabra de que luego que Dios disponga de él se vendrá á vivir en mi compañía.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos

dias que me restaren de vida, y vivir en mi país con total independencia. ¿Pues qué, señora? la repliqué yo, ¿no vivirá vmd. en mi casa con la misma? ¿No será vmd. absoluta dueña de ella? No lo sé, hijo mio, me respondió: tú te enamorarás de alguna niña linda, te casarás con ella, será mi nuera, y yo la señora suegra; por lo que ni ella ni yo podrémos vivir juntas en paz. Vmd., la repliqué, se anticipa demasiado a prevenir los disgustos que quizá nunca sucederán. Yo por ahora ningun pensamiento tengo de casarme; pero si en algun tiempo me viniere la gana, esté vmd. cierta de que obligaré á mi muger á que en todo y por todo esté sujeta al gusto y á la voluntad de vmd. Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir. Antes bien no me atreveria yo á jurar que si entre la suegra y la nuera se suscitase alguna diferencia no te declarases tú á favor de la muger primero que de la madre.

Señora, habla vmd. como un oráculo, dixo mi secretario, introduciéndose en la conversacion. Soi del mismo parecer que vmd. Las nueras dóciles son *rara avis in terris*. Asi pues para que vmd.

y mi amo queden contentos, ya que absolutamente no quiere vmd. salir de Asturias, será menester que mi amo la señale una renta anual de cien doblones, la que yo me encargo de traer todos los años á Oviedo, y por este medio la madre y el hijo estarán mui satisfechos el uno del otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron la proposicion las dos partes interesadas, y yo anticipé desde luego la primera paga por el primer año, con lo qual pude partir de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me echara fuera de la ciudad como á S. Estéban. Este fue el recibimiento que me hizo mi amada patria. Admirable leccion para aquella especie de gentes del comun, que habiendo hecho fortuna fuera de su país, restituidos á él quieren figurar como sugetos de importancia.

CAPÍTULO III.

PARTE GIL BLAS AL REINO DE VALENCIA, Y LLEGA EN FIN Á LIRIA. DESCRIPCION DE AQUELLA CASA; CÓMO FUE RECIBIDO EN ELLA, Y LAS GENTES QUE ALLI ENCONTRÓ.

Tomamos el camino de Leon, y despues el de Palencia, de manera que al cabo de quince jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista tres leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, iba observando mi secretario con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y á siniestra se ofrecian á la vista. Luego que veía alguna que le parecia bien, me decia: alegrárame que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo Scipion, le dixe, qué idea te has formado de nuestro campestre tugurio. Si te le figuras como una casa magnífica, como el palacio de un gran señor; desde luego te digo que quedarás mui burlado, porque te engañas enormemente. Si no quieres que tu ima-

ginacion haga despues burla de ti, figúrate aquella casa campestre que Mecánas regaló á Horacio, situada en el país de los sabinos á la orilla del Tíber. Haz cuenta que D. Alfonso me hizo un regalo mui semejante á aquel. Segun eso, replicó Scipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion mui modesta del sitio y de la casa; y si quieres juzgar desde luego de la fidelidad de mi pintura, vuelve los ojos ácia el rio Guadalaviar. ¿No ves cerca de él aquella aldegüela de nueve á diez casas, y entre ellas un edificio mas alto con quatro torres en figura de pabellones? pues ese es nuestro palacio.

¡Cómo diablos! exclamó admirado Scipion. Aquel edificio es una joya. Ademas del aire de nobleza que le dan los pabellones, la fábrica es una cosa grande, y está situado en un país mas delicioso que los mismos contornos de Sevilla, llamados el paraíso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riegale un rio con sus aguas, y un espeso bosque vecino á él está brindan-

do con su apacible sombra, aun en lo mas vivo y mas ardiente del sol á quien desea gozarla. ¡Oh qué amable soledad! ¡Ah, señor! todas las trazas son de que la disfrutarémos por largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te guste tanto la situacion de nuestro retiro, y de que tan presto te hayas hecho cargo de sus apreciables conveniencias.

Divertidos en esta conversacion llegamos ya finalmente á la casa, cuyas puertas se nos franquearon de par en par luego que dixo Scipion como yo era el señor Gil Blas de Santillana, que venia á tomar posesion de su hacienda. Al oir un nombre tan respetable para aquellas gentes se dexó entrar la calesa en un espacioso patio, donde inmediatamente eché pie á tierra, y apoyándome gravemente sobre el hombro de Scipion, entré en una sala, en donde no bien habia llegado quando se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, y á reconocerme y obedecerme como á su nuevo amo y señor. Que Don Cesar y D. Alfonso los habian nombrado y escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de sota-cocinero, otro

de pillo de cocina, otro de portero, y los demas de lacayos, con severa prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian tomar de su cuenta todos los gastos de mi familia. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el qual se llamaba Joaquin. Díxome que habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo que tocaba á la disposicion de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del señor arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que excitasen mi apetito; y en fe de esto, añadió, voi á dar á V. S. una prueba de mi gusto en punto de cocinar. Mientras tanto podrá V. S. pasearse un poco hasta la hora de comer, y visitar todos los quartos y piezas de la casa para reconocer si estan con la decencia correspondiente al decoro del nuevo dueño que las ha de habitar y servirse de ellas.

Considere el lector si me haria mucho de rogar para emprender desde luego esta visita. Scipion, á quien no picaba menos que á mí la curiosidad de verlas, me fue conduciendo de sala en sala y

de quarto en quarto, de manera que en breve tiempo recorrimos toda la casa de arriba á baxo. Ningun rincon se escapó á nuestra curiosidad, por lo menos asi nos lo pareció; y en todos ellos hallé motivo para admirar la gran bondad de D. César y de su hijo para conmigo. Entre otras cosas me dieron golpe dos espaciosas salas simétricamente adornadas con unos muebles, que sin llegar á ser magníficos, eran de un fino y mui delicado gusto. Estaba la una entapizada con unos lienzos de Flandes, y se veía en ella una grande y mui aseada cama con colgadura ó pabellon de terciopelo carmesí, que se conservaba bella y brillante sin embargo de haberse fabricado quando los moros ocupaban el reino de Valencia. No eran de menos gusto los muebles de la otra sala. Cubrian sus paredes varios paños de damasco genoves, color de hiema; y de la misma tela era la colgadura de la cama y las fundas de las sillas y taburetes que se veían distribuidos por toda la sala con aseo, propiedad y simetría.

Despues de haber exâminado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, donde hallamos ya

puesta la mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida, tan sazonada y deliciosa, que nos dió lástima el arzobispo de Valencia por haber perdido al valiente cocinero que la habia sazonado. Verdad es que las buenas ganas que teniamos pudieron contribuir mucho á que nos pareciese tan exquisita y regalada. Casi á cada bocado que comiamos nos presentaron mis criados y lacayos de nueva impresion unos grandes vasos llenos hasta el borde de un vino generoso de la Mancha. No atreviéndose Scipion á manifestar en presencia de los criados el extraordinario gozo que interiormente sentia, me le daba á entender con ciertas miradas grandemente picoteras, y yo le correspondia declarándole el mio con otras ojeadas nada menos habladoras. Arrimamos la olla podrida, quando se nos presentó el asado, que consistia en dos grandes codornices que flanqueaban un grueso y tierno lebracho; acometímosle como dos hombres famélicos; y habiendo comido y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á orearnos algun tanto, y dormir un poco de siesta en al-

gun sitio sombrío y delicioso.

Si mi secretario se habia mostrado tan satisfecho y contento de todo lo que habia visto hasta entonces, no quedó menos encantado á la vista del jardin. Parecióle digno de compararse á los de Aranjuez. D. César, que de quando en quando hacia sus excursiones á Liria, habia tenido gran cuidado de promover su cultivo y su belleza. Todas las calles estaban mui limpias y arenadas con particular esmero; sus orillas bordeadas de citrones, limoneros y naranjos; en medio del jardin un gran estanque de blanquísimo jaspe, en cuyo centro se elevaba un hermoso pedestal de la misma materia, sobre el qual se representaba sentado un corpulento leon de bronce, que arrojaba copiosos chorros de agua, y añadiéndose á esto la hermosura de las flores y la diversidad de las frutas, eran todos espectáculos que tenian embelesado á Scipion; pero lo que mas le encantó fue una mui larga calle de árboles arqueados y entretexidos en figura de bóveda, cuyas verdes y espesas hojas la cubrian de una apacible sombra, sin permitir la entrada al mas mínimo rayo del sol en lo mas vivo

y ardiente del mediodia. Dando mil elógios á un sitio tan propio para servir de asílo contra el calor, nos sentamos al pie de un olmo, donde el sueño acudió presto á sorprender dos hombres que sobre bien comidos y bien bebidos estaban no poco necesitados de reposo despues de tan largo viage.

Dos horas despues nos despertó el ruido de algunos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que efectivamente nos sobresaltaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos mejor de lo que era fuimos á casa del labrador, á cuyo cargo estaba la custodia y el cultivo de aquel sitio. Alli encontramos otros ocho ó diez labradores, vecinos de aquella pequeña aldea, que se habian juntado á disparar al aire, y al mismo tiempo limpiar sus arcabuces para celebrar y festejar nuestra venida. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquel sitio quando era mayordomo de la casa de Leiva. Luego que me descubrieron echaron á volar por el aire monteras y sombreros, gritando todos á un mismo tiempo: *¡Viva nuestro nuevo amo y señor! Sea bien venido á este su lugar de*

Liria. Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me saludaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fue posible, pero sin descomponer mi gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion, y los dexé veinte escudos para refrescar: expresion que no fue la menos bien recibida, ni la menos celebrada entre todas las demas señales que les habia dado de mi agradecimiento. Retiréme despues con mi secretario mientras ellos se divertian en echar mas pólvora al aire, y nos paseamos por el bosque hasta la noche, sin cansarnos la uniforme vista de los árboles; tanto nos divertia y tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante ni el galopín. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto que quando volvimos del paseo y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos admirados viendo poner en la mesa un plato con quatro perdices asadas, una cazuela de tiernos gazapillos, y en otra un capon ce-

bado y guisado á la francesa, sirviendo de entreplatos orejas de puerco compuestas delicadamente, pollos rebozados y un plato de crema de chocolate. El vino de pasto era de Lucena, y ademas de él probamos otros excelentes. Quando nos pareció que ya no podiamos comer ni beber mas sin peligro de la salud, solo pensamos en irnos á la cama. Mis lacayos tomaron dos velas y me conduxeron al mejor quarto. Ayudáronme á desnudar, y luego que me echaron á cuestas la bata y me pusieron el gorro de dormir, les dixe en tono autorizado y señoríl: retiraos, que no os he menester para lo demas.

Salieronse todos, quedándome solo con Scipion para discurrir un poco con él. Preguntéle qué juicio hacia de lo que se estaba executando conmigo por órden de los señores de Leiva. Respondióme: por vida mia, señor, me parece no ser posible hacerse mas, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me puedo acomodar á tener criados asala-

riados por otros, pues bastaria esto para parecerme que no estaba en mi propia casa. Á todo esto se añade que yo no me he retirado aqui para meter tanto ruido ni vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bastanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria el vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, todavia no quiso ó no se atrevió á desaprobar mi honrada delicadeza en este punto; antes bien conformándose con mi dictámen, aprobó y alabó mucho mi modo de pensar en órden á la reforma que pensaba hacer. Quedó esto decidido, y él se salió de mi quarto para retirarse al suyo.

CAPÍTULO IV.

PARTE Á VALENCIA, VISITA Á LOS SEÑORES DE LEIVA; LA CONVERSACION QUE TUVO CON ELLOS, Y LA BUENA ACOGIDA QUE LE HIZO DOÑA SERAFINA.

Acabé de desnudarme, metíme en la cama, y viendo que ninguna gana tenia de dormir, me abandoné á mis

reflexîones. Lo primero que se me representó fue el amor y la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion y la lealtad con que yo me habia dedicado á servirlos en todas ocasiones, y penetrado vivamente de las continuas pruebas que cada dia me daban de aquel amor y de aquel ágradecimiento, resolví partir el dia siguiente á visitarlos y á rendirles mil gracias por tan excesivas y estimables finezas. Al mismo tiempo lograba el particular gusto de ver quanto antes á la hermosa Serafina, primer móvil de los grandes beneficios que debia á todos aquellos señores; bien que este gusto se templaba mucho considerando los ojos con que me miraria su camarera la señora Lorenza, acordándose del lance de la bofetada. Fatigada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que comenzó á dexarse ver el sol al dia siguiente.

Salté luego de la cama, y enteramente ocupado el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Aun no bien habia acabado de hacerlo, quando mi secretario entró en

mi quarto. Scipion, le dixe, ahora mismo estaba pensando en partir á Valencia sin la mas mínima detencion, y sin duda lo aprobarás. No puedo dilatar un momento la indispensable obligacion de presentarme á unos señores á quienes debo todo lo que estoi gozando: cada instante de voluntaria dilacion en el cumplimiento de tan preciso deber me acusa de ingratitud. A ti te dispenso el que por ahora me acompañes en este viage; quédate aqui durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Vaya vmd. con Dios, me respondió, y cumpla como es razon con D. Alfonso y con su padre; ambos me parecen dos señores mui agradecidos á los que les sirven con zelo y á todo lo que se hace por ellos: virtud tan rara en las personas de su calidad, que no alcanzan todas las demostraciones del respeto y de la atencion para corresponder dignamente á lo que ella se merece. Dí órden á Beltran para que dispusiese la calesa mientras yo tomaba chocolate. Hecha esta diligencia monté y partí, dexando mandado á mis criados que sirviesen y obedeciesen á mi secretario ni mas ni menos como á mi misma persona.

En menos de quatro horas llegué á Valencia, y fui derecho á apearme en las caballerizas del gobernador. Dexé en ellas mi equipage, hice que me enseñasen el quarto de D. Alfonso, donde se hallaba á la sazon su padre D. César. Abrí yo mismo la puerta y me entré sin ceremonia, diciendo que los criados de casa no enviaban recado delante, ni pedian licencia para presentarse á sus amos; y asi que alli tenian sus señorías un criado antiguo de la casa, que venia á rendirles sus respetos. Diciendo esto iba á arrodillarme para besarles la mano, pero ellos no me lo permitieron; levantaronme en el mismo acto de inclinarme, y uno y otro me estrecharon entre sus brazos con las mas vivas señales de amor y de alborozo. Y bien, querido Santillana, me preguntó D. Alfonso, ¿has ido ya á Liria y tomado posesion de tu hacienda? Sí señor, le respondí, por señas que vengo con la pretension de que V. S. se sirva permitirme que se la restituya. ¿Pues porqué? me replicó medio turbado. ¿No te gusta? ¿ó has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada menos, respondí: por lo que toca á la posesion me encan-

ta y me gusta infinitamente; pero lo que no me acomoda es tener cocineros de arzobispos y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V.S. un gasto tan crecido como superfluo, y que desdice mucho de mi persona.

Si hubieras aceptado, me respondió, la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid, nos hubiéramos contentado con regalarte esa casa alhajada como está; pero habiendola tú rehusado nos pareció que en recompensa debiamos hacer lo que hicimos. Señor, le repliqué, eso es demasiado; basta que V. SS. me hubiesen favorecido solamente con la hacienda para llenar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que costaria á V. SS. mantener tanta gente inútil para mi servicio, protesto con la mayor seriedad que una familia tan numerosa me incomodaria mucho y me daria gran sujecion. En suma, señores, concluí, ó V. SS. se vuelvan á la posesion de su quinta, ó dénme licencia para que yo la disfrute y use de ella á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta viveza y resolucion, que padre é hijo, los quales de ningun modo pretendian violentarme, me dexaron en toda

libertad para que me gobernase y dispusiese de la casa como mejor me pareciese.

Repetíles mil gracias por el nuevo beneficio que me hacian, reputando por tal el permiso que me daban; y queria proseguir, pero D. Alfonso me interrumpió diciendo: Santillana, quiero presentarte á una dama, que sin duda tendrá particularísimo gusto de verte: y diciendo y haciendo me tomó por la mano y me conduxo al quarto de Serafina, la qual luego que me vió prorumpió en un grito de alegria. Señora, la dixo el gobernador, creo que no será menos gustoso para vos de lo que ha sido para mí el arribo á Valencia de nuestro Santillana. Creo, respondió ella prontamente, que tambien el mismo Santillana estará mui persuadido á eso. No ha sido capaz el tiempo, ni lo será jamas, de borrar de mi memoria el gran servicio que me hizo; á esto se añade la nueva obligacion que le tengo y el reconocimiento que le profeso por el reciente servicio que os hizo. Respondí á mi señora la gobernadora, que estaba mas que suficientemente pagado el peligro que corri juntamente con los demas que me ayuda-

ron á librarla, exponiendo mi inútil vida por asegurar la suya, tanto mas importante que la mia; y despues de una larga cadena de recíprocos cumplimientos á ese tenor, D. Alfonso me sacó del quarto de su muger, y me llevó á una gran sala donde se hallaba D. César, acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con la mayor afabilidad y cortesanía, y á competencia me hicieron mil finezas luego que supieron por D. César que yo habia sido uno de los primeros y mas confidentes secretarios del duque de Melar. Quizá tampoco ignoraria la mayor parte de ellos que D. Alfonso habia obtenido á influxo mio el gobierno de Valencia; porque al cabo todo se viene á saber. Sea de esto lo que fuere, luego que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal; unos le alababan sin medida, ensalzándole hasta las nubes, ya fuese de veras ó por política afectacion; otros contestaban aquellos elógios, y aun añadian algunos mas, pero entre dientes, y como se suele decir con la boca chica. Luego conocí que estos y aquellos solo andaban buscándome la boca para que los divirtiese á cos-

ta del cardenal. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba, pero contuve la lengua, y solo contesté á la conversacion con pocas palabras, bien pensadas y en términos mui generales; lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo discreto, prudente y de mucho juicio.

Concluida la comida y levantados los manteles se retiraron los convidados cada uno á dormir la siesta. D. César y su hijo llamados de la misma costumbre ó sea necesidad, se encerraron en sus respectivos quartos. Yo con la curiosidad de ver quanto antes una ciudad que tanto habia oido alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré en la misma puerta un hombre que apenas me vió se acercó á mí y me dixo: ¿me dará licencia el señor de Santillana para que yo le salude? Preguntéle quién era. Soi, me respondió, el ayuda de cámara del señor D. César, y era su lacayo quando su merced era mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al quarto de su merced, y siempre me hacia mil favores. Informábale de todo lo que pasaba en palacio; y bien se acordará su mer-

ced que un dia le dixe como el cirujano de Leiva se introducia secretamente en el quarto de la dueña, que se llamaba la señora Lorenza Séfora. De eso me acuerdo mui bien, le respondí, ¿y en qué paró esa pobre muger? ¿En qué habia de parar? repuso él. Luego que su merced partió cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada de la ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, se despidió de mí, pidiéndome perdon de lo que me habia detenido, y me dexó proseguir mi camino. No pude menos de dar algun suspiro acordándome de la desdichada dueña y echándome la culpa de su desgracia, siendo asi que verisimilmente seria obra de su cáncer aún mas que de mi desvío.

Observaba con gusto en la ciudad todo lo que me parecia digno de ser notado. Gustáronme mucho algunos edificios públicos, pero lo que me llevó toda la atencion fue una gran casa que descubrí á lo lejos, donde ví que entraba mucha gente. Acerquéme para informarme mejor por qué era aquel gran concurso de hombres y mugeres, y

presto salí de mi curiosidad leyendo sobre la puerta un rótulo en grandes letras que decia : *Teatro de comedias.* Leí tambien los carteles, en los quales para aquella tarde se ofrecia una nueva tragedia compuesta por D. Gabriel Tiraquero.

CAPÍTULO V.

VA Á LA COMEDIA GIL BLAS, Y VE REPRESENTAR LA NUEVA TRAGEDIA : QUÉ SUCESO TUVO LA PIEZA, Y LA VARIEDAD DE JUICIOS EN LA CRÍTICA QUE SE HIZO DE ELLA.

Detúveme algun tiempo en la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban. Habíalas de todas esferas y trages. Ví caballeros de mui buena traza y ricamente vestidos; ví tambien otra gentualla de malísimas figuras, cubiertas todas de andrajos. Ví varias damas que se apeaban de sus coches, y pasaban á ocupar los aposentos que habian alquilado, y ví no pocas cortesanas que se enfilaban en las gradas para embauscar á los pisaverdes boquirrubios. Á vista de tal concurso de gente de todos precios y calidades me vino la gana de au-

mentar el número. Ya me disponia á entrar quando ví llegar al gobernador con su muger. Reconociéronme entre la muchedumbre, llamáronme y me llevaron á su aposento, donde me senté tras de los dos, de manera que pudiese discurrir cómodamente con entrambos. Todos los palcos estaban ocupados, el patio atestado de todo género de gente, como tambien las gradas y demas asientos, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares. ¡Gran concurso! exclamé yo, volviéndome á Don Alfonso. No te admires de eso, me respondió: la tragedia que se va á representar es composicion de D. Gabriél Tiraquero, á quien todos llaman *el poeta á la moda*. Quando los carteles anuncian alguna obra suya toda Valencia se pone en movimiento. Hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa que de la comedia ó de la tragedia; se alquilan á porfia aposentos y asientos; y el dia de la primera representacion suele haber muertes en la puerta sobre la entrada, siendo asi que se dobla el precio, exceptuando únicamente el del patio, á quien siempre se le respeta por no ponerle de mal humor. Sin duda, dixe en-

tonces al gobernador, que ese tal D. Gabriél debe ser un gran poeta, por lo menos asi me le hace concebir esta viva curiosidad y esta furiosa impaciencia del público para oír todo lo que sale de su mano. No juzgues tan pronto, me dixo D. Alfonso, no te engañe la prevencion, pues el público se alucina con oropeles, y solo se desengaña luego que se imprimen las obras que aplaudió al tiempo de representarlas.

Al llegar aqui se dexaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oirlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, y á cada verso se repetian los bravos y los vivas, y al fin de cada jornada un estruendo de palmadas que parecia venirse á tierra el teatro. Concluida la representacion me mostraron al autor, el qual iba modestamente recorriendo los aposentos para recoger los aplausos y laureles con que damas y caballeros le coronaban á competencia.

Nosotros volvimos á palacio, donde poco despues llegaron tres ó quatro caballeros con dos autores mui conocidos y estimados en Valencia por su ingenio, tras los quales entró un caballero vecino

de Madrid, sugeto hábil, de fino y delicado gusto. Durante la cena no se habló sino de la nueva tragedia. ¿Qué les parece á vmds., preguntó un caballero, de la pieza que se representó esta tarde? ¿No es verdaderamente una maravilla, un *gefe de obra*? por explicarme á la francesa: ¿esto es, una obra perfecta y acabada? ¡Pensamientos sublímes, afectos nobles, versificacion masculina, enérgica y vigorosa, una composicion en fin cabal en todas sus partes, poema en suma hecho únicamente para un auditorio pensador é inteligente! Paréceme, respondió un caballero de Alcántara, que ningun racional puede pensar de otra manera. La pieza tiene algunos rasgos que podia haber dictado el mismo Apolo, y ciertos lances conducidos con exquisito primor y con infinito artificio. Apelo sino al juicio de este caballero, volviéndose ácia el madrileño, que me parece mui inteligente en la materia; y apuesto á que siente lo mismo que yo. No se empeñe vmd. en apostar, le respondió el caballero con cierta risita falsa, porque yo no soi de este pais, y en Madrid no acostumbramos á decidir tan fácilmente. Lejos de juzgar

el mérito de una pieza la primera vez que la oimos, desconfiamos de sus mas bellas apariencias quando solamente las escuchamos en boca de los actores; y aunque estemos mui prevenidos á favor del compositor, suspendemos el juicio hasta haberla leido mui despacio y con toda reflexion; porque en la realidad no siempre la hallamos tan bella leida en el papel como nos pareció representada en el teatro.

Antes de calificar un poema, prosiguió, le exâminamos menuda y escrupulosamente; ni por grande que sea la reputacion de un autor basta para deslumbrarnos, quando hasta el mismo Lope de Vega y el mismo Calderon encontraron jueces severos en sus admiradores, los quales no los elevaron á la gloria que gozan hasta que despues de un maduro exâmen los hallaron dignos de ella.

Por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como vmds., no esperamos á que se imprima una pieza para decidir de su mérito. A la primera representacion conocemos quánto vale. Ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor aten-

cion. Bástanos saber que es obra de D. Gabriél para estar persuadidos á que es obra sin tacha ni defecto. Las producciones de este gran poeta son la legítima época del nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones fueron unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, en cuyo concepto Lope de Vega y Calderon eran los Sofocles y los Euripides españoles, abochornado con un discurso tan temerario, exclamó casi fuera de sí: ¡qué sacrilegio dramático es el que oigo! Señores, ya que vmds. me obligan á que imite su exemplo juzgando de la tal pieza á la primera representacion, digo claramente que nada me ha gustado la nueva tragedia de ese su tan decantado D. Gabriel. Es un drama zurcido de pensamientos mas brillantes que sólidos. Las tres partes de los versos son malos, y los consonantes violentos y arrastrados, como se dice, por los cabellos; los caracteres no bien expresados, ó por lo menos mal sostenidos; las voces impropias y los conceptos obscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una prudencia tan loable

como rara en los de su profesion, no habian abierto la boca, porque no se creyese que hablaba en ellos la envidia ó la emulacion, con los ojos y con los gestos dieron bastante á entender que sentian lo mismo que este caballero; por donde claramente conocí que su silencio habia sido politica y no asenso á la opinion popular. Sin embargo los demas volvieron á entrascarse en los elógios de D. Gabriel, tanto que no pararon hasta colocarle en el número de los dioses. Esta fanática apotheosis y extravagante idolatría sacó fuera de sí al buen madrileño, tanto que levantando las manos al cielo exclamó con una especie de entusiasmo: ¡Oh divino Lope, raro y sublíme ingenio, que dexaste un inmenso espacio entre ti y todos los presumidos que aspiran á imitarte! Y tú, dulcísimo Calderon, cuya incomparable dulzura, enteramente purgada de todo indigesto epicismo, es absolutamente inimitable; no temais, no, que vuestros altares sean profanados ocupándolos este nuevo alumno, ó por mejor decir, este niño de teta de las musas. Mui afortunado será si logra que la posteridad oiga siquiera hablar de él, y ten-

ga alguna noticia de su nombre.

Este gracioso apóstrofe que ninguno esperaba hizo reir á todos, con lo qual se levantaron de la mesa y se retiraron de buen humor. Á mí me conduxeron al quarto que me tenian dispuesto, donde encontré una blanda cama en que se acostó mi señoría, y me quedé dormido, compadeciéndome tanto como el caballero madrileño de la ignorancia y mal gusto de los que hacian á Lope y á Calderon una injusticia tan clara.

CAPÍTULO VI.

ENCUENTRA GIL BLAS EN LA CALLE Á UN RELIGIOSO Á QUIEN LE PARECIÓ CONOCIA; Y DECLÁRASE QUIÉN ERA.

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté mui temprano al siguiente para acabar de recorrerla. Encontré en la calle á un cartuxo, que sin duda iba á algun negocio de su comunidad. Caminaba con los ojos baxos y con tal compostura que se llebaba la atencion de todos. Pasó cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció que veía en él a D. Rafaél, aquel

famoso aventurero que ocupa tan honorífico lugar en el tomo primero y segundo de esta historia.

Quedé tan asombrado y aturdido de aquel nunca imaginado encuentro, que en vez de acercarme al monge estuve inmóvil por algun espacio de tiempo, lo que le dió lugar á él para alejarse de mí. ¡Santo Dios! exclamé: ¿se habrán visto jamas en el mundo dos caras mas parecidas? No sé lo que me piense. ¿Creeré que es el mismo D. Rafael? ¿pero cómo puedo creer que no lo sea? En fin me apuró tanto esta curiosidad, que no me pude contener sin hacer todo lo posible para salir quanto antes de ella. Informéme del camino de la cartuxa, y partí derecho allá con esperanza de ver al tal hombre quando se restituyese al convento, y bien resuelto á esperarle hasta que le pudiese hablar; pero no tuve necesidad de aguardarle para hallarme mui instruido de todo. Luego que llegué á la puerta del monasterio, la vista de otro semblante tan conocido para mí como el de D. Rafael me quitó toda la duda: era el padre portero, aquel mismo Ambrosio Lamela, antiguo criado mio.

Fue igual la sorpresa de ambos por una y otra parte. ¿Será esto sueño, ilusion ó realidad? dixe al portero al mismo tiempo de saludarle. Si no deliro ó no sueño paréceme que estoi viendo á un antiguo amigo mio. Al principio no me conoció Lamela, ó por lo menos afectó no conocerme; pero considerando despues que era inútil la ficcion, y haciendo como que de repente volvia en sí: ¡ah, señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced por amor de Dios, si no le conocí tan prontamente. Desde que entré en esta santa casa solamente me aplico á la observancia de lo que nos prescriben nuestras reglas, de manera que insensiblemente me fui olvidando de todo lo que habia visto en el mundo.

Verdaderamente, le respondí, que tengo gran gusto de verte con un hábito tan respetable. Y yo, señor, me replicó, tengo gran vergüenza de que me vea con él un hombre que fue testigo de mi mala vida, porque este santo hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! prosiguió arrancando un profundísimo suspiro, para ser digno de vestirle era menester haber vivido siempre como un ángel. Por tu modo de hablar y

de pensar, que verdaderamente me edifica, le respondí, veo claramente que ha andado contigo la mano del Señor. Vuelvo á decirte que estoi lleno de gozo, y deseo saber el milagroso modo con que te resolviste á abrazar esta vida, asi tú como D. Rafael, pues ya no puedo dudar que fue éste el exemplar y modestísimo cartuxo que poco há encontré en una calle de la ciudad. Sentí mucho no haberle detenido para hablarle, y le estoi esperando para hacerlo quando se retire al convento.

No se engañó su merced, respondió Fr. Ambrosio, el cartuxo que vió es el mismísimo D. Rafael; y en quanto al suceso de nuestra vocacion fue como se sigue. Despues que en Segorve nos separamos de vmd., el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de dar algun golpe de mano propio de nuestra profesion. Quiso la casualidad, ó por mejor decir, dispuso la divina providencia que entrásemos en esta iglesia de cartuxos á tiempo que estos estaban cantando en el coro. Parámonos un poco á verlos y á considerarlos, y conocimos por nuestra misma experiencia que los malos, quieran ó no quieran,

no pueden menos de respetar y venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que cantaban, de aquel aire penitente y desprendido de los placeres del mundo, y de la dulce serenidad que se dexaba ver en todos sus semblantes; indicio manifiesto de aquellas tranquílas y purísimas conciencias.

Estas reflexîones insensiblemente nos fueron introduciendo en una especie de meditacion que nos fue mui saludable. Cotejamos nuestras costumbres con las de aquellos santos religiosos, y nos llenó de inquietud y de sobresalto la diferencia que hallamos entre unas y otras. Lamela, me preguntó D. Rafael luego que salimos de la iglesia, ¿qué efecto ha causado en ti lo que acabamos de ver? en quanto á mí no puedo disimularte que no tengo el ánimo quieto y sosegado. Agítanme interiormente ciertos movimientos nunca experimentados; y por la primera vez en mi vida yo mismo me avergüenzo y me confundo de mis maldades. En la misma disposicion, le respondí, me hallo yo: en este mismo instante se amotinan contra mí todas mis iniquas acciones; y los remordimientos que nunca he tenido me estan

ahora despedazando el corazon. ¡Ah, querido Ambrosio! volvió á reponer: tú y yo somos dos ovejas descarriadas, tras las quales anda el divino Pastor para que se restituyan al rebaño. Él es el que nos está llamando. No nos hagamos sordos á su voz; renunciemos para siempre nuestras iniquidades, dexemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoi mismo á trabajar seriamente en el importantísimo negocio de nuestra salvacion; pasemos lo que nos resta de vida en este santo convento, y consagrémoslo todo al arrepentimiento y á la penitencia.

Alabé mucho el pensamiento de Don Rafael, prosiguió diciendo Ambrosio, y entrambos tomamos la generosa resolucion de hacernos cartuxos. Para ponerla por obra recurrimos al padre prior, quien luego que entendió lo que deseábamos, para probar nuestra vocacion mandó que se nos diesen dos celdas, y nos intimó que debiamos estar en ellas un año entero haciendo la misma vida que los demas monges, pero en hábito secular. Ajustámonos á las reglas con tanta exâctitud y con tanta constancia, que al cabo del año fuimos recibidos no-

vicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado, y pasamos con tanto valor por todos los trabajos del noviciado, que á su tiempo se nos dió la profesion. Poco tiempo despues de ella, habiendo mostrado D. Rafael un talento mui particular para el manejo de negocios, le señalaron por ayudante y compañero de un padre anciano, que era entonces procurador. Mas quisiera el hijo de Lucinda que le hubieran dexado emplear todo el tiempo en la oracion; pero la obediencia le obligó á que sacrificase su devota inclinacion á la necesidad que el monasterio tenia de él. Instruyóse tanto en todos los intereses y haciendas de la casa, que habiendo muerto tres años despues el procurador, le hicieron sucesor suyo con general satisfaccion. Actualmente exerce este mismo empleo tan á gusto de los padres, que universalmente aplauden todos su destreza y sus aciertos en la administracion de lo temporal. Pero lo mas particular de todo es, que en medio de los cuidados y ocupaciones exteriores que lleva de suyo la obligacion de recoger todas las rentas, parece que su pensamiento está siempre en la eternidad. Lo mismo es darle los negocios

algun momento de reposo que abismarse inmediatamente en altas y profundas meditaciones. En una palabra, es uno de los mas exemplares monges del monasterio.

Interrumpí á Lamela quando llegaba aqui con un grande ímpetu de gozo que me causó la vista de Rafael, que á este punto se dexó ver de nosotros. Hé aqui, dixe, el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y sin poderme contener corrí ácia él con los brazos abiertos y le dí un estrecho abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la menor muestra de que mi vista le hubiese causado la mas mínima alteracion; sea Dios loado, señor de Santillana, me dixo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dixe, padre Rafael, yo me considero mui interesado en la dicha que les ha tocado á vmds., y me tomo en ella toda aquella parte que me es posible tomar. Fr. Ambrosio me ha contado ya toda la historia de la vocacion de ambos, y confieso que su relacion me dexó enteramente encantado. Gran ventura es la vuestra, amados amigos mios, de habe-

ros tocado la suerte de entrar en el número de aquellas almas escogidas de Dios para gozarle por toda una eternidad.

Dos criaturas tan miserables como nosotros, respondió en tono mui humilde el hijo de Lucinda, no podian esperar semejante felicidad, pero el dolor y verdadero arrepentimiento de sus gravísimas culpas hizo que hallasen gracia en los ojos del Padre de las misericordias. Y vmd., señor Gil Blas, añadió inmediatamente, ¿no piensa tambien en tomar algun camino para que Dios le perdone sus pecados? ¿Qué negocios le han traido á vmd. á Valencia? ¿Exercita por ventura algun empleo peligroso? No, por la misericordia de Dios, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida cristiana y arreglada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una casa que tengo distante pocas leguas de Valencia, y otras vengo á pasar algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien vmds. dos conocen perfectamente.

Con esta ocasion les conté toda la historia de D. Alfonso de Leiva, la que oyeron con grandísima atencion; y

quando les dixe que de órden del mismo D. Alfonso habia ido yo en persona á restituir al mercader Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y volviéndose á Rafael, le dixo con gran viveza: en verdad, padre Hilario, que el tal mercader no tendrá razon para quejarse de un robo en que vino á ganar tanto; y por lo que toca á este punto puede estar mui sosegada nuestra conciencia. Con efecto, añadió el padre procurador, antes que Fr. Ambrosio y yo tomásemos el hábito hicimos restituir secretamente mil y quinientos ducados á Samuel Simon por mano de un eclesiástico exemplar, que se quiso encargar de esta restitucion pasando en persona á Xelva solo por hacerla. Peor para el desdichado mercader, si se embolsó esta cantidad despues de estar ya enteramente pagado y satisfecho por el señor de Santillana. Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, ¿se entregaron efectivamente al mismo mercader? Seguramente, respondió Fr. Rafael: yo respondo de la integridad del tal clérigo tanto como de la mia. Y yo tambien, añadió Fr. Ambrosio, especialmente despues que ganó

dos pleitos que le suscitaron por dòs depósitos que le cometieron, y en ambos fueron condenados en las costas sus acusadores.

Duró algun tiempo nuestra conversacion, y al fin nos separamos, encargándome ellos que tuviese siempre á la vista el santo temor de Dios, y encomendándome yo en sus santas oraciones. Fuime derecho á buscar á D. Alfonso, y luego que le ví le dixe: ¿á que no adivina V. S. con quiénes acabo de tener ahora una larga conversacion? Con dos venerables cartuxos que V. S. conoce tan bien como yo. El uno se llama Fr. Hilario, y el otro Fr. Ambrosio. Tú te engañas, Santillana, porque yo no conozco á ningun cartuxo. ¿Cómo que no? le repliqué con presteza. V. S. conoció en Xelva á Fr. Ambrosio, comisario del santo Oficio, y á Fr. Hilario, secretario de la santa Inquisicion. ¡Cielos, qué es esto! exclamó sorprendido D. Alfonso: ¡será posible que Rafael y Lamela se hayan hecho cartuxos! Sí, verdaderamente, respondí yo, y años há que profesaron. El primero es procurador del convento, y el segundo portero de la principal; uno es dueño del

caudal, y el otro de la puerta.

Quedóse suspenso por algunos momentos el hijo de D. César, y dixo despues meneando la cabeza: el señor comisario del santo Oficio y el señor secretario de la santa Inquisicion harto será que no esten forjando alguna bella comedia. V. S., repuse yo, hace juicio de lo presente con alguna preocupacion por lo pasado; yo que los acabo de tratar los juzgo mas benignamente. Es verdad que los corazones no se ven, pero segun todas las apariencias ellos fueron dos grandísimos bribones, que estan sincéramente arrepentidos. Bien puede ser, respondió D. Alfonso, pues no ignoro que ha habido malvados, que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes se arrepintieron y se encerraron en los claustros á hacer grandes penitencias: quiera Dios que nuestros dos monges sean de estos, como vivamente lo deseo.

¿Y porqué no lo han de ser? volví yo á replicar. Ellos abrazaron libre y voluntariamente el estado monacal muchos años há, y se portan en él con la mayor edificacion. Dí todo lo que quisieres, prosiguió el gobernador, pero á

mí nada me gusta que la caxa del convento esté en poder del P. Hilario, de quien no acierto á poderme fiar. Quando me acuerdo de la relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartuxos. Quiero creer que haya tomado el hábito con la mas buena fe y con la mas pura intencion del mundo, pero el manejo del dinero y la vista del oro puede despertar la codicia. Á ningun borracho que renunció el vino se le debe fiar el gobierno de la bodega.

Justificóse pocos dias despues la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador, el portero y la caxa del convento: noticia que esparcida por la ciudad dió mucho que reir y que glosar á los ociosos, á los pisaverdes y á los que hacen profesion de bufones y graciosos, los quales siempre celebran con chocarrerías las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mí nos contentamos con compadecernos de los cartuxos, sin dar á entender, y mucho menos sin hacer alarde de que conociamos á los dos apóstoles fugitivos.

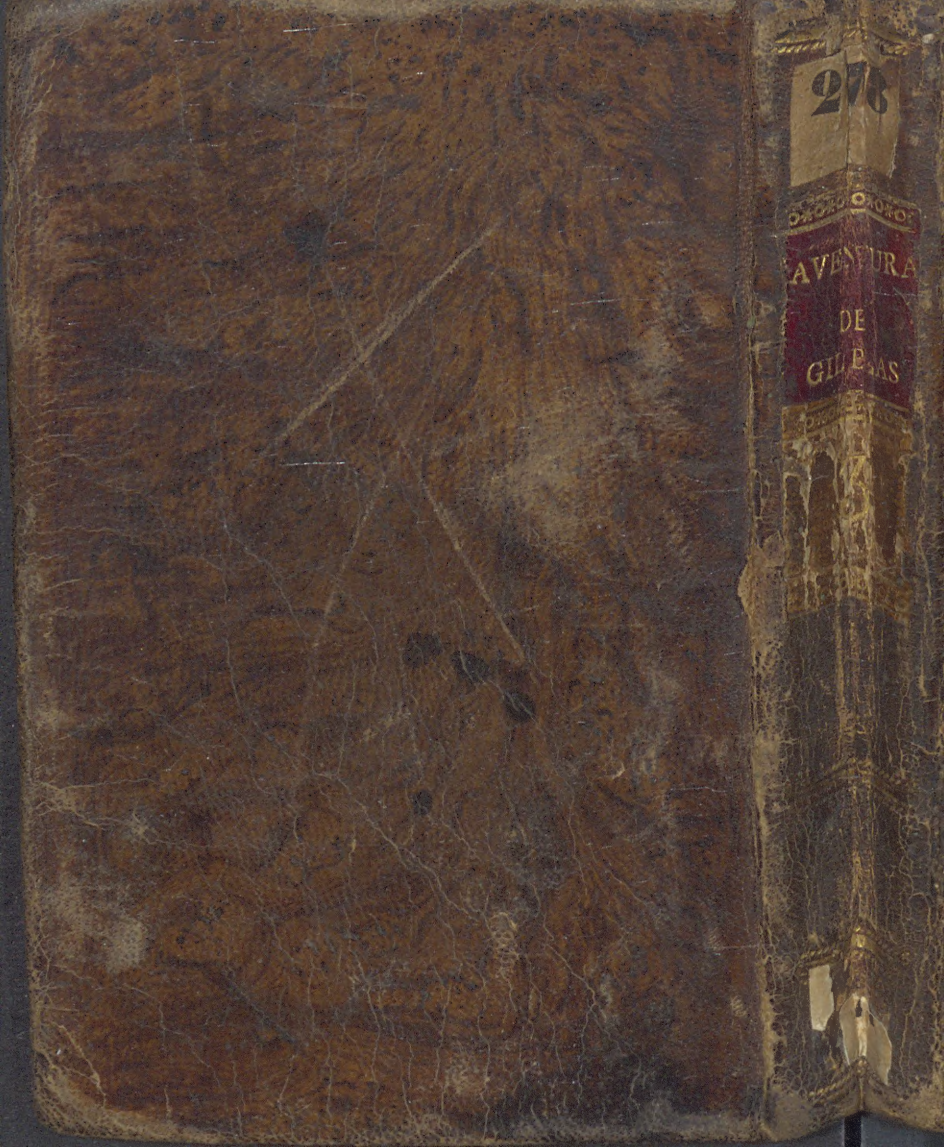
FIN DEL TOMO III.

24
131
252
359

Ab. J Donain

M. J. Donaine

C. J. Donain


278
AVENTURA
DE
GIL BLAS


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm